



Arriesgándolo

todo

por Ti

Anna S. Segura

AS

riesgándolo todo por Ti

mores y decisiones

na S. Segura

Titulo original: Arriesgándolo todo por ti
1º Edición: Febrero de 2019
©2014 Anna Soler Segura
Diseño portada y maquetación: Anna Soler Segura

Queda prohibida cualquier reproducción, plagio, o uso con intereses comerciales sin el consentimiento del autor.

Esta obra esta registrada en la propiedad intelectual bajo el nombre de Anna Soler Segura.

Quien incumpla las leyes estará incurriendo en un delito que puede ser sancionado.

Nota de la autora:

Esta novela está ambientada en el siglo XVIII, concretamente entre los años 1701 y 1717, durante la sucesión de la guerra española y la conquista de Cerdeña.

Todos los personajes, nombres, y escenas, son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Para basarme en esta novela he investigado la historia antigua de España, y me he ayudado de la Wikipedia.

Espero queridos lectores que disfrutéis tanto como yo de esta novela, del amor y el cariño que reina entre sus páginas.

Anna Soler.

ndice de contenido

[Titulo](#)

[Autor](#)

[Nota de la autora](#)

[Índice de contenido](#)

[Prólogo](#)

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2º](#)

[Capitulo 3º](#)

[Capitulo 4º](#)

[Capitulo 5º](#)

[Capitulo 6º](#)

[Capitulo 7º](#)

[Capitulo 8º](#)

[Capitulo 9º](#)

[Capitulo 10º](#)

[Capitulo 11º](#)

[Capitulo 12º](#)

[Capitulo 13º](#)

[Capitulo 14º](#)

[Capitulo 15º](#)

[Capitulo 16º](#)

[Capitulo 17º](#)

[Capitulo 18º](#)

[Capitulo 19º](#)

[Capitulo 20º](#)

[Capitulo 21º](#)

[Capitulo 22º](#)

[Capitulo 23º](#)

[Capitulo 24º](#)

[Capitulo 25º](#)

[Capitulo 26º](#)

[Capítulo 27º](#)

[Capítulo 28º](#)

[Capítulo 29º](#)

[Capítulo 30º](#)

[Capítulo 31º](#)

[Capítulo 32º](#)

[Capítulo 33º](#)

[Capítulo 34º](#)

[Capítulo 35º](#)

[Capítulo 36º](#)

[Capítulo 37º](#)

[Capítulo 38º](#)

[Capítulo 39º](#)

[Capítulo 40º](#)

[Capítulo 41º](#)

[Capítulo 42º](#)

[Epílogo](#)

[Prximamente](#)

[Biografía](#)

[Otros títulos de la autora](#)

veces hay que arriesgarlo todo para ganar en el amor.

rólogo

1707. Islas Baleares. España.

Mes de agosto.

Hacía calor. Ella se giró con ímpetu, y su bonita cabellera rubia voló hacia su cara con enfado.

La niña tropezó con el largo y pomposo vuelo de su falda color esmeralda, y terminó cayendo de bruces a un enorme charco de barro.

La inocente y dulce mirada de lady Hortensia Margarita de Escudero Millán, se centró en la pandilla de gamberros que la asediaban, con la única intención de ridiculizarla y reírse de ella.

De nada le servía a Hortensia ser la nieta del refutado y noble caballero, el marqués de Aranda, aclamado y querido en la comarca española.

Todos los niños del pueblo se mofaban de su aspecto austero y mojigato.

Hortensia no se sentía para nada orgullosa de su físico tan poco agraciado, más bien se consideraba el patito feo de la familia, vivía acomplejada por su falta de feminidad en su cuerpo, más parecido al de un zagal.

A sus once años, Hortensia envidiaba ser como su hermana mayor, anhelaba tener su belleza y su encanto natural.

Carlota era dos mayor que ella, y era la nieta preferida del marqués, según Hortensia, ya que todos los mimos y halagos del mundo iban siempre dirigidos hacia su figura.

No le extrañaba, todos los méritos los merecía su hermana. Carlota era guapa, inteligente, y disciplinada.

En cambio Hortensia era el polo opuesto, rebelde, obstinada, e indomable.

Ambas eran completamente distintas, a una le apasionaba la moda y la hípica, a la otra la lectura y el campo.

Carlota era risueña, Hortensia poco soñadora. Eran tan poco parecidas, que ni tan siquiera en el aspecto físico coincidían.

Su hermana había heredado la belleza nata de su madre, la condesa de Ornes, tristemente fallecida cuatro años atrás a causa de una fatídica enfermedad.

La mirada de Hortensia se anegó de lágrimas al pensar en su madre.

La echaba mucho de menos. No había ni un solo día en que no pensase en ella.

Su madre siempre fue una mujer fuerte, aguantó con fortaleza y resignación que su marido, capitán del ejercito español de caballería, cayese abatido en el campo de batalla.

Lo asumió, y continuó luchando por sacar adelante a sus tres hijos, Gregor, Carlota, y la pequeña Hortensia.

No resultó fácil que la condesa tuviese que abandonar su habitual vida en Madrid, para trasladarse a vivir con el gruñón de su suegro, el marqués.

Pero la escasez de aquellos tiempos, conjunto con la enfermedad que empezaba a aflorar en ella, hicieron que tomase la decisión de dejar atrás su hogar y sus tierras para labrar un futuro mejor a sus hijos.

Una lágrima rodó por la mejilla de Hortensia. Con tristeza recordó el día que su madre enfermó, la palidez y el sufrimiento en su bello rostro, el deterioramiento de su cuerpo mientras su vida se consumía como una vela.... hasta que murió.

Jamás se quejó, jamás perdió su sonrisa. La condesa había sido muy hermosa, una mujer de una belleza sin igual, con aquel pelo largo, sedoso, de color negro intenso, y sus ojos claros como el azul del cielo.

Así era Carlota, la viva imagen de su madre. En cambio ella poseía todos los rasgos de su abuelo paterno, el marqués.

Tenía el cabello de un tono oro pálido, y su piel era tan blanca como la nieve, sus ojos eran verdes, un verde vivo, aunque tras sus gafas de varias dioptrías poco se apreciaban.

Tenía pómulos altos y definidos, con líneas rectas, nariz pequeña, y mandíbula ovalada.

Su extrema delgadez se notaba en su escuchimizada y esquelética figura llena de huesos.

Hortensia no era tan bonita como su hermana, pero sin embargo guardaba un encanto especial bajo su aspecto vulnerable que nadie alcanzaba a ver.

Sollozó in contenidamente. Los niños siguieron arrojándole piedras sin piedad.

Se cubrió el rostro con ambas manos mientras se defendía del ataque masivo al que estaba siendo acosada.

Hortensia intentó con ímpetu incorporarse del charco, pero su falda estaba enredada entre las ramas del fango.

<<No tengo salida>>, pensó controlando su furia. Cerró los ojos rezando para que un milagro ocurriese.

De repente una voz se alzó por encima del abucheo y los insultos.

Entonces el silencio se hizo calma.

—¡Dejarla tranquila! —resonó con fuerza en el aire.

Hortensia aguantó la respiración sin atreverse a levantar la cabeza, y tan solo alcanzó a ver la esbelta figura de un zagal, su ángel de la guarda.

apitulo 1

El joven Nicolás Ferrer, hijo del boticario, fulminó con furia contenida al grupo de niños que intentaban agredir sin motivo a lady Hortensia.

Apretó los puños contra el costado, y enseñó dientes dispuesto a pelear contra ellos si hiciese falta.

A pesar de que le ganaban en número, a Nicolás no le importaba perder, no les tenía ningún miedo ni respeto.

Su porte erguido se alzó por encima de sus cabezas.

Era consciente de que tenía que haber dado media vuelta, que aquella no era su guerra, sin embargo, cuando se trababa de Hortensia, la sangre le hervía.

No soportaba que la gente se burlase de ella de esa manera. De un modo inconsciente se había convertido en su protector.

Veía en Hortensia a una niña desprotegida y frágil, y no podía evitar que aquel instinto de protegerla le naciera del corazón.

Él era su amigo, quizás el único amigo que Hortensia tenía en el pueblo. Un brillo fugaz cruzó sus jóvenes facciones.

Nicolás no comprendía lo ciego que estaba el marqués para no ver la valía de su nieta.

Ella era especial, lo sabía, él la conocía muy bien.

Caminó con paso decidido, agarrando con más fuerza la azada de arar la tierra que llevaba a cuestas.

Era un muchacho bastante corpulento para la edad de quince años.

Su cuerpo estaba acostumbrado al trabajo fuerte.

El grupo de niños se giró hacia él.

—¡Eh, mirad! Es Nicolás —se mofaron descaradamente.

—Dejad tranquila a lady Hortensia —siseó con enfado.

El pelirrojo con pecas se pavoneó gritando;

—¿Acaso es tu novia?

Nicolás se ruborizó al oír aquello.

—¡Pero qué dices! —gritó.

—Sí, es su novia, es su novia —se escucharon risas burlonas.

Nicolás se contuvo para no golpearles la cara de idiotas.

—¡Largaros de aquí! —les espetó con ira.

El líder del grupo se adelantó a su paso con desafío.

—¿Y si no queremos, ¿qué...? —le dejó caer sarcástico.

Nicolás no se achantó.

—Os la veréis conmigo —trinó con la azada en la mano.

El temor inundó el rostro del adolescente. Asustado retrocedió.

—Vayámonos —instó a sus compañeros.

Dieron media vuelta y abandonaron el lugar corriendo.

Hortensia aun temblaba cuando a prisa Nicolás se acercó para levantarla del suelo.

Un rubor carmesí cubrió sus arreboladas mejillas, y quiso que la tierra la tragase de cualquier manera.

Nicolás arrojó la azada a un lado, y la ayudó a incorporarse.

Recogió sus gafas a pocos metros, y se las colocó con dulzura sobre el rostro.

Entonces acarició la magullada mejilla de Hortensia, y comprobó la profundidad de aquella mirada verde.

Un nudo oprimió su garganta. Ahora el corazón de Hortensia golpeó frenéticamente sobre su pecho ante la proximidad de Nicolás. Era el chico más apuesto que conocía.

Él no era como los demás. Él era educado, caballeroso, y buen estudiante, además era muy guapo, con aquel pelo color carbón, y sus dulces ojos zafiro.

Sí, sin duda era el chico más apuesto de toda la comarca, pero a Hortensia no le interesaban los chicos.

Ella veía en Nicolás a un amigo, creía que aun era demasiado joven para pensar en el amor.

Pero entonces, ¿por qué su corazón se desbocaba nada más verlo?

Tímidamente intentó desviar su mirada avergonzada hacía el suelo.

Su aspecto era lamentable. Tenía el pelo y la ropa toda cubierta de barro y agua.

La niña no quiso pensar en lo que diría su abuelo si la descubriese de esa manera tan indecente, seguro la reprendería duramente.

Por suerte fue Nicolás quien la encontró, y no cualquier otro que hubiese corrido con el chisme al marqués.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz alarmada.

—Sí, estoy bien, gracias —respondió ella.

—No les hagas caso —hizo alusión Nicolás a lo sucedido —son unos

idiotas.

—Lo sé.

Él sonrió, y su blanca dentadura deslumbró a Hortensia.

—Vamos —añadió locuaz —te acompaño hasta tu casa.

Recogió la azada, y se la volvió a echar sobre el hombro.

—¿No te importa? —inquirió dudosa.

—Para nada —rió con soltura, y Hortensia se contagió de su alegría.

Caballerosamente Nicolás le ofreció su brazo, y ella se agarró a él gustosamente.

apitulo 2º

El viejo marqués miró por encima de sus gruesos anteojos la figura minuciosa de su nieta pequeña.

Un suspiro cansado brotó de sus labios. Lo cierto era que no sabía que hacer con Hortensia.

Bien sabía dios que se había dejado la piel en el intento para convertirla en una dama de provecho.

Pero todos sus esfuerzos habían terminado fracasando, Hortensia no tenía remedio alguno, nunca cambiaría, jamás se parecería a su hermana Carlota, y eso le preocupaba.

En un futuro no muy lejano, él ya no estaría para cuidarla, y necesitaba asegurarse antes de que la muerte le llegase, que Hortensia tendría un matrimonio digno.

Conseguir aquel propósito era casi una odisea. Él más que nadie conocía el carácter de su nieta, obstinado y rebelde, y que decir de aquella falta de feminidad tan evidente.

Exhaló el humo de su pipa, y tosió exageradamente.

Aquello sobresaltó a la niña, que recatadamente lo observó tras la mesa.

La cena estaba servida desde hacía rato, pero Hortensia no tenía apetito.

A su lado, Carlota prestaba sumamente atención al tenso ambiente, mientras simulaba comer su porción de puré de patata, y sonreía maliciosamente, a sabiendas del severo castigo que recibiría su hermana.

Una brisa suave se coló por la ventana abierta del salón, refrescando con su aire el incitante calor de la noche.

El marqués carraspeó repetidas veces haciendo notar su enfado, y centró su mirada sobre su nieta esperando una respuesta que jamás obtendría.

—Y bien, ¿no tienes nada que contarme? —le preguntó a la niña con tono severo.

Hortensia levantó sus ojos del plato, y un leve temblor la sacudió por dentro.

—No —respondió con retardo.

—¿Seguro? —inquirió molesto.

El marqués se removió inquieto en su asiento.

—Sí —replicó Hortensia sin levantar la mirada.

Este ladeó la cabeza.

—¿Qué haré contigo? —musitó en tono resignado.

Sabía que tomar aquella decisión sobre el futuro de su nieta no era tarea fácil.

Era sin lugar a dudas la decisión más dolorosa para cualquier abuelo, pero en el fondo se consolaba que era por el bien de Hortensia.

La niña necesitaba disciplina y educación. Lo mejor era internarla en una escuela de Londres para jóvenes señoritas, allí sabrían manejar la situación que escapaba de sus manos.

En el futuro su nieta se lo agradecería.

—Abuelo, yo —se atrevió a hablar la niña.

—¡Basta Hortensia! Estoy cansado del continuo bochorno que tu comportamiento arroja sobre el apellido de la familia.

La niña gachó la cabeza avergonzada, y una lágrima escapó de sus ojos verdes.

De repente quiso defenderse, buscó el apoyo en su hermana Carlota, pero esta tan solo la miró con altivez.

—Yo no tengo la culpa, son los niños del pueblo quienes se meten conmigo —sorbió fuertemente por la nariz, compungida.

Su abuelo resopló molesto.

—Siempre he intentado darte la mejor educación, y tu me lo pagas avergonzándome delante de toda la gente.

—Cambiaré —se afanó porque la creyese.

—No me cabe ninguna duda, mañana partirás hacia un internado de Londres —sentenció firme.

—¡No! —sollozó horrorizada.

El miedo la paralizó. Ella no quería irse, no quería abandonar su hogar, necesitaba estar cerca de las personas a las que quería... cerca de Nicolás.

Aquella revelación penetró en su aturdida cabeza, jamás volvería a ver al joven Nicolás.

Un nudo le oprimió el corazón, arrojó la servilleta sobre el plato, y con congoja corrió al lado de su abuelo.

Hortensia se arrodilló ante él. Lágrimas de imploración rodaron por sus mejillas.

—Por favor abuelo, no me alejes de aquí —le rogó.

El marqués miró a su nieta, y entonces se obligó a si mismo a mantenerse pasivo.

La decisión ya estaba tomada, era lo mejor para ella.

—Te irás mañana, prepara tu equipaje —le ordenó con tono áspero.

Hortensia gimoteó, se levantó de golpe, y llorando abandonó el salón.

Corrió como una loca por el pasillo, quería llegar a su habitación cuanto antes.

En el vestíbulo tropezó con Gregor, su hermano mayor.

La niña se abrazó a él, temblando.

apitulo 3º

Gregor miró a su hermana pequeña sin entender nada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó alarmado.

Hortensia adoraba a Gregor, él era bueno y atento con ella, siempre la protegía defendiéndola de todos.

—¡Gregor! No dejes que el abuelo me lleve a ese internado en Londres, ¡no quiero ir! —volvió a gemir con más fuerza.

El joven muchacho agrandó los ojos, incrédulo.

—¿Cómo! —exclamó.

—El abuelo me quiere llevar a un internado —balbuceó —lejos de aquí.

Gregor acarició su afligida mejilla.

—Sube a tu habitación —le dijo dulcemente —hablaré con el abuelo.

Hortensia hizo caso a su hermano y corrió hacia las escaleras.

Gregor se dirigió como una centella hacia el salón, e increpó con furia a su abuelo.

—¿Es eso cierto? —preguntó nada más entrar en la estancia.

El marqués levantó levemente su mirada.

—¿De qué me hablas? —reiteró con calma.

Gregor no se dejó amedrentar por su fría actitud.

—¿Es cierto qué envías a Hortensia a un internado?

Aun no creía que aquello pudiese ser verdad. Gregor aguardó su respuesta con los brazos en jarra.

—Lo es, mañana partirá para Londres —objetó su abuelo.

La ira tiñó la mirada de Gregor.

—Apenas es una niña —alegó en su favor —¿Por qué le haces eso?

El marqués se puso en pie. Medía al menos metro ochenta, y pese a su edad se conservaba bastante bien.

Gregor permaneció fijamente mirándolo.

—Es lo mejor para ella —replicó cansado.

La risa del muchacho inundó de sorna el salón.

—¿Para ella, o para ti? —le lanzó mordaz.

—No me digas como tengo que educar a mi nieta —farfulló enojado.

—¿Educar? —se jactó Gregor.

El marqués arrojó la cuchara sobre el plato.

—¿Acaso te quejas? —lo increpó.

—Nunca has sabido darnos tu cariño —le recriminó con desdén.

—Con el cariño no basta —replicó frío.

—Hortensia necesita sentirse querida —objetó —no que la envíes lejos de su familia.

—Desde que vuestra madre murió, he intentado hacerlo lo mejor posible, y no ha sido fácil, ella me dejó vuestra tutela, yo soy el responsable de vuestra educación, no me pidas más, Gregor —agregó con una nota suplicante.

El joven miró a su abuelo, consternado por sus palabras.

—Pero...— intentó añadir.

—¡No! No me digas como tengo que hacer las cosas, Hortensia ahora no lo entiende, pero cuando sea mayor... —hizo una corta pausa —me lo agradecerá.

Gregor se reveló con fuerza.

—No estoy a tu favor —dijo.

—Son tiempos difíciles, la guerra nos asedia, ¿lo has olvidado?

—No —masculló el joven incómodo.

A pesar de tener tan solo diecisiete años, Gregor era muy consciente de la situación por la que atravesaba su país.

España estaba dividida por bandos muy opuestos, los revolucionarios, y los partidarios del rey.

Un surco amargo arrugó su entrecejo. Él no entendía de alianzas políticas, pero sí del deber de un patriota hacía sus ideales.

Se paseó inquieto ante la interrogante mirada de su abuelo.

Hacía tiempo que había meditado aquella decisión, se alistaría en las tropas del rey.

Sabía que su abuelo nunca aprobaría aquella arriesgada decisión, pero era su vida, no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

Sí, lucharía como uno más por su país, aunque eso le pudiese costar la vida.

Se armó de valor, era hora de comunicárselo a su abuelo.

Carraspeó repetidas veces, nervioso.

—Abuelo —lo nombró caótico.

Este se giró hacía su nieto, expectante.

—Me he alistado en el ejercito —replicó a sabiendas del alarido que recibiría.

El marqués refutó incrédulo.

—¡Cómo has dicho! —bramó echando chispas.

Gregor lo encaró por primera vez en años. Entonces se percató de las cansadas facciones de su abuelo.

Un dolor parecido a un puñal le rebanó el alma.

—Ya me has oído —manifestó intentando mantener la calma.

—Pero, ¿te has vuelto loco?

El muchacho observó la vena inflamada sobre su garganta.

—Es mi deber —repuso convencido de sus propias palabras.

—¡Maldita sea, Gregor! La guerra no es un juego de niños, apenas tienes los diecisiete años, ¿qué entenderás tú del deber? —añadió mordaz.

—No soy ningún niño —se defendió con vehemencia.

—Tu padre murió por culpa de esta maldita guerra, ahora no estoy dispuesto a perder también a un nieto —replicó herido.

Gregor se reveló con fuerza.

—Está decidido abuelo, y ni tu ni nadie me lo va a impedir —sentenció el joven.

—Eso ya lo veremos —trinó el marqués dando un sonoro portazo.

apitulo 4º

*1717. Pedanías de Madrid.
Mes de junio.*

Era uno de los peores años que Gregor recordaba.

La guerra de la sucesión española había finalizado hacía tres años, y sin embargo la calma aun no había llegado a todos los rincones del país, aun había revolucionarios que se oponían al reinado del soberano.

Se recostó en su asiento de piel. Él era militar, pese a la firme oposición de su abuelo, era la vida que había escogido.

Sin embargo estaba cansado del horror y la sangre de la batalla como cualquier joven de su edad.

Miles de familias habían quedado rotas y divididas por la guerra.

Él había visto morir a mujeres, a niños, a hermanos, primos, ancianos, <<¿cuándo acabaría de una vez por todas aquello?>>, se lamentó abatido.

Nadie elegía la guerra, él era un simple soldado. Gregor había contemplado la muerte de cerca, y aunque ahora no le temía, no le gustaba enfrentarse a ella día a día.

Arrugó el entrecejo con dolor. Entonces observó la habitación en penumbras.

El silencio inundó sus oídos. Respiró fuertemente el aire, y contó hasta diez antes de volver a expulsarlo.

<<Demasiada soledad>>, pensó el joven. Llevaba bastante tiempo alejado de su hogar, de su casa, y de sus hermanas.

De repente recordó a la dulce Hortensia. La última vez que la vio era apenas una niña de once años, y ahora debía rondar los veintiuno.

Sonrió taciturno. Estaba seguro que su hermana se había convertido en toda

una mujer sofisticada, y muy hermosa, de eso no tenía ninguna duda.

Un golpe seco sobre la puerta espantó sus pensamientos.

Gregor se incorporó de inmediato, su lacayo, de nombre Berna, entró en la estancia.

—Señor, el doctor Ferrer desea verle —le informó de inmediato.

Gregor saltó emocionado de su asiento.

—¿Está aquí?

—Si señor, en el salón.

—Hágalo pasar de inmediato —lo apremió.

El lacayo asintió con la cabeza, y salió al pasillo.

Gregor se sintió entusiasta con aquella inesperada visita.

Hacía meses que Nicolás Ferrer y él no se veían, quizás desde mucho antes de que Nicolás acabase su carrera de medicina.

Ahora Gregor esperaba que le trajese noticias de casa.

Nicolás entró con paso firme y decidido en la estancia.

Gregor lo recibió efusivo, palmeando cariñosamente su espalda.

Nicolás también se mostró contento. Estimaba al joven desde que ambos eran unos críos, de hecho, Gregor era el único amigo leal que había conocido en su infancia.

El joven lo observó con una sonrisa de oreja a oreja.

En realidad Nicolás apenas había cambiado, era un hombre sumamente apuesto, aun no comprendía como seguía estando soltero.

Era consciente de las muchas propuestas de matrimonio que el joven médico había recibido.

Sin embargo él se empeñaba en seguir sin compromiso, parecía haberse resignado sin amor.

Gregor lo hizo tomar asiento.

—¡Qué alegría amigo! —expresó lleno de júbilo.

A continuación le ofreció un habano que gentilmente Nicolás declinó.

—No, gracias, hace tiempo que dejé el tabaco— agregó con una semi sonrisa.

Gregor se sentó a su lado, impaciente.

—¿Qué tal te va todo? Te creía de vuelta en las islas.

Metódicamente prendió fuego a su puro, y exhaló el blanquecino humo bajo la atenta mirada de Nicolás.

apitulo 5º

A la pálida luz del día las facciones del joven ya no eran las de un niño.

Nicolás se percató de su gran cambio. Ahora su rostro era más maduro, más curtido.

Se fijó en sus azules ojos, estaban pajizos, sin vida.

Tristemente se compadeció. La guerra no estaba resultado nada fácil.

—Ciertamente si, estuve el año pasado, pero regresé a Madrid para terminar mi último año de medicina —le explicó Nicolás.

El muchacho lo miró, expectante. Lógicamente esperaba obtener noticias de su familia, y él era su único emisor.

Nicolás prosiguió.

—Antes de regresar visité en el mes de mayo a tu abuelo, ¿ese hombre sigue siendo igual de testarudo, te lo aseguro! —bromeó jocoso. Luego añadió —y Carlota está hermosa, es toda una mujer.

Gregor no pareció convencido. Inquieto se removió al formular aquella pregunta.

—¿Te preguntó por mi?

Ahora fue Nicolás quien se sintió un tanto intimidado. Incómodo desvió su mirada hacía el suelo.

No era plato de buen gusto ser portador de tales noticias, pero el marqués había sido muy explícito con sus palabras.

—Tu abuelo no quiere ni oír hablar de ti, dice que lo traicionaste, para él es como si estuvieses muerto, no quiere saber nada de tu vida.

Un surco de dolor barrió las facciones de Gregor. La decepción se dibujó con un rictus amargo sobre sus labios.

—Me esperaba eso —reaccionó pasivo.

—Lo siento —añadió Nicolás —ya conoces al marqués, dale tiempo.

El joven se encogió de hombros. Sabía que su abuelo jamás lo perdonaría, ¿a quién pretendía engañar pensando lo contrario?

—Mi abuelo no cambiará de opinión.

—No pienses eso —se apenó Nicolás.

Gregor sonrió taciturno.

—¿Viste a mi pequeña Hortensia? —preguntó esperanzado.

Nicolás dio un respingo en su asiento al oír mencionar aquel nombre.

Miles de recuerdos acudieron a su memoria, la joven y obstinada Hortensia...

—No, no la vi —comentó nervioso —aunque me hubiese encantado —soltó sin darse cuenta.

Y era la verdad. A Nicolás le hubiese gustado volver a verla.

Hacía cerca de diez años que nada sabía de ella, desde que el marqués la obligó a ingresar en un internado de Londres para señoritas.

Los chismosos del pueblo contaban que lady Hortensia permanecía recluida, otros decían que la joven había sido obligada por su abuelo a aceptar el compromiso con un rico lord inglés, aquello último se negaba a creerlo.

Él conocía a Hortensia, sabía como era su carácter, indomable y temperamental, ella jamás accedería a los chantajes de su abuelo.

Nicolás soltó el aire acumulado en sus pulmones, y un escalofrío lo recorrió por dentro.

Entonces escuchó como Gregor le decía;

—Hace un tiempo me escribió una carta desde Londres, me explicaba que su regreso tendría lugar pronto.

—¡Eso es fantástico! —repuso Nicolás.

Él negó con la cabeza, sorprendiéndolo.

—Me gustaría pensar que sí.

Nicolás levantó sus ojos, exaltado.

—¿Por qué lo dices?

—En su carta la noté bastante triste —explicó al tiempo que se acercó hasta su escritorio, y cogió un sobre que entregó a Nicolás.

—Ten, lee —le pidió apesadumbrado.

Nicolás obedeció a su amigo, tomó el papel entre sus manos, y leyó en voz alta intentando que su timbre no vibrase de emoción.

Un nudo le oprimió fuertemente el pecho. Creyó que su corazón saltaría por su boca de un momento a otro.

apitulo 6º

Todo el cuerpo del joven Nicolás se estremeció por completo.

“Querido hermano:

Te extraño tanto, en realidad os extraño a todos, a Carlota, al abuelo...

Aquí en Londres los días son lúgubres y fríos, echo de menos mi mar, mi playa, correr por los prados y trepar por los árboles.

Pero supongo que ya no tengo edad de andar pensando en esas cosas, he cumplido los veintiún años, y la señorita Presstons dice que debo pensar en casarme, en encontrar un buen hombre de provecho, pero yo no quiero” casarme”...

Nicolás hizo hincapié en aquella palabra, y sonrió para si.

El abuelo dice que ya tengo edad de ser cortejada por un caballero, que debo comportarme como una verdadera dama, pero no sé si sabré comportarme como tal.

Yo nunca he sido como Regi. Este mes he asistido a tres fiestas de gala, pero te confieso que me han aburrido un montón.

Sé que no soy tan bonita como las demás chicas de mi edad, que será difícil que alguien bueno se enamore de mi, tengo miedo Gregor, miedo de volver a defraudaros...

En aquel punto del rugoso papel una lágrima derramada había corrido la tinta.

Nicolás maldijo en silencio.

<<Si supiese lo bonita que es no diría esas cosas>>, pensó Nicolás.

Entonces contuvo su ira.

<<Era cierto lo que contaban las malas lenguas, Hortensia estaba siendo cohibida por su abuelo>>, se dijo el joven retomando la lectura de la carta.

Tengo tantas cosas que contarte... y muchas ganas de verte, y enseñarte todo lo que he aprendido en la escuela.

Confío en que esta próxima primavera podré viajar a casa.

Te quiere, tu hermana Hortensia.

Nicolás plegó minuciosamente la hoja intentando que el olor femenino penetrara en él.

Aun conservaba su perfume, aquel que le recordaba al azahar de las tardes de verano.

Un suspiro escapó de sus labios.

—¿Qué te parece? —inquirió Gregor.

—No te preocupes, estará bien —trató de tranquilizar a su amigo, aunque en verdad intentaba convencerse a si mismo de sus palabras.

<<¿Si algo malo le llegase a suceder a Hortensia... !>>

—No me preocupa eso, sino lo que mi abuelo tenga pensado para ella —matizó con resquemor.

—¿Crees qué planea algo? —inquirió alarmado.

—Creo que si —dijo el joven con pesar —por ello quiero pedirte un último favor antes de que te vayas.

—Tú dirás.

—No se lo pediría a nadie en el que no confiase, necesito que cuides de Hortensia hasta mi regreso a España —manifestó preocupado.

Nicolás lo observó con asombro.

—¿No regresas conmigo?

Este negó.

—No.

—¿Te quedarás en aquí?

—Solo serán unos meses —repuso Gregor.

—Creía que la guerra ya acabó —agregó Nicolás.

—Y así es, pero el general me ha pedido que me una a la flota que zarpará dentro de una semana hacia Cerdeña, y no puedo negarme, creo que se lo debo a mi país —le imploró con la mirada.

—Está bien —dijo —cuidaré de ella hasta tu regreso.

—Prometo que lo haré pronto, necesito otro favor —le rogó Gregor a su amigo —quiero que le entregues a Hortensia una carta.

Nicolás no puso ninguna pega.

—Se la llevaré en cuanto llegue a la isla —repuso solemne.

Gregor sonrió aliviado. Confiaba ciegamente en la palabra de su amigo.

De repente se sintió liberado de una pesada carga que durante años había sofocado a su corazón.

Horas después de mantener aquella conversación, el joven se sentó frente a su escritorio, resuelto a escribir la carta que su hermana recibiría en breve.

Dio vueltas a su cabeza meditando muy a fondo lo que haría.

Aquello le costó mucho más trabajo del que nunca imaginó, el plan más arriesgado al que se enfrentaba.

Si por algún motivo salía mal, Hortensia lo odiaría por el resto de sus días, en cambio si resultaba bien, sería un plan perfecto, Gregor mataría dos pájaros de un tiro.

El joven sonrió taciturno. Conociendo la rebeldía de su hermana no le pondría las cosas nada fáciles al pobre de Nicolás.

Pero al menos debía intentarlo, no estaba dispuesto a tirar la toalla tan cómodamente.

Terminada su misión, hizo llamar a su lacayo al despacho, y le entregó el sobre lacado con la urgencia de que lo recibiera en mano el joven doctor Ferrer.

apitulo 7º

Lady Hortensia se apartó de la ventana de su dormitorio, con los ojos empañados de una enorme tristeza.

Se acercaba una inminente tormenta a la isla. Los feos nubarrones negros ya cubrían gran parte del cielo de la mañana, era la típica borrasca pasajera de verano.

Sin embargo la tormenta que lidiaba Hortensia en su interior no se disiparía tan fácilmente.

La joven oyó rugir con fuerza el primer trueno, y un escalofrío la invadió por dentro.

Todo su cuerpo tembló como una hoja. Durante su estancia en Londres aprendió a convivir en aquel ambiente frío y lúgubre, pero jamás se acostumbró a ello.

De niña era su hermano Gregor quien la protegía de sus continuos miedos, su hermano quien siempre estuvo a su lado apoyándola, pero ahora parecía haberla abandonado también, como el resto del mundo.

Ahora debía luchar sola contra la sociedad que la ahogaba, y condenada a vivir una vida que no quería.

¿Dónde estaba Gregor? Él le había prometido que estaría allí a su vuelta, y había incumplido su palabra.

Ya no confiaba en él. Hortensia había dejado de creer en Gregor hacía mucho tiempo.

Caminó nerviosa hasta su vieja y confortable mecedora, aquella que un día perteneció a su madre, y en la cual tantas veces le contó un cuento mientras se dormía en sus dulces brazos.

Ahora añoraba aquel recuerdo tan lejano. Sus felices días de niñez habían desaparecido para dar paso a una realidad de la que deseaba escapar.

<<La felicidad es para tontos>>, se dijo la joven conteniendo una lágrima.

Era consciente de que su vida jamás cambiaría. Ella siempre trató de complacer a su abuelo, de convertirse en la nieta perfecta, pero sus esfuerzos habían resultado inútiles, por muy refinada y disciplinada que fuese, su abuelo

seguía tratándola de la misma manera despectiva.

Su abuelo siempre le recriminaba que ella era la oveja negra de la familia.

Un surco amargo arraigó en su frente. Las cosas no habían mejorado a su vuelta, y todo parecía estar en el mismo lugar que cuando se marchó.

La relación con su abuelo estaba estancada, empeñado en querer tener la potestad de todo lo que le rodeaba, inclusive la vida de su propia nieta.

Meneó la cabeza con desaire, y un rizo escapó revoltoso de su sofisticado moño.

Al final Hortensia terminó llorando.

Con coraje se secó las traicioneras lágrimas de su rostro.

¡No quería llorar! Se prometió a si misma que nunca más derramaría ni una sola lágrima.

Por suerte o por desgracia pronto su abuelo la casaría con algún noble caballero, y su calvario tendría fin.

Al menos cuando estuviese casada podría alejarse allí, y ser un poco más libre lejos del dolor que encerraba aquella casa.

La fina lluvia repiqueteó sobre el cristal. Hortensia observó como las gotas resbalaban por el cristal.

El aire movió las ramas de los árboles. Sollozó con impotencia.

Un nudo de congoja le atenazó el alma. ¿Por qué Gregor la había abandonado?

Ahora más que nunca debía ser fuerte. La rabia inundó el fondo de su verde mirada.

Unos golpes sobre la puerta la sobresaltaron. Hortensia se recompuso con rapidez, y dio un salto de la cama para abrir.

Con aire petulante Carlota invadió con su exagerado olor a perfume la habitación.

Contoneó su cuerpo con coquetería, y miró por encima del hombro a su hermana.

Hortensia la observó malhumorada, a la última persona que deseaba ver en aquellos momentos era a Carlota.

apitulo 8º

Sus ojos echaron chispas al mirar a su hermana.

Aun le duraba el enfado por la encerrona a la que se vio forzada por su culpa. Las mejillas de la joven ardieron al recordarlo. Todo sucedió en la fiesta de lady Bárbara, tan solo dos semanas atrás.

En un principio Hortensia declinó ir al evento de su amiga, su estado de animo no estaba para soportar una tediosa velada, rodeada de jóvenes casaderas, y engreídos caballeros que lo único que buscaban era a damas hermosas para cortejar.

Estaba harta de la burocracia, de las absurdas e injustas normas que regían una sociedad machista.

No aguantaba toda aquella pantomima, no iba con ella, ni con su forma independiente y libre de ser.

El corazón de Hortensia se dejaba regir por sus propias normal, pesase a quien pesase.

Levemente suspiró, exhausta.

—¿Qué quieres? —le preguntó fríamente.

Esta se volvió al oír su tosca voz. Su hermana se movió con presunción.

Carlota sonrió irónicamente.

—¿Aun estás enfadada conmigo? —preguntó con fingida ingenuidad.

De repente Hortensia la fulminó con ira.

—¿Acaso tengo razones para no estarlo? —contraatacó herida.

Carlota simplemente se encogió de hombros.

—Ya te dije que lo sentía —manifestó con pesar —no fue mi intención ponerte en evidencia delante de tanta gente —hizo una corta pausa, y exhaló el aire de prisa —Lord Montero me engañó, me hizo creer que sus intenciones hacía ti eran... —remarcó con sarcasmo —buenas.

Hortensia rió a desgana.

—Déjame que dude de eso —respondió algo incrédula.

Toda la isla conocía la faceta que ejercía el archiduque de Montero, un joven sumamente presuntuoso y engreído, con toques caprichosos, y fanfarrón, su

fama de mujeriego libertino le precedía.

Sí, Hortensia era consciente de cual era su juego, engatusar a jóvenes damiselas con bonitas palabrerías, y falsas promesas de amor, y luego tras aprovecharse de su inocencia, las arrollaba a un lado, y continuaba con una nueva conquista.

Hortensia se asqueó al pensar en él. Era un hombre en el que nunca jamás se fijaría.

Recordó la noche del baile. Carlota la había convencido para ir, le aseguró que sería una velada tranquila y divertida, entre amigos.

Lo que nunca sospechó Hortensia fue que su hermana estuviese detrás de las malogradas intenciones del joven lord.

Lady Bárbara le había advertido en más de una ocasión que tuviese cuidado con las intenciones de Carlota.

No se fiaba de ella, había algo en la joven que la hacía desconfiar.

Sin embargo Hortensia nunca prestó atención a sus advertencias.

Carlota seguía siendo su hermana mayor, se negaba a creer que hubiese cambiado tanto durante aquellos años.

<<Cúbrete las espaldas>>, le aconsejó su mejor amiga, y ahora empezaba a dudar.

Quizás lady Bárbara llevase razón, quizás era ella quien no conocía a la verdadera Carlota.

—¡Es la verdad! —la oyó refutar con enojo —puedes creerme o no —presumió al tiempo que tomaba asiento en la cama.

Hortensia ignoró su vehemencia y caminó nerviosa por la habitación.

Afuera la lluvia repiqueteaba con fuerza sobre el cristal de la ventana.

Quería confiar en Carlota, pero no podía. De repente un pensamiento la asaltó con angustia, no podía olvidar el desagradable y vergonzoso incidente, que vivió en el baile cuando fue acosada a traición por lord Montero.

Con desdén recordó el fatídico encuentro en el jardín de la mansión de los duques de Valdemora, y sus mejillas se colorearon con un fuerte color carmesí.

Hortensia abandonó el salón con la única esperanza de respirar un poco de aire fresco.

La noche ya había caído, y sin embargo el incesante calor del mes de julio invadía con sofoco cada rincón del ambiente.

Los padres de lady Bárbara tenían una pequeña glorieta cerca del caserón donde se celebraba el baile.

Así que Hortensia decidió acudir allí buscando la tranquilidad que necesitaba.

Tomó asiento en el banco de mármol, y ensimismada contempló las estrellas

que desde aquel lugar se divisaban tan claramente.

De repente sin esperarlo escuchó la masculina voz de un hombre que hizo que diese un prolongado respingo.

apitulo 9º

Con sobresalto Hortensia se giró, y él joven lord la miró con frivolidad, y un escalofrío la sacudió por dentro.

Por primera vez Hortensia pensó en el peligro que corría en aquellos momentos.

Intentó huir, pero él la agarró del brazo con descaro.

—Buenas noches —dijo cínicamente —una dama nunca debe salir sola, y menos aun en plena noche —replicó con una maliciosa sonrisa.

—¿Cómo ha sabido dónde estaba? ¿Quién se lo ha dicho? —le preguntó desconcertada.

Lord Montero presumió con arrogancia.

—Querida, ha sido su hermana quien amablemente me lo dijo —y añadió con garbo —y créame que se lo agradezco.

Ella no dio crédito a sus palabras.

—¿Carlota? —murmuró perpleja.

—Efectivamente lady —corroboró él.

—No sé lo que le habrá dicho mi hermana, pero no quiero compañía, y menos... —le dejó caer —la suya.

Una sonora carcajada brotó de los labios del lord que peligrosamente cerró el cerco sobre su presa, y la apegó a su pecho, para sorpresa de la joven.

Hortensia dio un respingo, asqueada.

—¡Qué hace! —le espetó.

—Nada que usted no quiera —rió.

—¡Aléjese de mi, o gritaré para qué me escuchen!

—Me arriesgaré a que grite, creo que merece la pena correr ese riesgo —la miró lascivo.

Lord Montero se acercó a ella, y con soberbia besó sus labios.

La reacción de Hortensia no se hizo esperar, y con repugnancia abofeteó el rostro del hombre.

Este borró su sonrisa de triunfo de golpe. Una extraña ira empañó sus ojos.

—Me gusta, tiene carácter —repuso sarcástico.

La joven retrocedió horrorizada. Se sintió completamente acorralada e indefensa.

De repente todo daba vueltas a su alrededor. Unas risas cercanas la alertaron de que alguien pasaba por allí.

Con rapidez se movió, recogió el vuelo de su vestido, y bajó el peldaño de la glorieta. Lord Montero salió tras ella.

Hortensia no miró hacía atrás. Su urgencia era cruzar cuanto antes el jardín.

Abochornada completamente por aquel espectáculo, la muchacha se topó de cara con unos invitados de la fiesta.

Reconoció con pesar que entre ellos se encontraba la chismosa hija del terrateniente Martínez.

Maldijo entre dientes. Aquella joven era tremendamente perversa.

Hortensia deseó que la tierra se la tragase.

—Buenas noches —la saludó con reticencia —veo que esta muy bien acompañada —insinuó mordaz, mientras sus pequeños ojos se movían con rapidez hacía la figura del hombre.

Hortensia intentó controlar su agitada respiración.

—Lord Montero y yo solo estábamos conversando, ¿verdad? —le imploró con su mirada.

Este ladeó la cabeza divertido.

—Sí, solo conversando.

La joven hija del terrateniente rió intencionadamente.

—Ya, conversando —dejó entrever con malicia.

Hortensia se vio perdida, sin salida alguna, no tuvo duda de que la joven no tardaría en correr el rumor por las altas esferas de la sociedad.

Si aquello sucedía, si el escándalo llegaba demasiado lejos, su reputación como señorita quedaría destrozada para siempre, y ningún caballero noble querría contraer matrimonio con ella.

Y eso no era lo peor. Si de aquel incidente se enteraba su abuelo, de inmediato la haría regresar al lúgubre internado de Londres.

De un modo u otro estaba condenada al fracaso total.

Hortensia volvió a la realidad cuando oyó a su hermana gimotear incontroladamente.

Entonces observó la habitación. No soportaba ver a Carlota llorar.

—¿Qué te ocurre? —se obligó a preguntar.

—Que no me crees —sollozó con más fuerza.

—No llores —le rogó encarecidamente.

Hortensia se sentó a su lado, y tocó su hombro con consuelo.

Carlota levantó con ímpetu sus hermosos ojos azules.

—Lo siento, no sabía lo que lord Montero pretendía —reiteró con fervor — perdóname —añadió después.

<<Perdonar era fácil, olvidar no>>, pensó la joven, afligida.

—Está bien —dijo al fin Hortensia.

—¿Me perdonas? —arqueó una ceja.

—Sí.

Carlota sonrió satisfecha con su contestación, se sorbió la nariz con poderío, y saltó con frenesí de la cama.

—Vamos —la instó con prisa.

—¿A donde? —inquirió.

—Levanta, tienes una visita en el salón.

Hortensia la observó incrédula.

—¿Una visita? —repitió asombrada.

Casi nunca solía tener visitas de nadie, a excepción de lady Bárbara.

Un tanto sorprendida siguió la mirada de su hermana.

—No me mires así —la reprendió —si no quieres bajar, allá tu.

Con exagerado dramatismo Carlota abandonó la habitación.

Durante unos segundos la joven pensó en la posibilidad de no bajar.

Ciertamente no estaba de humor para visitas. Pero por otro lado la carcomía la curiosidad. ¿Quién querría verla?

Una agitación nació en lo hondo de su estómago. Se incorporó de golpe alisándose la falda de su vestido.

Se miró frente al espejo insatisfecha con su propia imagen, tenía grandes ojeras, el pelo algo despeinado, y su vestido no era demasiado bonito ni elegante.

Hortensia vaciló, levantó el mentón con dignidad, y sintió deseos de llorar, pero se negó a hacerlo.

No se acobardaría, no huiría por la puerta de atrás, se enfrentaría a su destino.

No estaba dispuesta a permanecer toda su vida escondida como una ladrona, nada tenía de lo que avergonzarse.

Con determinación se apartó del espejo, agarró su chal blanco de hilo, y salió dando un sonoro portazo.

apitulo 10º

Nicolás se paseó inquieto por el salón. Hacía tan solo tres días que había llegado a las islas procedente de Madrid.

Sus estudios de medicina habían concluido en la facultad, y ahora su deseo era instalarse allí y ejercer su profesión.

Además quería ayudar a su padre en la botica del pueblo, él ya estaba mayor, y ponía sus únicas esperanzas en su hijo.

Nicolás observó los cristales empañados por la lluvia.

En sus manos sostenía la carta que Gregor le había entregado con tanto fervor.

Durante días había pensado en el contenido de aquel escrito lacrado.

Ahora ya no estaba seguro de que hubiese sido buena idea ser el mensajero de su amigo.

Tenía dudas, de solo pensar en Hortensia algo en su interior se removía, se despertaba en su corazón.

Nicolás se sorprendió de su propia estupidez. ¡Era de locos!

Lo único que recordaba de ella era a una niña fuerte y valiente, con una bonita mirada apasionada verde jade...

No podía evitarlo, o tal vez no quisiese evitarlo, pero aquel instinto protector nacía de lo hondo de su alma.

Estaba nervioso. Caminó de un lado a otro, esperando que en cualquier momento ella entrase por aquella puerta.

Hacía cerca de diez años que no se veían, ¿habría cambiado o seguiría teniendo aquellas pequeñas pecas sobre su nariz?

Nicolás se estremeció. Intentó en vano tranquilizarse, pero le era casi imposible contener sus emociones.

Él solo estaba allí en calidad de emisor, no podía olvidarlo.

Oyó pasos cercanos en el pasillo. Nicolás ni siquiera se atrevió a girarse para mirar, se quedó inmóvil como una estatua hasta que escuchó la penetrante, y femenina voz de una mujer.

—¿En qué puedo ayudarle?

Cuando Hortensia entró al salón, se topó con la ancha espalda de un desconocido.

Se percató de que era alto, esbelto, y corpulento, su pelo ondulado era del color del carbón más negro.

Iba vestido elegantemente, con pantalón de corte inglés, y americana beige.

No parecía ningún campesino, sino más bien alguien recatado y fino.

Deseó dar media vuelta, pero sin embargo un instinto desconocido la detuvo.

Avanzó unos pasos, insegura. Nuevamente observó su silueta.

—Me han informado de que desea hablar conmigo.

Lentamente el hombre se giró hacia ella, y una sonrisa bailoteó en aquellos ojos zafiros que tan familiares le resultaron.

Hortensia contuvo el aliento. El extraño era tremendamente atractivo. De repente se sonrojó sintiéndose tímida.

Nicolás sonrió mostrando su blanca dentadura. La muchacha pareció sorprendida, era obvio que no lo reconocía.

Un sabor amargo embotó el pensamiento del joven.

Hortensia estaba realmente hermosa, más hermosa de lo que Nicolás recordaba.

La niña había crecido, desarrollando su cuerpo y sus curvas de mujer.

Bajo aquel fino vestido de algodón comprobó el generoso busto de sus senos.

Nicolás tragó saliva con dificultad. Un nudo se le formó en torno a la garganta.

Con admiración la contempló embelesado. Realmente el cambio era espectacular.

Ahora Hortensia parecía una verdadera dama, una dama sofisticada y altiva, tal cual siempre quiso el marqués.

Nicolás se fijó en la línea recta de su mandíbula. Aun conservaba aquella determinación de cuando era apenas una chiquilla.

Exploró su rostro llegando hasta sus ojos. Entonces exhaló un suspiro.

Tras sus gafas había fiereza, rebeldía, pasión... Nicolás sintió un extraño regocijo en su interior.

—¿Así recibes a un viejo amigo? —preguntó burlón, luego rió suavemente ante el aparente desconcierto de la muchacha.

apitulo 11º

Hortensia lo observó con enojo.

—¿Perdón? —añadió molesta —¿Nos conocemos?

Por primera vez se percató de las finas facciones del desconocido.

Nicolás le sostuvo la mirada, y entonces quiso ver en aquellos profundos ojos color zafiro la imagen de su mejor amigo de infancia, su protector y confidente, Nicolás.

¿Era posible aquello? ¿Era realmente era él? Un nudo la sofocó.

Hortensia sintió flaquear sus piernas. Se estaba volviendo loca.

Él sonrió nuevamente, y Hortensia no tuvo dudas, era él, su amigo.

Un fuerte aleteo barrió su estómago. De repente su mundo se llenó de vida y de color.

—¡Nicolás! —exclamó con júbilo.

Él se acercó a ella, y una mezcla de emociones explotó en su interior cuando cogió su mano, y la besó con fervor.

Hortensia se quedó extasiada, enmudecida, mientras una corriente eléctrica recorría su cuerpo.

—Mi dulce y adorada amiga —la nombró con un timbre apasionado.

Nicolás levantó su mirada, y fundió sus ojos en los suyos.

La joven tembló repentinamente. A Nicolás se le hizo raro tener que soltar su mano, y volvió a reír serenamente.

Un brillo fugaz cubrió sus iris. Ella trató de recomponerse.

Estaba totalmente confusa. Volver a ver a Nicolás Ferrer era algo con lo que no había contado a su vuelta.

Una dulce emoción la embargó.

—¡Cuánto tiempo!

—Diez años —corroboró el joven sin dejar de mirarla intensamente —pero déjame decirte, Hortensia... —matizó vehemente —que estás mucho más bonita de lo que recordaba, te han sentado muy bien los años.

Hortensia se ruborizó de pies a cabeza con su comentario, y esquivando su mirada hacía el suelo dijo;

—Bah, no has cambiado nada, sigues siendo igual de zalamero.

Ambos rieron al unisono. El corazón de la joven golpeaba con fiereza sobre su pecho.

En todo momento intentó disimular su nerviosismo.

—Es la verdad —repuso —estás hermosa.

—Gracias —dijo tímidamente.

—Ya me conoces —repuso Nicolás —siempre soy sincero —arrastró sus palabras.

Las mejillas de la muchacha se colorearon intensamente. Aquello la hizo parecer aun más inocente ante sus ojos.

Hortensia lo invitó a tomar asiento con urgencia, e hizo llamar a la criada para que sirviese una taza de café con pastas.

Nicolás se mostró encantado con aquel recibimiento.

Con ella se encontraba cómodo, como con ninguna otra mujer.

Durante horas hablaron y hablaron sin cesar, compartieron vivencias, ella le habló de su vida en Londres, de como fueron todos aquellos años alejada de su hogar.

Nicolás por otro lado le relató que había acabado su carrera de medicina, y que su intención era hacerse cargo de la botica de su padre.

Tras un café vino otro y otro... y así pasaron las horas.

Cuando se quisieron dar cuenta la tormenta ya se había alejado, y brillaba un reluciente sol de verano.

Hortensia rió olvidada de su amargura interior. Compartir aquellos momentos con Nicolás fue como un bálsamo para sus heridas.

Junto a él se sentía segura y protegida, y podía parecer la mayor estupidez del mundo, pero en Nicolás depositaba su propio corazón.

—¿Y qué te trae por aquí? —cambió de tema, mientras servía una nueva taza de humeante café recién hecho.

Nicolás carraspeó incómodo.

—Tu hermano.

Ella botó de su asiento, y la taza casi resbaló de sus manos.

—¿Gregor? —repitió exaltada —¿Le ha ocurrido algo? ¿Qué sabes de él?

Nicolás trató de tranquilizarla e inconscientemente acarició su mano con dulzura.

Aquel simple gesto le erizó completamente la piel.

—Cálmate —le susurró pasivo —Gregor está bien.

Un suspiro de alivio escapó de los labios entreabiertos de la joven.

—¿En serio? —tuvo la necesidad de preguntar, para luego agregar —¿Lo has visto?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, hablé con Gregor una semana antes de venirme.

Hortensia no pudo contener su éxtasis.

—¿Y cómo está? ¿Qué te dijo? ¿Volverá pronto?

Nicolás sonrió ante la impaciencia de la joven.

—Está bien —le aseguró.

Entonces sacó la carta que se había guardado celosamente en el bolsillo de su chaqueta.

—Me dio esto para ti —dijo entregándole el sobre lacado.

apitulo 12º

Los ojos de la muchacha se iluminaron completamente.

Nicolás la observó feliz. Tenía la sonrisa más bonita del mundo.

Un vuelvo aceleró los latidos de su corazón al contemplarla embelesado.

Hortensia cogió la carta, y la abrazó contra su pecho.

Hacía meses que esperaba con anhelo tener noticias sobre su hermano.

Quiso abrirla allí mismo, y saber que le contaba Gregor.

Sin embargo la prudencia le ganó al corazón.

—La leeré después —dijo entusiasta.

—Como quieras —respondió él.

Ella se giró, y besó arrebatadamente su mejilla.

—Gracias —murmuró contra su cuello.

Su cálido aliento rozó su piel. Nicolás sintió como todo su cuerpo se tensaba.

—No tienes por qué dárme las —repuso abrumado —¿Te apetece que quedemos hoy para dar un paseo a caballo?

Ella miró expectante, deseoso.

—Sí —respondió ilusionada.

Rato después de que Nicolás abandonase la casa Hortensia se encerró en su habitación para leer tranquila la carta que Gregor le había hecho llegar.

Esperó el momento oportuno, y cerró con llave la puerta.

En aquella ocasión no estaba dispuesta a ser interrumpida nuevamente por Carlota.

Nerviosa rasgó el sobre con el abrecartas de plata de su madre.

Estaba impaciente por saber que le contaba su hermano.

Sus ojos inevitablemente se le anegaron de lágrimas.

Reconoció su letra. Durante meses había esperado tener alguna noticia suya.

Con emoción comenzó a leer en voz baja.

“Madrid, a 30 de junio de 1717.

Mi querida hermana Hortensia, perdóname por no haberte escrito antes, sé

que no tengo excusa para ello, y que seguramente tienes motivos para estar enfadada conmigo.

Te prometí que estaría en casa para tu vuelta, y sin embargo no he cumplido con mi palabra, créeme hermanita que me ha sido imposible estar en estos momentos junto a ti.

No pasa ni un solo día en que no te tenga presente en mis pensamientos, y en mi corazón, pero mi deber me exige permanecer en Madrid durante un tiempo más.

La guerra no esta resultando nada fácil, corren tiempos difíciles para todos, los libertarios planean una revuelta contra el rey, y debo estar al lado de mis patriotas, ellos también me necesitan en estos momentos, ¿me entiendes?

Una lágrima rodó por su mejilla entumecida, ¡claro qué lo entendía!, Gregor era militar, pero ante todo era su héroe.

Hortensia siguió leyendo.

Sé que eres una muchachita muy lista, y antes de que te des cuenta yo ya habré regresado, y te prometo que las cosas cambiarán.

Ahora tan solo te pido que confíes en mi, estoy convencido de que Nicolás sabrá cuidar de ti, siempre habéis sido muy buenos amigos, y ahora él estará cerca de ti, para protegerte hasta mi regreso.

Nos vemos pronto mi querida Hortensia. Dale recuerdos a Carlota, y al abuelo... al abuelo no le digas nada.

Te quiere, Gregor”

Hortensia terminó de doblar la carta, conmovida, y la introdujo de nuevo en el sobre.

La guardó con sumo cuidado en el cajón de su escritorio.

Un estremecimiento la asaltó al pensar en Nicolás.

Su hermano confiaba ciegamente en él, pero ¿de qué intentaba protegerla Gregor?

Hortensia tembló por dentro. Un escalofrío la sobre cogió por dentro.

apitulo 13º

Aquella tarde Nicolás no apareció para ir a cabalgar juntos por la playa.

Una misiva le llegó haciéndole saber que el doctor Ferrer había tenido una urgencia que atender en el pueblo, y que le era imposible acudir a su cita.

Algo desilusionada por aquel contratiempo Hortensia dedicó el resto de la tarde a bordar un jersey de lana que quería regalarle a Gregor.

En esos momentos Carlota entró en la salita, y pareció sorprendida de verla allí.

—Hola —la saludó.

—Hola —respondió Hortensia.

—Creí que estabas el doctor Ferrer —replicó con recelo.

Hortensia levantó su mirada de la labor, y miró a su hermana por encima de sus gafas.

—Ya ves que no —dijo.

Carlota siguió con su cómoda actitud.

—¿Y eso? —preguntó picajosa —¿Te dejó plantada? —insinuó mordaz.

—Ha tenido una urgencia que atender.

—Vaya —soltó con suspicacia —eso tiene ser médico, si hubieses puesto tus ojos en cualquier otro hombre...

A Hortensia no le gustó el audaz comentario de su hermana.

Dejó la aguja de bordar a un lado, y la encaró con enfado.

—¿Qué insinúas? Nicolás y yo solo somos buenos amigos.

Carlota suspiró exageradamente.

—Ya.

—¿Ya? —repitió con enfado.

—Ten cuidado hermanita con tus juegos —la amenazó.

—¿Qué quieres decir? —se enervó impotente.

—Bueno... —dejó caer.

—Ve al grano —atajó Hortensia.

—No creo que al abuelo le haga gracia enterarse de tus escapadas con el doctor Ferrer —le advirtió sutilmente.

—Nicolás es mi amigo —se defendió ella.

—Un amigo de clase baja —se jactó.

—Nunca me ha importado la clase social de las personas —replicó con ímpetu.

—Pero que ilusa sigues siendo —se mofó Carlota.

—No me gusta lo que insinúas.

Carlota se elevó de hombros como si tal cosa.

—Es lo que hay —respondió —andate con ojo.

Durante un rato estuvo dándole vueltas a las palabras de su hermana.

Hortensia no pudo quitarse de su cabeza aquella extraña sensación que Carlota había sembrado en ella.

Cerca del atardecer Hortensia acudió al pueblo en compañía de lady Bárbara.

La muchacha le había pedido que la acompañase a elegir unas telas para unos vestidos nuevos.

Hortensia no vio mejor oportunidad para salir de casa.

Necesitaba despejarse, quitar de su cabeza el pensamiento de Nicolás.

Había sido un día cargado de emociones, eso era todo, se aseguró a si misma, aunque muy a su pesar su corazón le dictaba otra cosa.

Tras dejar atrás la tienda de la modista ambas jóvenes acudieron a la botica a por unos medicamentos que lady Bárbara necesitaba para su alergia.

La noche ya casi había caído. Sin embargo el calor era insoportable.

Cuando entraron en la botica la usual campanilla de la puerta sonó repetidas veces.

El boticario no tardó en asomar su cabeza desde la trastienda.

—¡Enseguida salgo! —se oyó una voz masculina, y potente.

Hortensia se quedó boquiabierta cuando vio a Nicolás salir tras el mostrador.

Tragó saliva rápidamente mientras un sofoco la sacudía.

¿Qué hacía él allí? ¿Le había mentido sobre su urgencia para no tener que verla?

No supo que decir. De repente se sintió ridícula y pequeña ante su escueta mirada.

—Hortensia —la llamó sorprendido —¿Qué haces aquí?

Ella levantó el mentón, altiva.

—He venido acompañando a lady Bárbara —y agregó —¿y tú?

Nicolás pareció incómodo.

—Es la botica de mi padre, estoy ayudándole —y replicó con enojo —tu nota decía que te encontrabas indispuesta para salir, ¿estás mejor?

La joven abrió los ojos como platos, incrédula.

—¿Qué nota? —repitió —yo no te mandé ninguna nota, fuiste tú el que me

envió una misiva a mi diciéndome que tenías que atender una urgencia.

Ambos se dieron cuenta del disparate de la situación.

Nicolás negó fervientemente con la cabeza.

—Yo tampoco te envié nada.

—¿Entonces? —alegó ella.

Hortensia no entendió aquella pesada broma.

—Habrás sido un malentendido —manifestó Nicolás, compungido.

—Si, supongo —contestó poco convencida.

—Podemos quedar mañana —dijo —si aun te apetece.

Hortensia se arreboló ante su propuesta.

—Por supuesto —respondió ilusionada.

—Entonces mañana te recogeré —repuso Nicolás.

Cuando horas después Hortensia llegó a casa, buscó con apremio a su hermana, y directamente le preguntó sobre aquel extraño asunto.

—¡Carlota! —chilló.

Esta no tardó en aparecer alarmada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con sobresalto.

—Tenemos que hablar —replicó con enojo.

—¿De qué? —elevó sus bonitas cejas.

—¿Qué sabes tú sobre la nota qué esta tarde me entregaron?

Carlota la miró con recelo.

—¿Nota? —inquirió.

—La nota de Nicolás —se le acabó la paciencia.

—Ah —soltó.

—¿Qué sabes? —repitió Hortensia.

—Nada —repuso Carlota.

—Nicolás nunca me envió tal nota —se enervó y agregó —y yo tampoco le envié ninguna.

—¿Y qué me dices a mi? —pareció ofendida.

—Si tuviste algo que ver Carlota...

—Ya te he dicho que no —se justificó la joven.

—¡Mientes! —le chilló desquiciada —sé que ocultas algo, y te juro que lo voy a averiguar.

Carlota se movió con aire petulante.

—Puedes pensar lo que quieras —respondió la joven de mal humor.

A Hortensia le dieron ganas de degollarla. Ahora más que nunca no podía fiarse de su propia hermana.

Carlota escondía algo, y ella estaba dispuesta a saber de que se trataba.

apitulo 14º

Los meses siguientes pasaron volando. El verano quedó atrás sepultado por los primeros días del otoño.

Septiembre llegó cálido. Tras aquella última conversación con Carlota la situación entre ambas se hizo insostenible.

Apenas se hablaban. Ella no entendía la actitud de su hermana.

Nicolás y Hortensia siguieron viéndose como amigos.

La joven encontraba en Nicolás el consuelo que tanta falta le hacía, se reía, disfrutaba de su compañía, y nada malo había en ello.

El miércoles de esa semana la cocinera de la familia enfermó de un fuerte catarro.

Nicolás fue llamado inmediatamente para tratarla.

Tras examinarla comprobó que padecía gripe, como tratamiento le impuso guardar cama al menos durante los seis primeros días.

El doctor Ferrer era muy querido por la servidumbre del marqués.

Tras recetarle las medicinas, Nicolás acudió a la cocina donde Hortensia lo esperaba ansiosa por conocer el estado de salud de Lucía, ella era una mujer muy buena, como una madre.

Nada más ver a Nicolás se abalanzó a sus brazos.

—¿Cómo está?

Antes de responderle, este depositó con cuidado el maletín sobre la mesa.

—Tranquila —le dijo —tan solo se trata de una gripe, eso si, debe estar vigilada, y que no se levante de la cama, si le sube la fiebre me llamas inmediatamente.

Ella asintió con la cabeza, y mucho más tranquila abrazó de nuevo a Nicolás.

Él le rodeó la cintura con sus brazos sintiendo arder su cuerpo de deseo.

Nicolás elevó su apasionada mirada hacía Hortensia.

—Deberías salir más a menudo de aquí —le aconsejó.

La joven pareció abrumada.

—Mi abuelo me tiene muy vigilada —dijo.

—Eso no está bien —meneó la cabeza con disgusto.

Ella pareció triste y eso le partió el corazón a Nicolás.

—¿Y qué puedo hacer? —se vio sofocada.

Un nudo le estrujó el estómago.

—¿Quedamos hoy? —le propuso con decisión.

Hortensia miró a través de la ventana. Entonces respondió;

—Sí.

—Te recogeré a la hora de siempre —repuso Nicolás.

Y por la tarde apareció puntual para ir a montar a caballo.

Ciertamente hacía un bonito día para disfrutar. El cielo estaba despejado, y solo una pequeña brisa barría la atmósfera.

Tumbada sobre la arena de la playa Hortensia contempló las nubes.

Nicolás se recostó a su lado, de aquella manera tenía una visión más bonita de la muchacha.

Permanecieron un rato callados. El latido de sus corazones era el único sonido que se escuchaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nicolás al notarla tan ausente.

—En nada.

Él puso un dedo sobre su barbilla, y la hizo mirarlo a los ojos.

—No mientas, conmigo no hace falta que finjas algo que no eres.

Hortensia se arreboló, enojada.

—¿Fingir? —repitió anonadada —¿Por qué habría de fingir?

Nicolás sonrió taciturno.

—Te conozco.

—No —dijo avergonzada ante la magnitud de sus ojos —no me conoces como crees —se atrevió a contradecirlo.

Él rió suavemente.

—Te conozco muy bien —volvió a repetirle convencido.

—Eso era antes, ahora ya no soy aquella niña tonta —presumió con un brillo arrogante.

—Tu nunca fuiste tonta —replicó con fervor.

—¿Ah no? —se sorprendió.

—No —dijo embelesado.

Hortensia se arrebató.

—Da igual, ya no soy aquella niña —objetó.

Nicolás la miró intensamente, apartó un rebelde mechón de su rostro, y dijo;

—Para mi sigues siendo la misma niña.

Hortensia se estremeció al sentir su caricia. Un nudo la sofocó por dentro.

—¿Qué te apuestas a qué soy capaz de llegar más rápido que tú al malecón?

Él arqueó una ceja.

—¿Lady Hortensia me está retando?

Ella no respondió a su ironía, se incorporó de un salto, se descalzó de sus zapatos, agarró fuertemente el vuelo de su falda, y empezó a correr.

—¡Serás tramposa!

Nicolás rió con una sonora carcajada mientras intentó alcanzarla sin éxito.

Hortensia se sintió volar. Era libre como hacía años no lo era.

Podía sentir aquella hermosa sensación, la arena caliente penetraba a través de sus pies, se fundía entre sus dedos, y los rayos del sol acariciaban su rostro con ternura.

Soltó su largo pelo de aquel sofisticado y aburrido moño, se liberó de una carga. Sus cabellos ondularon con la brisa del atardecer.

Tras una exhausta carrera por fin llegó primera al malecón.

Su agitada respiración latía frenética sobre su sien.

Cansada se dejó caer en la blanca arena. Instantes después apareció Nicolás.

Observó el rostro triunfante de ella, y un regocijo interior lo embargó.

—Lo admito, me has ganado, una vez más —repuso sumiso por la derrota.

—Lo sé —respondió feliz.

En un impulso incontrolado Nicolás acercó sus labios a los suyos, y la besó.

Fue un beso dulce, tierno, sus labios se rozaron tan solo un corto instante.

Rápidamente Nicolás retiró su boca, arrepentido por su descaro.

No supo porqué lo hizo, estaba tan bonita, con el pelo alborozado, y aquel color rosado sobre sus mejillas, que no fue capaz de controlar su deseo.

—Lo siento —se excusó con pesar —perdóname, no volverá a pasar.

Hortensia lo miró aturdida. Había deseado ese beso tanto como él.

No supo que decir. Aquello era una locura. Nicolás era su mejor amigo, no quería perderle, pero también era el hombre con quien soñaba cada noche, con quien deseaba compartir el resto de su vida.

¿Sería capaz de admitir qué empezaba a estar enamorada de él?

Aquel pensamiento la abrumó.

apitulo 15°

Días después de aquel beso, el archiduque Montero apareció por casa con el pretexto de hablar de un asunto importante con el marqués.

Hortensia no entendió a que se debía su desagradable visita, ni que era lo que pretendía tratar con su abuelo.

No le gustaba nada, no se fiaba de aquel tipo ni un solo pelo. Algo tramaba, pero ¿qué?

Una idea cruzó su confusa cabeza. ¿Se atrevería el lord a contarle a su abuelo lo sucedido en la fiesta?

El miedo se apoderó de ella. Si el marqués se llegaba a enterar de aquella infamia sería su fin.

Paseó inquieta por el jardín. No podía soportar aquella incertidumbre que la carcomía por dentro.

Necesitaba saber que estaba sucediendo. Respiró profundamente e intentó tranquilizarse.

Se sentó junto a un bonito rosal, y recordó que las rosas amarillas eran las favoritas de su madre.

Pensó en ella. Le hubiese encantado ver el jardín tan bonito como ahora estaba.

Hortensia aguantó un sollozo. Entonces la imagen de Nicolás acudió a su cabeza.

Aunque a lo largo de aquellos días ninguno había vuelto a verse, Hortensia no podía olvidar aquel beso en la playa.

Revivía una y otra ese fugaz instante, y su cuerpo inevitablemente se estremecía.

Se moría de deseo por volver a quedar con él, de sentir su boca sobre la suya, pero aquello era imposible, ella lo sabía... imposible.

Tras varias horas reunido con lord Montero, al fin su abuelo la hizo llamar a su despacho.

Cuando la joven entró en la estancia se topó con la descarada, y ávida mirada del tipo.

La furia hirvió en su sangre.

—¿Qué hace él aquí, abuelo? —se refirió con desdén hacía el invitado.

—¡Hortensia! —la reprendió con tono severo —¿qué forma es esa de tratar a lord Montero? Pide ahora mismo perdón por tu escandaloso comportamiento.

La muchacha levantó el mentón de forma orgullosa.

—No le pediré perdón —se reveló con todas sus fuerzas.

Su abuelo meneó la cabeza con enfado.

—No cambiarás nunca —musitó con disgusto —pero eso ahora da igual —añadió con eje cansado —ven, acércate —le dijo —quiero presentarte a tu prometido.

Hortensia se atragantó con su propia saliva, abrió los ojos de par en par, totalmente confundida.

—¿Prometido? —exclamó perpleja.

—Así es —repitió alto y claro —tu prometido desde este mismo momento, lord Montero me ha pedido tu mano, y no veo mejor candidato para dársela.

Hortensia no salió de su estupor.¿Comprometida?

No, ella no podía casarse con un ser tan despreciable, jamás lo amaría, jamás sería feliz con él.

Aquello no podía estar pasándole, tenía que ser un mal sueño.

Por el rabillo del ojo vio como lord Montero sonreía con malicia ante su desconcierto.

—No —señaló contundente —yo no puedo casarme con él.

—¿Acaso hay otro mejor? —le siseó entre dientes.

—Abuelo —le rogó —no me hagas esto.

El marqués la agarró del brazo, y la zanganeó levemente.

—¿Me permite unos minutos con mi nieta? —se dirigió a lord Montero con apuro.

—Por supuesto —respondió este, divertido.

Su abuelo la arrastró hasta un rincón de la estancia.

Sus ojos la fulminaron con dolor.

—No me pongas las cosas más difíciles —le ordenó con tono hostil —tienes edad para pensar en el matrimonio, y lord Montero es el único que se ha interesado por ti.

—A-b-u-elo, no me obligue a casarme con ese hombre —le imploró encarecidamente.

Su abuelo la miró apenado.

—No hay alternativa, ¡te casarás y punto! —atajó sin más discusión.

—Pero... —intentó en vano de convencerlo.

El marqués le dio la espalda, y caminó hacía la puerta sin escuchar los

ruegos de su nieta.

—Los dejaré a solas para que se vayan conociendo —dijo.

En cuanto la puerta se cerró tras la figura de su abuelo, Hortensia se encaró al hombre sin miedo.

—¿Qué pretende de mi?

—Ya se lo dije.

—¡Qué! —elevó su voz.

—Me gustan las mujeres de carácter —sus ojos lascivos la devoraron.

Con repulsión la joven contraatacó;

—No conseguirá nada de mi, no me casaré con usted, antes prefiero la muerte —pronunció con énfasis.

Lord Montero rió con pretensión.

—¿Está segura? —le insinuó.

—Completamente —respondió.

—Eso ya lo veremos.

—Lo veremos —lo retó Hortensia.

apitulo 16°

Tras atender a varios pacientes de la mañana, Nicolás cerró la consulta cerca del mediodía, para ocuparse de atender la botica de su padre.

Hacía días que no veía a Hortensia, que no hablaban, y Nicolás sentía que iba a volverse loco.

Ni tan siquiera su trabajo era capaz de apartar de su mente el recuerdo de ese beso.

Aun podía sentir ese fuerte cosquilleo de sus labios inexpertos, su calor... su deseo.

Un dolor inflamó su parte más íntima. Nuevamente la besaría, no tenía duda, pero él no pretendía dañarla, Hortensia era muy importante.

Se sintió impotente, ¿por qué tenía que aflorar aquellos sentimientos en él?, ¿por qué no daba media vuelta y regresaba a la ciudad ahora que aun estaba a tiempo?

Nicolás reconoció que Hortensia le gustaba, que despertaba en él emociones desconocidas, pero también tenía miedo, nunca podría ofrecerle la vida que ella esperaba, llena de lujos y placer.

Por ello debía alejarse, apartarse de su camino. Sin embargo lo había intentado, y nunca pudo.

Hortensia lo necesitaba, y él la necesitaba a ella. No se molestaría en negar lo evidente.

Estuvo gran parte del día absorto en sus propios pensamientos.

Necesitaba tomar una decisión, quedarse y afrontar la realidad, o huir y no reconocer lo que estaba sucediendole.

A media tarde fue avisado sobre una urgencia, un hombre se había roto la pierna mientras faenaba en el campo, sorprendentemente se trataba del capataz del marqués.

Rápidamente acudió al lugar del accidente. Era la oportunidad perfecta que tanto había esperado para hablar con Hortensia.

Afortunadamente el hombre llamado Joan, resultó no tener ningún hueso roto, solo un desgarro muscular, y un esguince en el tobillo izquierdo.

Nicolás vendó el pie del hombre, y le recetó unos analgésicos para el dolor, y unos antiinflamatorios para tomar cada ocho horas.

Atender al paciente le llevó mucho menos tiempo del que esperó, así que aprovechó esa ventaja para buscar a la joven, y hablar de una vez por todas con ella.

Tras mirar en el salón acudió a la cocina donde esperó encontrarla.

Sorprendentemente tampoco estaba allí. Nicolás empezó seriamente a preocuparse.

Entonces salió al jardín. En su camino se topó de cara con Carlota.

La joven le sonrió coquetamente.

—Buenas tardes, doctor Ferrer.

—Hola Carlota, ¿has visto a Hortensia?

La joven arrugó la frente con disgusto.

—No —respondió ácidamente —¿por qué la busca? —añadió sutilmente — hace una tarde preciosa, ¿por qué no se olvida de Hortensia, y pasea conmigo por el jardín?

—Gracias —declinó gentilmente su propuesta —otro día —señaló dirigiéndose rápidamente a las caballerizas.

Carlota maldijo entre dientes a su hermana. Durante un rato se quedó observando la lejana figura del joven.

Entonces pateó el suelo con rabia.

—¿Por qué? —se preguntó frustrada —¿por qué ella y yo no?

Al fin Nicolás localizó a Hortensia en las caballerizas.

La joven estaba dando de comer a su preciada yegua “Morenita”.

La observó durante un rato en silencio. El sol del atardecer se reflejaba en sus cabellos color oro.

Llevaba puesto un ajustado traje de montar que hacía aun más perfilada su silueta.

Nicolás dejó escapar un suspiro, apoyado en la viga.

Entonces la oyó hablarle con cariño a “Morenita”.

De repente se sintió celoso.

—Te gusta el azucarillo, ¿verdad?

Hortensia acarició el hocico de su yegua, y rió dulcemente.

—Por fin te encuentro —escuchó tras ella.

Rápidamente se giró sobresaltada.

—Nicolás.

Él la miró con deseo.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no —le suplicó ella —no es el momento.

Nicolás la alcanzó en dos zancadas, agarró sus manos con dulzura, y suavemente la obligó a mirarlo a la cara.

Estaba tan cerca que Hortensia pudo sentir su cálido aliento rozando su piel. Se estremeció.

Inevitablemente rompió a llorar. Nicolás la observó afligido.

—¿Qué te ocurre?

Ella lo abrazó, compungida.

—Mi abuelo quiere casarme con el archiduque Montero —manifestó con un sollozo.

apitulo 17º

Nicolás no dio crédito a lo que Hortensia le soltó abrumada.

—¡Qué! —exclamó.

—Ahora es mi prometido —musitó con congoja.

—Eso no puede ser —replicó perplejo.

—Nicolás —murmuró rota.

Él la cogió de las manos y la sentó sobre la paja del establo.

—Ven —dijo —cuéntamelo todo —le pidió comprensivo.

—Mi abuelo me obliga a ese compromiso —sollozó.

—No puede obligarte a esa barbarie —se negó con dolor.

La joven desahogó toda su rabia y frustración. Hortensia le contó cuales eran los planes de su abuelo.

—Dice que no habrá otro candidato mejor —replicó compungida.

Nicolás hirvió de ira. ¿Cómo era capaz el marqués de hacerle eso a su propia nieta?

Él conocía al archiduque Montero, toda la isla lo conocía en realidad, ¡claro qué lo había tratado! Era egocéntrico y un malcriado, su fama lo precedía allá donde iba.

Hortensia negó una y otra vez con la cabeza.

—No quiero casarme con ese tipo —dijo asqueada —no lo amo.

—Pues no te cases —repuso Nicolás secando una de sus lágrimas con total dulzura y amor.

—Pero mi abuelo dice que no tengo otra alternativa, si no me caso me mandará devuelta al internado, y yo no quiero volver allí.

Nicolás la miró seriamente. Quizás estuviese a punto de cometer la mayor locura de su vida, pero tenía que hacerlo.

—¿Y si hubiese otra alternativa? —expresó.

La esperanza resurgió en los ojos de la joven.

—¿Otra? —inquirió confusa —¿y cual?

Nicolás le habló con franqueza.

—Que otro hombre pidiese tu mano.

—¿Quién? —dijo.

—Yo —contestó firme.

—¡Qué! —exclamó ella.

—Cásate conmigo —le pidió Nicolás.

Hortensia tosió de la impresión. Una congoja ahogó su garganta, ¿le hablaba en serio?

—¡Cómo! —replicó anonadada.

—Cásate conmigo, de esa manera tu abuelo perderá la potestad sobre ti, y podrás ser libre —alegó el joven.

—¿En serio? —se quedó impresionada.

—Te ofrezco mi ayuda —agregó Nicolás.

—P-e-r-o y-o-o —tartamudeó nerviosa.

—Lo sé —se adelantó él a su respuesta —no estás enamorada de mi, tranquila, no te pediré que me ames.

A Nicolás le dolieron como dagas sus propias palabras.

Sin embargo se obligó a continuar diciendo.

—Tampoco te pediré que ejerzas de mi mujer, tendrás tu propia libertad.

Una enorme decepción barrió el alma de la joven.

Un día soñó que se casaría, pero por amor, amando a su esposo, y ahora Nicolás le ofrecía la posibilidad de escapar de aquella prisión, de ser libre.

—¿Me propones un matrimonio fingido?

Él respondió metódicamente.

—Sí.

Ella negó abrumada.

—No creo que sea buena idea —objetó.

Nicolás esbozó una sonrisa forzada.

—¿Y qué otra opción te queda?

—Pero me propones una locura.

—¿Tu crees? —y añadió —piénsalo.

Hortensia se vio acorralada. A un lado tenía un matrimonio del cual rehuía con lord Montero, al otro lado tenía a Nicolás, su eterno amigo.

Él le ofrecía aquella salida, pero, ¿era la mejor opción como decía o era simplemente un disparate?

Hortensia se sintió abrumada con aquellos sentimientos tan confusos.

apitulo 18°

Isla de Cerdeña. Francia

Mes de octubre.

El joven teniente abrió aturdido sus ojos. Le dolía exageradamente la cabeza, y la pierna.

Gregor no reconoció donde se encontraba, parecía un hospital militar.

Lo último que recordaba era que había sido herido cerca del campamento francés.

Escudriñó el lugar. Gregor intentó incorporarse, pero todo le dio vueltas a su alrededor.

Estaba muy débil, debió haber pedido mucha sangre.

Gritó de dolor, era como tener un cuchillo de doble filo clavado sobre la ingle.

Rápidamente apareció una enfermera. Este se percató de su extrema juventud, estaba algo confuso.

—¿Dónde estoy? —preguntó a la muchacha.

—En el campamento militar de cuidados intensivos —le intentó explicar.

—¿Cuántos días llevo inconsciente?

—Una semana —respondió.

Gregor hizo por incorporarse de nuevo sobre la cama, pero falló.

—No se mueva —le ordenó dulcemente mientras lo acomodaba entre las sábanas.

—¡Maldición! —masculló entre dientes —tengo que levantarme de aquí, debo volver a la batalla.

Apenas tenía fuerzas para hablar. Gregor sintió como su boca se secaba.

Amablemente la enfermera le acercó un vaso de agua.

—De momento permanecerá en cama, son ordenes del doctor.

—¿Doctor? —se jactó irónico —me da igual lo que pueda decir —se reveló.

—No se moverá —volvió a repetir ella.

Al final Gregor dejó de luchar, y se tumbó más calmado.

Miró de reojo a la muchacha.

—¿Sabe qué me ha pasado?

—Un proyectil le perforó la femoral produciéndole una hemorragia, perdió mucha sangre, pero gracias a dios la bala pudo ser extraída.

—¡Joder!

—¿Qué le ocurre? —preguntó rápidamente —¿le duele mucho?

Gregor agradeció la preocupación de la joven.

—No, tranquila.

Ella suspiró aliviada. Entonces se acercó a por unas gasas nuevas, tenía que cambiar el vendaje de la herida.

Él la siguió observando, anonadado.

—¿Es usted enfermera? —inquirió.

Ella se giró.

—Sí, por supuesto.

Victoria observó al teniente. Durante días ella había sido la encargada de vigilar su estado de salud.

Estuvo día y noche a su lado, sin moverse, preguntándose que tono de voz tendría, o cual sería el color de sus ojos, ahora ya lo sabía, eran de un bonito color azul.

En cambio su carácter dejaba mucho que desear, el joven parecía bastante cabezota, y obstinado.

En verdad era un hombre muy atractivo, pese a su barba de días, y su aspecto demacrado lleno de heridas, seguía siendo muy guapo.

Victoria cogió una palangana, y la llenó de agua limpia.

Luego se acercó a la estantería más cercana donde estaban las gasas y vendas.

Sus pensamientos la absorbieron por completo. Desde que había llegado al campamento militar de forma voluntaria, había visto a demasiados hombres morir, había sido testigo de muchas lágrimas derramadas.

Pero ella estaba allí por decisión propia. Desde pequeña siempre supo que su vocación sería ayudar a los más necesitados.

La joven Victoria era española. Su familia era del sur de la península, concretamente de Andalucía.

Victoria tuvo una infancia difícil. De precario caudal en su casa nunca se conoció el lujo.

La madre de Victoria tuvo que hacer frente sola cuando su esposo los abandonó un buen día.

A cargo de cuatro hijos, lo único que pudo hacer para pagar las deudas y alimentar sus bocas, fue trabajar como una esclava.

Gracias a su esfuerzo no les faltó ni cariño ni comida.

Victoria era la hermana más pequeña. Quizás por eso siempre había estado sobre protegida.

Cuando tenía nueve años la trágica muerte de su hermano mayor los asoló por completo.

Fue un duro golpe que afectó a la familia. Nadie imaginó que Álvaro enfermaría para morir.

Por suerte sobrevivieron al momento, y entonces el hijo mediano, Gonzalo, se alistó en las filas del ejercito español.

Victoria siempre estuvo muy unida a Gonzalo, inclusive más que con Gael, con el que tan solo se llevaba un año.

Gonzalo era su hermano predilecto. Con él tenía una conexión especial.

Su madre nunca la apoyó cuando decidió dejarlo todo para ir en busca de su hermano, y sin que ella lo supiese se escapó de casa, consiguió dinero para un pasaje, y viajó hasta Francia.

La guerra estaba destruyendo todo a su paso, pero Victoria no temía a la adversidad.

Su prioridad era la de encontrar a Gonzalo, de cual no tenía noticias hacía al menos dos años.

Cuatro meses después de emprender su búsqueda, localizó a su hermano cerca de la costa de Cerdeña.

Gonzalo era sargento en el sexto de caballería, y estaba destinado en aquel campamento, al frente de las tropas.

Gracias al cielo él estaba bien. Pero la situación en aquel lugar era penosa y urgente.

Necesitaban de toda ayuda para atender a los enfermos, y heridos en el campo de batalla.

Rotundamente su hermano se negó a que Victoria se quedase en aquel horror, incluso estuvo dispuesto a enviarla de vuelta a casa.

—¡Te has vuelto loca! —le chilló temeroso por su seguridad —te mandaré de regreso a España en el primer barco que salga.

Ella se reveló con todas sus fuerzas.

—Los soldados, las mujeres, y los niños, necesitan de mi ayuda, por favor —le rogó con ímpetu —déjame quedarme para ayudar.

Gonzalo la miró preocupado.

—Esto es una guerra —añadió con pesar.

—Lo sé —respondió ella concienciada con la situación.

—Y es muy peligroso que te quedes —objetó.

—Déjame ayudar a los demás —le imploró Victoria.

Y de esa manera logró convencer a su hermano para quedarse como enfermera.

Le prometió que tendría mucho cuidado, y que vigilaría sus espaldas.

apitulo 19º

Victoria se acercó con la palangana a la cama del teniente.

El joven había vuelto a cerrar los ojos. Al sentir su llegada los abrió despavorido.

—Tranquilo —le susurró —tan solo voy hacerle la cura de todos los días.

Gregor se relajó. Le encantaba aquel acento andaluz.

—¿De qué parte de Andalucía es? —quiso entablar una conversación con ella.

—De Granada —contestó con una sonrisa.

Gregor también sonrió. Sintió las dulces manos de la muchacha en su piel.

Un estremecimiento lo sacudió. Era muy bonita. Victoria tenía el pelo largo, de color avellana, y unos enormes ojos color caramelo, que escondían aun mucha inocencia.

—Me encanta Granada —repuso él.

A ella le agradó oír aquello.

—¿Y usted de dónde es?

—Soy de las Islas Baleares.

Victoria pareció entusiasta.

—Nunca he viajado hasta allí, me gustaría algún día poder conocer las islas.

A Gregor se le hizo un nudo en la garganta.

—Estoy convencido de que irá muy pronto.

La joven prosiguió con su trabajo con mucha delicadeza.

Aquello lo sorprendió.

—¿Cuánto lleva trabajando aquí?

Victoria levantó la cabeza sorprendida por su pregunta.

—Un año —respondió.

Gregor no quiso parecer atrevido, pero aquella muchacha llamaba demasiado su atención.

—¿Cómo se llama?

—Victoria —contestó tímidamente.

—Yo me llamo Gregor —le ofreció gentilmente su mano.

Victoria se arreboló ante aquel primer contacto. Miles de mariposas inundaron su estómago.

—Encantada —dijo.

—Igualmente —y añadió —y dígame, ¿como una muchacha tan joven y bonita decidió unirse a esta guerra?

Ella tembló ante su cumplido. Parecía un hombre muy sincero.

Sus mejillas se colorearon rápidamente. El joven teniente le inspiraba confianza.

Victoria soltó la palangana, y empezó a vendarle la herida.

—Vine buscando a mi hermano.

Él la miró escéptico. Entonces ella rió.

—Mi hermano es sargento de caballería, un día decidí escaparme de casa, y venir en su busca —repuso la joven.

—¿En serio? —arqueó una ceja.

—Sí.

—¡Vaya! —soltó —la admiro, me imagino que no debió ser fácil —dijo contemplando a la muchacha.

—No lo fue, se lo aseguro.

—¿Y dónde está su hermano?

—Aquí, en Cedeña —contestó ella.

En aquel preciso instante la puerta se abrió de golpe entrando un alto oficial.

Gregor sonrió al reconocer a su amigo.

—¡Gonzalo! —lo llamó.

Este se acercó rápidamente, feliz de verlo al fin despierto.

—Gregor, me alegro de que tengas tan buen aspecto —se jactó jocosamente.

Victoria observó a ambos hombres.

—¿Lo conoces? —le preguntó a Gonzalo.

—Claro, Gregor es mi mejor amigo —respondió mientras besaba con cariño la mejilla de la muchacha.

Unos irrefrenables celos invadieron al joven teniente.

Gonzalo le sonrió.

—Y tú ya veo en que buenas manos estás —le guiñó un ojo, pícaro —mi hermana es la mejor enfermera de todo el campamento —presumió orgulloso.

—¿Ella es tu hermana?

—Sí.

Gregor miró a Victoria, aliviado. Ambos se mantuvieron largo rato la mirada, olvidados completamente del mundo, y sus guerras.

Victoria agarró su mano con dulzura, y Gregor se sintió el hombre más dichoso del mundo.

apitulo 20º

—¡No te casarás con el doctor Ferrer!

El marqués puso el grito en el cielo y se opuso rotundamente a que la boda entre Hortensia y Nicolás se celebrase.

No aprobaba aquel disparatado compromiso, además sabía que su nieta lo hacía para desafiario.

Sacudió la cabeza, irritado. No estaba dispuesto a permitir ese atropello.

No iba a tolerar que su nieta se saliese con la suya, ¡antes muerto qué consentir aquella deshora en su familia!

Ya había tenido bastante con Gregor. Nuevamente Hortensia levantó la voz, enfurecida contra su abuelo.

—No puede prohibirme que me case con él —exclamó herida.

Su abuelo la fulminó a punto de perder los estribos.

—¡Claro qué puedo! Soy tu abuelo, y tu tutor legal, no permitiré que sigas adelante con esta locura.

—Locura sería casarme con lord Montero —replicó con lágrimas en los ojos.

El marqués dio un paso al frente.

—Él te puede dar una vida que el doctor Ferrer jamás te dará —refutó sulfurado.

Hortensia casi rió de amargura.

—¿Vida, abuelo? ¿Se refiere a una vida vacía, y sin escrúpulos? Me niego a aceptar esa vida. Nicolás puede que jamás me de lujos, pero me llenará de amor.

Hortensia se convenció de sus propias palabras. Era cierto que él no le había hablado de amor, pero muy en el fondo de su corazón no perdía la esperanza de que algún día pudiese sentir algo por ella.

Su abuelo tronó de ira. La vena de su cuello se inflamó como si fuese a reventar de un momento a otro.

—¡Jamás permitiré esa boda!

—¿Y como la vas a impedir? —lo contraatacó con valor.

—Le di tu mano a lord Montero —siseó.

—Y yo rechacé a ese caballero —objetó convincente.

—¿Me desafías, Hortensia?

—No lo desafié abuelo, pero quiero elegir mi vida —soltó decidida.

—No tendrás mi consentimiento para casarte con el doctor Ferrer.

Ahora las voces se podían oír desde el vestíbulo principal.

—No lo necesito, es mi decisión —clamó ella.

Carlota entró despavorida en el salón, alertada por el escándalo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué es todo este vocerío?

—Tu hermana se ha vuelto loca. Pretende casarse con el doctor Ferrer —manifestó su abuelo, iracundo.

Carlota empalideció.

—¿Cómo! Pero eso no puede ser —¿y tu compromiso con lord Montero?

—No lo quiero —expresó firme.

—¡Pero te has vuelto loca! —la atacó Carlota.

Hortensia la miró dolida.

—Ninguno de los dos me impedirá que me case con Nicolás —dijo en tono desafiante.

—¿Osas contradecir mi voluntad? —bramó su abuelo.

—Sí —respondió vehemente.

Los ojos del marqués sangraron de dolor, y decepción.

—En ese caso saldrás hoy mismo de esta casa, y jamás —tronó con hastío —volverás a ella.

—Pero... —intentó defenderse.

—Me has deshonrado, y renegaré de que seas mi nieta.

A Hortensia se le partió el corazón en dos. Sollozó incontroladamente, y corrió despavorida a su habitación bajo la atenta mirada de su hermana.

Aquella misma noche abandonó en un carruaje el que fuese su hogar, por la puerta de servicio, como una vulgar ladrona.

Aquello le destrozó el alma. Había albergado la esperanza de que su abuelo recapacitase, que apoyase su decisión, sin embargo la había echado de casa, sin más.

No sabía que le causaba más dolor, eso o el saber que Carlota tampoco la apoyaba.

Ella se mostraba de parte de su abuelo, <<¿por qué?>>, se preguntó.

La había decepcionado enormemente la actitud de su hermana.

Hortensia jamás la perdonaría por ello.

apitulo 21º

Tras quedarse desamparada en la calle, los padres de lady Bárbara se apiadaron de su situación, y la acogieron amablemente en su mansión.

En el fondo compadecían a la joven. Se portaron muy bien con ella.

Rápidamente le prepararon una habitación junto a la de su hija, así de esa manera ambas amigas podrían compartir más de una conversación.

La joven la visitó antes de irse a la cama. Tocó repetidas veces sobre la puerta, y entró.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —dijo con apuro —estás en tu casa.

Lady Bárbara se sentó en la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Hortensia se echó a llorar sobre su hombro. Se sentía completamente la mujer más desdichada del mundo.

—Soy tan desgraciada —musitó rota.

—No digas eso, todo se arreglará.

—¿Tu crees? —inquirió llorosa.

—Claro —repuso su amiga con consuelo.

—Mi abuelo me odia.

—Simplemente está dolido —replicó ella.

—¿Y yo qué? —se elevó de hombros —tengo derecho a decidir, ¿no?

—¡ Por supuesto! Yo no apruebo que tu abuelo quiera casarte con ese impresentable de lord Montero —dijo con un mohín de desagrado.

—No lo soporto —manifestó Hortensia con desdén.

—Yo tampoco.

Lady Bárbara la miró, compungida. Entonces titubeó a la hora de formularle aquella pregunta.

—¿Pero estás segura de qué deseas casarte con Nicolás?

Hortensia dio un respingo.

—¿Por qué me lo preguntas? —se extrañó.

—Solo quiero ayudarte —replicó su amiga.

—Sí, es mi mejor opción —respondió abatida.

—Pero yo no hablo de opción.

—¿Qué quieres decir? —pareció muy confusa.

—¿Y el amor?

—¿Qué pasa con el amor?

—Bueno —se ruborizó la joven —tú no le amas, ¿verdad?

Hortensia apartó la mirada hacía el suelo y esquivó su pregunta.

Intentó contener su nerviosismo, pero le temblaban las manos.

Lady Bárbara la conocía muy bien.

—¡Dios! —exclamó incrédula —estás enamorada de Nicolás.

—Y-o-o —tartajeó.

—Le amas —matizó firme.

<<Era estúpido negarlo, era demasiado evidente>>, se dijo Hortensia.

Durante las últimas semanas había luchado consigo misma por negarse aquellos sentimientos. Había creído que era una locura.

Pero cuando Nicolás la besó aquella tarde ya no tuvo ninguna duda, lo amaba locamente.

—Sí, estoy enamorada de él —le confesó.

—¡Lo sabía! —gritó entusiasta.

—Por favor no se lo digas a nadie —le suplicó.

—Pero Nicolás tiene derecho a saber que le amas —opinó la joven.

—¡No! —exclamó despavorida —él se casa conmigo solo por ayudarme, ambos hemos acordado que será un matrimonio fingido, sin sentimientos, si se llega a enterar de que lo amo, no querrá casarse, por favor —rogó ahogada —no le digas la verdad.

—¿Y si él estuviese igualmente enamorado de ti? —soltó aquella posibilidad.

Tristemente Hortensia negó con la cabeza.

—Nicolás jamás me amará.

—¿Pero por qué?

—Guardame el secreto —le replicó ferviente.

—Está bien —prometió lady Bárbara —no se lo diré.

Por la mañana la muchacha le escribió una misiva a Nicolás, y se la hizo enviar con una sirvienta de confianza de los duques.

Cuando este recibió la nota, enfureció. Estaba en la consulta. Nicolás decidió cerrar para ir corriendo a ver a Hortensia.

Colgó su bata en el perchero, y recogió las llaves de su mesa.

A punto de salir, Carlota apareció de repente.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó molesto.

La joven se movió con coquetería.

—Quiero hablar contigo.

—Ahora no tengo tiempo —dijo mirando la puerta de reajo.

—¿Por qué te casas con ella? —le inquirió de sopetón.

—¿Cómo dices? —preguntó anonadado.

—Es un error que te cases con Hortensia —prosiguió Carlota.

—¿Error? Mira, no tengo tiempo para tus tonterías.

—Escuchame —lo encaró directa.

Nicolás hizo ademán de salir.

—Deberías saber lo que ocurrió entre

Hortensia y lord Montero.

Él se giró hacia ella. Entonces Nicolás cerró la puerta de la consulta de un golpe.

—¿Y qué pasó? —inquirió con enfado.

—Que coquetearon descaradamente —soltó con una risita.

—¡Qué! —exclamó perplejo.

—Hortensia te engaña con esa carita de buena —siseó Carlota.

—No te creo —se opuso Nicolás.

—Todo el mundo vio como se besaban —arrastró sus palabras.

—¿Por qué me cuentas esto? —inquirió con rabia.

—Solo quiero que abras tus ojos —dijo.

La furia invadió a Nicolás. Una congoja le atenazó el pecho.

Si aquello era cierto, si Hortensia se había reído tan solo de él, entonces anularía la boda definitivamente, aunque eso le destrozase su enamorado corazón.

apitulo 22º

A media tarde Nicolás llegó a la mansión de los duques de Valdemora.

Necesitaba urgentemente hablar con su prometida.

Estaba a punto de enloquecer de celos. La encontró sentada en la salita de invitados.

Durante todo el día Hortensia había esperado con anhelo su visita.

Cuando lo vio se lanzó a sus brazos, pero Nicolás se mostró esquivo, reacio.

Ella notó que algo le pasaba.

—¿Qué te ocurre?

—Dímelo tú —la contraatacó mordaz.

—No se a que te refieres —dijo abrumada.

Nicolás fue muy directo.

—A lord Montero, y a ti.

La joven pareció ofendida con su insinuación.

—No hay nada entre ese tipo y yo.

—¿Seguro? —inquirió —entonces, ¿por qué no me cuentas lo qué pasó en la fiesta de lady Bárbara?

Los colores incendiaron el rostro de la joven.

—¿Quién te lo ha contado?

—O sea —repuso con decepción —que es verdad.

—¡No! —expresó compungida —¿quién te lo dijo?

—Eso da igual —omitió su pregunta —quiero que me digas lo que ocurrió.

Hortensia se afaná porque la creyese.

—Te juro que no pasó nada entre nosotros. Lord Montero me acosó en la fiesta.

—¿Te acoso? —repitió poco crédulo.

—Intentó propasarse conmigo.

—¿Y el beso? —le insinuó con celos.

—¿Beso? —se alarmó —cuando me besó le abofeteé la cara, y salí corriendo.

A Nicolás le entraron ganas de matar a lord Montero con sus propias manos.

Tuvo ganas de reír. Lo que le relataba Hortensia era muy propio de su carácter rebelde.

Quería creerla, necesitaba confiar en ella. Le retiró las gafas del rostro, y la miró directamente.

No apartó su mirada, se perdió en su profundidad verdosa.

—¿Me dices la verdad? —preguntó.

—Sí, por supuesto.

—Si acaso te estuvieses riendo de mi...

—Jamás haría eso —replicó con fevor.

Entonces Nicolás la creyó. Hortensia no le mentía, le decía la verdad.

Un regocijo interior lo invadió de alegría. Los ojos de la joven brillaron de amor.

A punto estuvo de besarla cuando fueron interrumpidos por los anfitriones.

Nicolás reprimió su deseo de estrecharla entre sus brazos.

De repente se sintió orgulloso de ella. <<Mi futura esposa>>, musitó feliz.

La fecha de la boda quedó fijada para la semana siguiente.

Nicolás fue el encargado de hablar con el reverendo del pueblo.

El hombre se mostró muy afable de celebrar la ceremonia.

Del resto de preparativos lady Bárbara se hizo la responsable.

Como regalo de bodas le compró a Hortensia el vestido de novia.

Ambas jóvenes acudieron a la tienda más cara y lujosa del pueblo para encargarse lo que sería el ajuar.

Hortensia estaba muy agradecida por la generosidad de su amiga.

Eligió un vestido muy bonito, pero quiso que fuese sencillo, nada ostentoso, acorde con su boda.

Era blanco, de un blanco inmaculado, de cola larga, escote redondo, y mangas de encaje.

El velo era de tul bordado. Hortensia parecía una princesa, al menos eso pensó su futuro esposo cuando la vio cruzar radiante la puerta de la iglesia.

Hacía un día muy bonito, soleado y despejado, con una temperatura bastante agradable para estar a finales del mes de octubre.

A la ceremonia acudieron pocos invitados. Solo los más íntimos.

La gran ausencia la familia de la novia. Ningún miembro se presentó al evento.

Con suma tristeza la joven buscó en la pequeña iglesia algún rastro de su abuelo, y de su hermana.

Le hubiese encantado que en aquellos momentos estuviesen allí.

Al fin y al cabo era el día más importante de su vida.

También añoraba la presencia de Gregor. Pero en su corazón presentía que él

estaba bien, y que apoyaba su decisión.

Caminó nerviosa hacía el altar. Contempló con amor a Nicolás, al hombre que amaba en secreto.

Todos sus miedos desaparecieron cuando sus ojos apasionados se posaron sobre ella con confianza.

Hortensia dejó de temblar. Nicolás agarró con candor sus manos. El leve contacto le erizó la piel.

Sonrió orgulloso. Hortensia estaba realmente bella.

Ambos se miraron intensamente, emocionados a la hora de pronunciar sus votos matrimoniales.

—Nicolás —pronunció el reverendo —tomas a Hortensia como tu esposa, y prometes amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta el final de tus días.

Nicolás la miró con deseo.

—Sí, quiero.

—Y tú Hortensia, tomas a Nicolás como tu esposo, y prometes amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta el final de tus días.

Una dicha la embargó cuando dijo alto y claro:

—Sí, quiero.

El reverendo observó a la joven pareja, y sonrió satisfecho.

—Entonces por el poder que me ha sido otorgado por dios, yo os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia.

Levemente Nicolás acercó sus labios a los suyos, y los rozó despertando una estela de deseo en su mujer.

Salieron de la iglesia casados. Ahora Hortensia le pertenecía.

Una extraña sensación lo inundó, felicidad, miedo, responsabilidad... Tenía que hacer feliz a su mujer, pero ¿cómo se lograba eso cuando ella ni tan siquiera le amaba?

Un surco amargo arrugó su entrecejo.

apitulo 23°

Tras la corta ceremonia donde Hortensia quedó unida a Nicolás, la joven trasladó sus pertenencias al que sería su nuevo hogar, la casa que su esposo compartía con su padre.

No era una casita demasiado grande, pero estaba bien acondicionada.

A Hortensia le encantó, aunque no tuviese los lujos y las comodidades de la mansión de su abuelo, pero eso no le importó.

Ahora debía habituarse a su nueva vida. Tenía que aprender a comportarse, y ejercer como una esposa, ¿pero cómo se hacía aquello?

Eso era algo que no se podía fingir. El señor don Agustín, padre Nicolás, era encantador. Hortensia estaba convencida que ambos congeniarían a la perfección.

Don Agustín llevaba viudo y a cargo de su único hijo más de veinte años.

Su esposa Helena falleció desgraciadamente muy joven.

Desde entonces, él solo se tuvo que ocupar de sacar adelante la educación de su hijo, y compaginar su trabajo en la botica.

Era un hombre extraordinario, cariñoso, amable, y con un sentido común envidiable.

Cuando la joven pareja llegó a la casa, don Agustín ya les había preparado la habitación nupcial, aquella que marido y mujer debían compartir de mutuo acuerdo.

Lógicamente el padre desconocía las verdaderas razones por las que se habían casado.

Agotada por tantas emociones Hortensia se instaló en el dormitorio. Nicolás tardó un buen rato en subir.

En completa soledad la joven tuvo tiempo de pensar.

No debía resultar fácil para Nicolás compartir la cama con una mujer a la que no amaba, a la que veía tan solo como su mejor amiga.

Algo dentro de su corazón la ahogó, un pensamiento, un dolor agudo por querer cambiar las cosas.

Se despojó de su vestido de novia, y se colocó un bonito camisón de seda.

No supo si aquella prenda sería demasiado atrevida para su esposo.

Ciertamente no sabía como comportarse con él. Hortensia se soltó el pelo, se quitó las orquídeas que sujetaban su moño, y las depositó en la mesilla de noche.

Entonces cepilló su cabello junto al espejo. Cuando acabó con su tarea se acercó junto a la ventana.

La luna brillaba sobre un cielo estrellado. Se quedó un rato mirando el paisaje.

Nicolás entró en aquel momento, y observó embelesado a su esposa.

El deseo lo inflamó por dentro. Lentamente avanzó en la penumbra de la habitación.

Ella notó su presencia.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó con congoja.

A Hortensia le dolió oír eso. Entonces se giró compungida, y miró las bellas facciones de su esposo.

Lo amaba.

—No —logró articular con dificultad —estoy enfadada conmigo misma.

Nicolás se maldijo en silencio. Hortensia estaba sufriendo, y él nada podía hacer por evitarlo.

Quería abrazarla, y que su dolor desapareciera bajo sus caricias.

—¿Por qué? —añadió cabizbajo.

—Todo lo he hecho mal, mi abuelo me desprecia, Carlota parece odiarme, y tú... —ni tan siquiera tuvo valor para acabar su frase.

Él corrió rápidamente a su encuentro.

—¿Yo, qué? —agregó enronquecido.

—Tú te has visto obligado a casarte conmigo, lo has sacrificado todo por mi, y jamás me perdonaré por eso —manifestó con dolor.

Nicolás desmintió sus palabras.

—Eso no es verdad, yo no me he casado contigo obligado, si lo he hecho es porque he querido —le dejó bien claro.

Levemente acarició su mejilla. En aquella ocasión Hortensia no llevaba puestas sus gafas.

Nicolás pudo disfrutar de la pureza de su mirada. Apartó su largo pelo hacia atrás para contemplarla mejor.

La joven lo miró, esperanzada.

—¿Lo dices en serio?

—¿Acaso no te has dado cuenta de ello? —dijo con pasión —estoy enamorado de ti lady Hortensia, y nada ni nadie cambiará eso —le confesó al tiempo que besaba sus labios.

Cálidamente la abrazó y sintió estremecer su cuerpo. Era su mujer.

Siguió besándola. Introdujo su lengua dentro de su boca buscando su respuesta.

Sus lenguas se enredaron con deseo, se tocaron, se incitaron.

Hortensia rodeó el cuello de su esposo. Se apegó a su pecho, aturdida por las sensaciones que experimentaba en sus brazos.

Se apartó un solo instante, y lo miró, abrumada. Poco a poco la despojó de su camisón.

Su cuerpo lo enloqueció. Su mujer parecía una sirena de marfil.

Lentamente él se deshizo de su camisa. Sus cuerpos quedaron completamente desnudos.

Nicolás buscó con urgencia su boca. Acarició sus senos, jugueteó con ellos, los mordisqueó hasta hacerla gemir de placer.

—Te amo —le susurró ella contra su cuello.

Nicolás se sintió flotar en una nube. Era el hombre más feliz de la tierra.

—Y yo a ti Hortensia —y agregó —siempre te he amado, mi amor.

La tumbó sobre la cama. Él se recostó encima de ella, y con sumo cuidado la penetró, unió su ser, su esencia, al cuerpo de su mujer.

Una explosión de calor embargó a Hortensia. El primer momento de dolor pasó muy rápido, y cuando Nicolás se movió suavemente dentro de ella, gimió, se arqueó sobre su miembro, hasta que ambos sintieron como un clímax dulce los conducía a la cima del amor.

apitulo 24°

Costa de Cerdeña. Francia

Gregor tardó casi un mes en volver a caminar.

Ya se ponía de pie por si solo y daba largos paseos por la habitación.

Su mejoría había avanzado muy rápido. Se notaba que era un hombre joven y fuerte.

Gracias a los cuidados y compañía de Victoria, Gregor se recuperó casi totalmente de sus heridas.

Cada día que pasaba con la muchacha descubría que más enamorado estaba de ella.

A medida que iba conociendo cosas de su vida más deseaba pasar el tiempo a su lado.

Gregor ya iba teniendo una edad. Ahora más que nunca se planteaba su inminente futuro.

Quería casarse, formar una familia, y un hogar estable.

Y en esos planes entraba a formar parte Victoria. Lo que no sabía era como iba a decirle que la amaba.

Nunca antes se había declarado a ninguna mujer. Aquella muchacha era especial, además era la hermana de su amigo, si algo salía mal corría el riesgo de que Gonzalo le metiese un tiro entre ceja y ceja.

Aquella mañana cuando la muchacha acudió a su puesto, estaba más callada de lo habitual.

Gregor notó su tristeza al mirarla a los ojos. La sentó sobre su regazo, y acarició su pelo dulcemente.

Luego le preguntó;

—¿Qué te pasa?

—¿A mi? —inquirió ensimismada.

Gregor sonrió taciturno.

—Sí, hoy estás como ausente —dijo preocupado.

Victoria lo miró abatida.

—Estoy cansada de tanta guerra, ¿cuándo llegará la paz por fin? Tengo ganas de regresar a casa —le confesó abatida.

—Te entiendo, a mi me pasa igual, ¿sabes? Me muero por ver a mis hermanas.

Ella levantó la cabeza con curiosidad. En más de una ocasión le había hablado de ellas.

Victoria sentía cierta simpatía por la más pequeña, Hortensia, aunque no la conocía en persona.

Se notaba que Gregor sentía una gran admiración por su hermana, la adoraba con locura.

Una pizca de celos afloró en ella al pensar en el amor de Gregor.

Era más que evidente que durante aquel tiempo se había enamorado del joven teniente.

Pero desconocía cuales eran sus sentimientos y si ella estaba incluida dentro de su futuro.

Intentó apartar de su cabeza aquel desazón que sentía.

—Me imagino que querrás regresar cuanto antes a tu hogar —aguantó un sollozo.

Gregor le levantó el mentón, con amor.

—Sí, pero quiero regresar contigo —musitó besando sus labios.

Victoria se sintió desfallecer.

—¿Conmigo? —repitió feliz.

—Te amo —le confesó.

—¡Oh Gregor! —lloró emocionada.

—Quiero que nos casemos, Victoria. Quiero que seas mi esposa, ¿qué me dices a ello?

Gregor aguardó impaciente su respuesta. Ahora fue la muchacha quien lo besó, eufórica.

—¡Sí, sí quiero!

Ambos se volvieron a besar con pasión. Gonzalo entró en la habitación interrumpiendo la escena tan idílica.

—¡La guerra ha terminado! —exclamó con alegría —regresamos a casa.

—¿En serio? —repuso Victoria.

—Eso es maravilloso —añadió Gregor al tiempo que añadió —tenemos algo

que decirte.

—¿Y bien? —esperó el joven.

—Victoria y yo nos casamos.

Gonzalo sonrió de oreja a oreja.

—¡Enhorabuena! —expresó con júbilo.

—Gracias —musitó su hermana.

—Seréis enormemente felices en vuestro matrimonio —vaticinó convencido.

Sabía que su hermana había encontrado a un buen hombre, el mejor hombre para ella.

La guerra por fin había finalizado. Ahora era el tiempo para la paz... y el amor.

apitulo 25°

*Finales de noviembre.
España*

La nueva vida de Hortensia era maravillosa. No podía ser más feliz de lo que era.

No descartaba que muy pronto pudiese quedar embarazada. ¡Deseaba tanto un hijo de Nicolás!

Curiosamente no echaba de menos su antiguo estatus. Se desenvolvía muy bien en su papel de esposa.

Nicolás y ella pasaban mucho tiempo juntos. Cuando él no estaba atendiendo a pacientes en la consulta, acudía a la botica de su padre, donde su esposa le ayudaba.

Entonces aprovechaba los ratos que no había nadie para hacerle el amor en la trastienda.

A finales de noviembre los primeros copos de nieve llegaron a la península.

La noticia de que la guerra había finalizado ya era más que un hecho.

El rey anunció que sus tropas regresarían a casa muy pronto.

Hortensia estaba ilusionada. Gregor regresaría por fin. Deseaba abrazarlo.

De pronto un pensamiento la inquietó. ¿Qué pensaría su hermano sobre la boda con Nicolás?

Él no era igual que su abuelo, pero desconocía si aprobaría aquel matrimonio.

Aquella tarde llovía. Nicolás tuvo que salir para atender un parto, así que la joven se quedó sola en la botica.

No esperó la inesperada visita de Carlota. Su hermana entró en el local con el

sombrero todo empapado de agua.

A Hortensia le dio un vuelco el corazón al verla.

—¡Carlota! —exclamó.

Su hermana la miró indiferente. Escudriñó ambos lados de la botica esperando no encontrar a nadie más.

—¿Estás sola? —preguntó fríamente.

Ella escondió su decepción.

—Sí, Nicolás ha salido, y don Agustín está en casa, indispuerto.

Carlota sonrió metódicamente.

—Mejor.

La joven se sacudió el resto de gotas de su capa, y se despojó de sus guantes.

Hortensia la miró preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada.

—Entonces, ¿qué quieres? —le dijo molesta con su actitud.

—Necesito hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿De qué? —se extrañó.

—Se trata de Nicolás, y de tu falso —remarcó con malicia —matrimonio.

Hortensia ahogó un gemido entre sus manos.

—¿Cómo sabes eso?

Carlota rió.

—Sé muchas más cosas —tomó asiento en una silla, y prosiguió —no te conviene estar casada con él. Nicolás no te quiere, y jamás te querrá.

—¿Cómo te atreves a decir eso! —se horrorizó la joven.

—Es la verdad, tu deberías saberlo.

Hortensia salió tras el mostrador, furiosa.

—Si solo has venido a esto, ¡vete ahora mismo!

—Cálmate, hermanita, solo intento salvar tu felicidad —le dejó caer mordazmente.

—¿Salvar?

Hortensia estaba temblando.

—Si, quiero prevenirte que Nicolás no es como tú piensas, es un sinvergüenza.

—¿Por qué lo dices?

Estaba a punto de llorar.

—Pregúntale que estuvo haciendo hace tres noches en casa de Josefina, la hija del herrero.

—Salió para atender una urgencia —musitó compungida.

Carlota se acercó a ella con una sonrisa cínica.

—Eso es lo que te dijo él, ahora puedes creerme a mi —dijo con vehemencia.

Acto seguido cogió sus guantes, paraguas y sombrero, y se dirigió hacia la salida.

—Créeme, tu matrimonio está acabado —manifestó convencida.

Hortensia se derrumbó rota por el dolor. No era posible aquello.

Era mentira. Nicolás no podía estar engañándola, sus besos, sus caricias, no podían ser todo mentira.

Carlota se lo había inventado para hacerle daño. Pensó en sus palabras.

Era cierto que tres noches antes Nicolás se ausentó de casa, y que volvió muy nervioso.

No quiso hablar del tema, y ella no le dio más importancia.

Ahora empezaba a dudar de su verdad. Por un momento sus ojos se volvieron oscuridad, todo giraba a su alrededor.

¿Cómo podría volver a mirarlo a los ojos? Dejó su llanto correr por sus afligidas mejillas.

Si era cierto lo que le contó Carlota, y su esposo la engañaba, Hortensia no estaba dispuesta a perdonarlo, no sería el segundo plato de nadie.

Se levantó con ímpetu. Fuera aun seguía lloviendo.

Tomó una determinación, se marcharía, cogería sus cosas, y para cuando él regresase, ella ya no estaría allí.

No permitiría que se burlase en su propia cara. Con todo el dolor de su corazón le escribió una nota, la metió en un sobre, y la dejó sobre el mostrador para que Nicolás la viera.

apitulo 26°

Hacía días que Nicolás andaba más ausente de lo normal, pero era por un motivo, un buen motivo, darle una sorpresa a Hortensia que jamás olvidaría.

Durante el último mes había meditado mucho sobre el paso que iba a dar.

No era fácil. Pero todo era poco por hacer feliz a su mujer.

Por ello había cogido sus ahorros de años, y los había invertido en la compra de una casa nueva, mucho más grande y moderna, donde algún día sus hijos jugarían felices.

Nicolás había querido mantenerlo en secreto hasta tener la casa completamente terminada.

No quiso que su esposa sospechase absolutamente nada.

Algunas noches salía de casa con algún pretexto, y acudía a revisar el estado de las obras.

Sonrió. Sabía que Hortensia se llevaría la alegría de su vida.

Ocultarle aquello había supuesto un gran sacrificio para él.

No soportaba tener que mentirle. Nicolás llegó bastante tarde a casa.

Había sido un día muy duro. Le apetecía abrazar a su mujer, y contarle por fin la buena noticia.

Se extrañó cuando no la encontró por ningún lado.

Preguntó a su padre, pero este le dijo que aun no había regresado de la botica.

Preocupado acudió al local en su busca. Totalmente confuso encontró la nota que Hortensia le había dejado.

No daba crédito a lo que sus ojos leían. Era su letra, estaba convencido, y además la tinta estaba corrida por el agua de alguna lágrima.

Nicolás la leyó de nuevo intentando encontrar una explicación coherente.

“Mi amado esposo;

Cuando leas esto yo ya estaré lejos. Es la mejor decisión para ambos que me marche.

Llegados a este punto creo que es inútil que sigamos con esta mentira.

Nuestro matrimonio nunca ha sido real, y lo único que lograremos es hacernos daño.

Sé que te casaste conmigo en un acto heroico de protegerme de las intenciones de mi abuelo, pero un buen matrimonio debe tener como base el amor y la confianza.

Nunca pretendí forzarte a esto, y ahora soy yo la que te deja ser libre.

No me busques, te lo ruego.

Tu esposa, Hortensia”

¿Qué clase de broma cruel era esa? Nicolás arrugó el papel con ira.

Su mujer no podía haberse marchado, no podía haberle abandonado así sin más, solo con aquella estúpida nota.

¿Qué era lo que había hecho mal? Él creía que ella lo amaba.

Y sin embargo ahora se marchaba de esa manera destrozando su corazón.

Quizás todo era su culpa. Tal vez no le había dedicado todo el tiempo que debiera.

Ahora se arrepentía de no haberle dicho con palabras lo mucho que la amaba, que sin ella su mundo no tenía luz ni vida, que era el eje y el motor de su existir.

Nicolás se negó a rendirse. Un relampagueo inundó su iris con decisión.

La buscaría, y la encontraría. Haría que regresase a casa, junto a él.

Entonces le haría ver que la amaba como nunca antes había amado a otra mujer.

<<Mi mujer>>.

Un pensamiento lo asustó. ¿Dónde estaría Hortensia?

¿Qué locura habría cometido?

De un modo u otro él estaba dispuesto a averiguarlo.

apitulo 27º

Hortensia buscó ayuda en la persona en la que más confiaba, lady Bárbara. Su amiga le ofreció quedarse aquella noche en su casa, y le dejó su hombro para llorar.

Cuando la joven acabó de relatarle lo que creía el engaño de su esposo, lady Bárbara maldijo entre diente a Nicolás.

No podía creer que hubiese sido capaz de algo tan atroz.

De él jamás lo habría imaginado.

—¿Estás completamente segura de qué te engaña? —le inquirió aun con dudas.

—Sí —sollozó.

—¿Pero qué pruebas tienes?

—Ninguna —admitió compungida.

Lady Bárbara negó con la cabeza.

—¿Entonces? —agregó —¿Por qué no se lo preguntas directamente?

—¿Y crees qué me lo reconocería? —replicó con sofoco.

—Nicolás siempre ha sido honesto —dijo.

En el fondo siempre quiso pensar que se casaba con Hortensia por amor.

—Me engaña —repitió Hortensia.

—Calmate —le pidió —¿qué harás ahora? —preguntó con desconcierto.

—No lo sé —respondió abrumada.

—Me imagino que no lo perdonarás.

Hortensia se exaltó herida.

—¡No! Por supuesto, Nicolás ha jugado conmigo, jamás se lo perdonaré —trinó con orgullo.

Lady Bárbara comprendió su evidente desilusión.

—Te entiendo —ella tampoco había tenido demasiada suerte en el amor.

—Lo mejor será que me vaya de las islas —repuso con convicción.

Lady Bárbara agrandó los ojos como platos.

—¿Y adónde te irás?

—Tengo unos tíos en Madrid, creo que me iré allí una larga temporada, al

menos hasta que me olvide de Nicolás.

<<Eso jamás sucederá >>, se dijo rota por el desamor.

—Me parece buena idea, la distancia te ayudará.

—Sí, será lo mejor —repuso Hortensia.

—Tengo un amigo que es capitán de un barco, mañana zarpa para Valencia, podrías irte con él —le sugirió la joven.

—¿Tu crees qué querrá llevarme? —preguntó.

—Seguro que sí.

—Pues entonces habla con ese amigo tuyo, partiré mañana mismo.

—Hortensia —la nombró preocupada —¿no te arrepentirás después?

Hortensia levantó el mentón con ímpetu.

—Nicolás no merece ni una sola lágrima mía.

Lady Bárbara la miró apenada.

—Está bien, contactaré de inmediato con el capitán.

Oyó como su amiga sollozaba intranquila.

—Todo saldrá bien —intentó apoyarla.

Y así lo hicieron. Lady Bárbara habló con el capitán Gutiérrez y le pidió el favor de que ayudase a Hortensia.

No fue nada fácil convencerlo. El hombre se comprometió en su tarea.

Era un buen hombre de familia, honrado, y trabajador.

Lady Bárbara confiaba en él para que nada malo sucediese a su amiga.

Muy temprano al amanecer, un carruaje las recogió a ambas, y las llevó al puerto.

Allí embarcaron el equipaje de la muchacha. Lady Bárbara la despidió con mucha pena.

—Cuídate —le dijo.

Ella asintió con congoja. Una traicionera lágrima rodó por su mejilla.

—Me cuidaré.

—Y escíbeme —le rogó encarecidamente.

—Lo haré —prometió Hortensia.

Lady Bárbara la abrazó fuertemente. Sería un viaje largo, una travesía que duraría semanas.

Pero ella estaba preparada para lo peor. Ya nada importaba.

Tenía el corazón destrozado por amor.

apitulo 28°

Totalmente desesperado Nicolás se pateó de punta a punta la isla, buscando alguna información sobre el paradero de su mujer.

Destrozado, con la preocupación martilleando su corazón, decidió ir a hablar con lady Bárbara.

Ella era su mejor amiga, quizás supiese algo sobre Hortensia.

Nicolás bajó a prisa del carruaje, y le ofreció varias monedas al cochero para que aguardase su salida de la mansión.

Lady Bárbara accedió a recibirlo. La joven lo miró con resquemor.

—Buenos días lady Bárbara —la saludó.

—¿Qué se le ofrece doctor Ferrer? —preguntó a sabiendas de cual sería su respuesta.

Él no se anduvo por las ramas. Notó a la muchacha con cierto nerviosismo.

—¿Dónde está mi mujer? Necesito verla.

—¿Hortensia? —inquirió.

—Sí.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Usted es su mejor amiga —replicó Nicolás.

—Aunque lo supiera no se lo diría.

Nicolás no salió de su estupor.

—¿Cómo! —exclamó —¿me habla en serio? Hortensia se marchó ayer dejándome una absurda nota —masculló herido.

Ella encogió los hombros con soltura e intentó mantenerse firme. Pero le estaba resultando imposible.

El joven parecía realmente preocupado. ¿Y si Hortensia se había equivocado?

¿Y si Nicolás no la había engañado?

—Tal vez tuviese motivos para desaparecer, ¿no cree? —le dejó caer, molesta.

Nicolás se enervó ante su insinuación.

—Yo jamás haría daño a Hortensia —manifestó con un ímpetu apasionado.

Lady Bárbara se giró hacia él, sorprendida.

—¿Entonces la ama?

—Sí —confesó abiertamente.

La joven se mostró un tanto incómoda.

—Eso no es lo que piensa Hortensia, ella está convencida de que usted se casó por lastima, y que la engaña con otra.

Él abrió los ojos, desmesurado.

—¡Yo no la engaño con ninguna otra! —replicó con enfado —¿Eso es lo que cree? ¿Por eso se marchó de casa?

A Nicolás le entraron ganas de reír a carcajadas.

—Pues si —dijo lady Bárbara atónita ante su reacción.

—Déjeme hablar con mi esposa —le pidió Nicolás.

Lady Bárbara lo miró apurada. Observando las facciones del joven doctor pudo comprobar el amor y la preocupación que asomaban a sus ojos.

Se había equivocado al ayudar a su amiga. No pudo evitar sentirse mal.

—Doctor Ferrer —lo nombró caótica.

—¿Dónde esta Hortensia? Necesito aclararle esta grave confusión.

La muchacha se removió inquieta. Entonces tartamudeó.

—E-e-e-lla no está aquí.

Nicolás esperó expectante a que continuase.

—Hortensia se ha marchado a Madrid, a casa de unos tíos.

Nicolás gritó incrédulo.

—¡Cómo! ¿A Madrid?

—Así es.

—¿Pero cuando? —añadió con congoja —eso no puede ser.

Lady Bárbara prosiguió apurada.

—Yo misma la he ayudado a conseguir un pasaje en un barco de un amigo mío.

—¿Qué barco? —inquirió.

—“El zagal” —respondió —y ha zarpado al amanecer.

Nicolás negó con la cabeza.

—Pero es un barco de mercancías.

Lady Bárbara asintió.

—Podría ser peligroso —objetó Nicolás.

—El capitán es mi amigo —agregó la joven para tranquilizarlo —no dejará que nada le ocurra a Hortensia.

—Tengo que darme prisa, y partir hacia Madrid —caviló en voz alta —debo encontrarla —dijo Nicolás —¿Cuándo zarpa el próximo barco?

—Dentro de una semana —le comunicó.

—¡Qué! —exclamó.

Maldijo su suerte. ¡Una semana! Eso era demasiado tiempo.

—Pero yo podría hablar con alguno de mis contactos —se ofreció lady Bárbara —y conseguirle un pasaje más rápido.

—¿Lo haría?

—Por supuesto —dijo —déjelo en mis manos.

—Gracias lady Bárbara —se mostró agradecido.

Nicolás enloqueció exasperado. Si algo malo sucedía a su mujer, él solo sería responsable de lo ocurrido.

Regresó a casa, y preparó todo para el inminente viaje.

Nicolás no iba a quedarse de brazos cruzados, ¡encontraría a su esposa allá donde estuviese!

Y cuando lo hiciese no se libraría de recibir una buena reprimenda.

apitulo 29°

Madrid.

Tres semanas después.

Los tíos de Hortensia la recibieron en su residencia con gran alegría, y sorpresa.

Hacía años que no veían a su sobrina pequeña. La última vez fue en el funeral de Anabel.

Tía Sofía era la hermana mayor de su madre. Era una mujer sencilla, de buen corazón, muy humanitaria, al igual que su marido, su tío Sebastián.

De ambos guardaba un especial cariño. Sus tíos jamás tuvieron descendencia.

Cuando su hermana pequeña Anabel murió, ella quiso hacerse cargo de la tutela de sus sobrinos.

Pero el marqués no quiso, se negó rotundamente a que los niños se quedasen con ellos.

Tía Sofía siempre conoció el complicado carácter del marqués, pero era el abuelo de sus sobrinos.

Nada podía hacer al respecto. Era por ello que no se sorprendió al conocer los detalles que habían llevado a su sobrina a viajar tan lejos.

Cuando Hortensia le relató gran parte de lo sucedido, su tía se horrorizó al saber de los penosos años que tuvo que pasar su sobrina en aquel internado de Londres.

Se apenó, culpándose de no haber hecho nada por ayudarla.

Se compadecía del pobre sufrimiento de la muchacha.

Ella quiso ser complemente sincera con sus tíos, y no omitió ningún detalle,

ni tan siquiera su fingido matrimonio con Nicolás.

Aquello le causó un tremendo dolor a su corazón.

Amaba a su esposo, y seguiría amándolo muy a su pesar, pero tenía que ser fuerte, y olvidarse de él.

A pesar de la gran conmoción, sus tíos le mostraron su apoyo y comprensión en aquellos duros momentos.

Hortensia se sintió muy agradecida. El viaje había sido bastante engorroso y movido.

No dejó de sentirse indispuesta a lo largo de la travesía.

Ella lo achacó a los nervios y la tensión de varios días.

Sin embargo días después de llegar a casa de sus tíos Hortensia seguía encontrándose igual de mal.

Por ello tía Sofía hizo llamar al médico de la familia.

Ciertamente estaba muy preocupada por la salud de su sobrina.

Tras examinar a la paciente el doctor le comunicó los resultados. Entonces sus sospechas se confirmaron.

Tía Sofía no salía de su asombro. Sacudió la cabeza irracionalmente.

—¿Embarazada? —exclamó —¿Mi sobrina está embarazada?

—Así es señora —le confirmó el hombre.

—¿Voy hacer mamá? —repuso Hortensia ilusionada.

—Si todo va bien, para verano.

Los ojos de Hortensia se anegaron de amor.

—¡Santo cielo! —musitó su tía. —probrecita mía. ¿Qué será de ella sin un padre para su hijo? Ese hombre tiene derecho a saber la verdad —objetó resuelta a encontrarlo, y comunicarle la noticia.

—¡No tía Sofía! —la sorprendió.

—¿Cómo qué no?

Hortensia sollozó.

—Nicolás no puede saberlo —se opuso.

—Pero es el padre de la criatura.

—Lo criaré sola —dijo resuelta.

—¿Sola? —su tía negó en rotundo.

—Sí.

—Pero Hortensia —trató de convencerla.

—Es mi decisión —reafirmó ante la mirada de su tía.

¡Un hijo! Iba a tener un hijo suyo, y de Nicolás. Acarició su barriga con dulzura.

Era lo que siempre soñó. Tener un hijo era lo más maravilloso del mundo.

Sin embargo se entristeció. Había deseado tanto aquel momento.

Ahora tenía que pensar en el futuro bebé que venía en camino.
Regresar al lado de Nicolás no era una opción, perdonarlo era un imposible.

apitulo 30°

Tras varias semanas de travesía Nicolás llegó al puerto de Valencia.

Según le explicó lady Bárbara podría encontrar al capitán Gutiérrez en la cantina “Cuatro vientos”.

Él era el único que podía darle información sobre el paradero de su esposa.

Era su última esperanza. Con aquel pensamiento, y completamente agotado, Nicolás entró en la abarrotada cantina.

Llevaba días sin poder dormir. No soportaba la idea de que algo malo le hubiese sucedido a Hortensia.

Con determinación escudriñó el lugar en busca de la figura del capitán.

Había muchísimos marineros abarrotando el lugar.

Según le explicó lady Bárbara con detalle, el capitán era un hombre alto y robusto, con una enorme barriga tipo barril, y espesa barba.

De repente al fondo de la extensa barra localizó a un hombre que encajaba con la descripción.

Rápidamente Nicolás se acercó hasta él.

—¿Capitán Gutiérrez?

—Sí, ¿quién pregunta por mi? —lo miró el hombre con curiosidad.

—Soy el doctor Ferrer —se presentó con nerviosismo.

—¿Doctor? —arqueó una ceja —No necesito ningún doctor.

Los hombres que lo acompañaban rieron a carcajadas.

Nicolás se sintió ridículo.

—¡No, no! Discúlpeme —agregó este ante el malentendido —Me llamo Nicolás Ferrer, Lady Bárbara que dijo que usted podría ayudarme a encontrar a mi esposa —repuso con un ápice de esperanza.

—¿Su esposa? —repitió el capitán.

—Lady Hortensia —dijo.

—No sé de que me habla —pareció extrañado.

Nicolás intentó no perder los estribos.

—Su nombre es lady Hortensia, y viajó con usted en su barco —le explicó.

El capitán reflexionó unos segundos.

—¿Ha dicho en mi barco? —inquirió.

—Sí, lady Bárbara habló con usted —insistió Nicolás.

Este se mesó la barba de varios días.

—¡Ah ya! —exclamó de golpe —creo recordarla.

A Nicolás se le iluminó la mirada.

—Una muchacha encantadora —agregó el capitán.

—Ella es mi esposa —manifestó con orgullo.

El capitán Gutiérrez lo examinó minuciosamente.

—Efectivamente, la joven viajó abordo de “El zagal”, mi embarcación.

Nicolás respiró aliviado.

—¿Y está bien?

El hombre elevó una ceja dubitativo.

—Recuerdo que no paró de vomitar durante todo el trayecto.

La alerta saltó en Nicolás.

—¿Parecía enferma? —inquirió preocupado.

—Eso es —repuso confuso el capitán.

—Necesito encontrar a mi esposa —alegó exasperado.

—No se en que más puedo ayudarlo, doctor Ferrer —dijo el capitán con apuro.

—¿Sabe al menos hacía dónde se dirigía, un paradero o un nombre?

El capitán se tocó la barba, pensativo.

—Habló de unos parientes en Madrid. Yo mismo la acompañé hasta el tren.

La esperanza resurgió en Nicolás.

—¿Recuerda sus nombres?

—Sí, los barones de Pinto.

—Muchas gracias, capitán —le agradeció su ayuda.

—Espero que encuentre a su esposa —le deseó suerte.

Tras dejar atrás la taberna Nicolás se dirigió con suma rapidez hacia la estación para coger el primer tren que saliese con destino Madrid.

Quería llegar cuanto antes a la capital. Si era cierto y Hortensia estaba enferma, lo necesitaba.

Tenía que cuidar de su esposa.

apitulo 31º

Era domingo.

Nicolás intentó localizar como un loco la residencia de los barones de Pinto, tíos de Hortensia.

Movió cielo y tierra, y tiró de sus contactos en Madrid para dar con ellos.

Al fin logró averiguar cual era su dirección. Tras alquilar una habitación en una pequeña pensión, dejó sus maletas, y pidió un carruaje que lo llevase hasta allí.

Estaba impaciente. No veía el momento de abrazar a su mujer, de oler nuevamente su perfume.

Hortensia tendría que darle muchas explicaciones, y él estaba dispuesto a escucharla.

Observó las calles de la capital, ensimismado en sus pensamientos.

De repente el carruaje se detuvo, y el cochero le abrió la puerta con amabilidad.

—Señor, ya hemos llegado.

Nicolás se bajó con atropello, dio varias monedas al hombre, y le dijo que se marchase.

Este asintió con la cabeza al tiempo que subía al pescante del conductor.

Con paso ligero Nicolás sintió el frío aire rozar su cara.

Con dos zancadas cruzó la calle y llegó frente a la enorme puerta de roble. Entonces tocó.

Aguardó nervioso alguna respuesta. La puerta se abrió, y asomó una bella mujer, elegantemente ataviada, y de sencilla mirada.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo.

—Buenas tardes, señora, busco a lady Hortensia —expresó con urgencia.

La mujer lo miró extrañada.

—¿A Hortensia? —inquirió.

—Así es, necesito urgentemente hablar con ella.

—Mi sobrina no se encuentra aquí —se obligó a decir por precaución.

—Por favor señora.

—¿Quién es usted? —le preguntó desconfiada.

Una voz femenina se alzó sobre sus cabezas.

—Es mi esposo.

La figura de Hortensia apareció en el vestíbulo. Nicolás contuvo la emoción que lo embargó.

Quiso correr a sus brazos, pero su mirada dolida lo detuvo.

Ella tembló por dentro. ¡Nicolás estaba allí! Había ido a buscarla. Eso solo podía significar una cosa, ¡qué la amaba!

Intentó mantener la prudencia. No se echaría sobre él como una mujer desesperada.

Si pretendía que lo perdonase tendría que ganárselo primero.

—¿Usted es el doctor Ferrer? —replicó su tía desconcertada.

—Lo soy —corroboró Nicolás, luego se dirigió a su mujer —hola Hortensia.

—Hola —lo saludó fríamente.

—Pero pase doctor —lo invitó la educada mujer.

—Gracias —musitó este.

—Me imagino que tendrán mucho de que hablar —dijo incómoda —si me necesitan estaré arriba.

Tía Sofía lo hizo pasar al vestíbulo. Luego dejó a la joven pareja para que hablasen a solas.

Hortensia no se lo puso fácil a Nicolás.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó herida.

Nicolás arqueó una ceja.

—¿Qué qué hago aquí?

—Sí —se puso seria.

—¿No es evidente? —contraatacó él, confuso —he venido a buscarte.

—¿Para qué?

—Te marchaste dejándome una absurda nota.

—¿Absurda? —repitió ella.

—Sí —replicó Nicolás —absurda.

Hortensia lo fulminó con enfado.

—Tal vez mis motivos no sean suficientes para ti.

—¿Motivos? —se jactó irónico —me gustaría que me explicases esos motivos.

Su mujer se giró hacia la ventana. No quería que él viese que estaba a punto de llorar.

Nicolás no comprendía la actitud de Hortensia. Eso lo desconcertaba.

La observó a la pálida luz del atardecer.

—No te hagas el sorprendido —le dijo —sabes perfectamente a lo que me

refiero.

Él avanzó dos pasos, exasperado.

—En realidad no se de que me hablas —se defendió de su ataque.

Hortensia se giró para encararlo, pero no tuvo las suficientes fuerzas para hablar. Creyó que se desvanecería de un momento a otro.

Nicolás la miró afligido.

—No finjas más —le rogó ella —sé que me engañas con otra mujer, que no me amas —manifestó hundida.

Nicolás abrió la boca, perplejo.

—¡Eso es incierto! ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

Hortensia se sintió un tanto avergonzada.

—Qué más da.

—¡No! —exigió colérico —dímelo ahora mismo, porque te juro que lo mataré con mis propias manos. ¡Quién fue!

La joven titubeó, nerviosa. Nicolás se acercó a ella, y la agarró suavemente por el brazo.

Entonces la apegó a su pecho e hizo que lo mirase a los ojos.

Hortensia se sintió morir.

—Fue Carlota —le confesó.

—¡Tú hermana! —farfulló, incrédulo.

—Sí —reconoció con pesar.

Nicolás acarició dulcemente su mejilla.

—No te das cuenta de que Carlota tan solo quiere separarnos. Nunca aprobó lo nuestro —la hizo entrar en razón.

Ella asintió con la cabeza.

<< Era cierto >>, pensó.

—Si, pero tus salidas de casa... —intentó justificar su estúpido comportamiento.

—Eso tiene su explicación, te estaba preparando una sorpresa para tu cumpleaños, algo que aun no te diré, al menos hasta que regresamos a casa —el tono de Nicolás estuvo cargado de promesas, de pasión.

Él la miró como un hombre enamorado.

—Entonces, ¿no hay otra mujer? —tuvo la urgencia de preguntar.

Nicolás la besó levemente en los labios.

—Solo estás tú —dijo con pasión.

—¿Y me amas?

—¿Lo dudas? Me he recorrido medio país para buscarte, hace mucho tiempo que empecé a amarte, creo que te amo desde que éramos apenas unos niños, Hortensia... —le musitó enronquecido —siempre te he amado, nunca ha

existido una mujer para mi, como tú, solo a ti te dedicaré el resto de mi vida.

Apasionadamente la besó. Hortensia se dejó acariciar por aquella felicidad.

Ella se apartó arrebolada. Entonces buscó la intensa mirada zafiro de Nicolás.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupado —¿estás enferma?

Hortensia negó con la cabeza.

—Estoy embarazada, vamos a tener un hijo.

Él se mostró eufórico.

—¿Un hijo?

—Sí —le confirmó.

Nicolás la abrazó repleto de amor.

—Es maravilloso, Hortensia, me siento el hombre más afortunado de la tierra.

—Un hijo nuestro —musitó ella.

—Nuestro, mi amor —le tocó con dulzura la tripita, y agregó —seremos una verdadera familia.

—Sí —lloró de alegría.

—Ahora regresemos a casa —dijo Nicolás.

apitulo 32º

Enero de 1718.

La vuelta a casa fue muy dulce para Hortensia.

Aquellos días en Madrid habían servido para fortalecer su relación.

Ahora confiaban plenamente el uno en el otro. Una semana después de regresar a las islas, Nicolás cumplió con su palabra, y le desveló su sorpresa.

Ella no pudo creer que le hubiese regalado una bonita casa hecha con sus propias manos.

No pudo sentir más felicidad, aunque aquel júbilo se vería empañado por la repentina enfermedad de su abuelo.

Tres días después del cumpleaños de Hortensia, Nicolás fue avisado de que el marqués había caído en cama.

Su deber como médico fue atenderle inmediatamente.

La joven quiso acompañarlo, pero dado el delicado estado de salud de su abuelo prefirió aguardar noticias en casa.

—Quiero ir contigo —se mantuvo firme.

—Es mejor que no vengas —repuso Nicolás.

—Pero quiero ver a mi abuelo —replicó con congoja.

—Eso ahora es imposible —matizó caótico.

—¿Por qué?

—Tu abuelo está muy enfermo del corazón —trató de disuadirla.

—Por eso quiero verlo —se empeñó.

—Mi amor —le habló con dulzura.

—Está delicado y cualquier sobresalto podría hacerlo empeorar —le explicó con calma.

Hortensia comprendió la gravedad.

—¿Se morirá? —preguntó rota.

Nicolás no quiso mentirle.

—Posiblemente.

Hortensia se derrumbó sobre el hombro de su esposo totalmente desconsolada.

Esa misma tarde Nicolás visitó al marqués en sus últimos momentos de vida. Estaba muy débil, apenas tenía fuerzas ni para hablar.

Pero el viejo seguía teniendo genio a pesar de la gravedad de su situación.

Cuando Nicolás entró en aquella lúgubre habitación, presintió que ya no le quedaba mucho más que vivir.

El rostro del marqués estaba blanquecino y sus ojos apagados.

Levemente tosió al comprobar la presencia del doctor.

—¿Cómo se encuentra, marqués? —le preguntó Nicolás en un afán de acercarse hasta él.

—De maravilla —le expresó sarcástico —¿acaso no lo ve, doctor Ferrer?

Nicolás sonrió taciturno.

—Veo que aun conserva su carácter —le dejó caer.

Un surco arrugó su entrecejo.

—Soy un Aranda, doctor, como mi nieta.

Nicolás se apresuró hasta la mesilla y vertió unas gotas de un frasquito sobre un vaso de agua.

—Lo sé, señor —y agregó —tómese esto.

—¿Y de qué me servirá? —se mostró reacio.

—Es su medicina.

El viejo la rechazó tosco.

—No la quiero —y replicó —moriré de todas formas.

—No diga eso —se apenó Nicolás.

—Doctor —lo nombró serio —no tengo cura, ¿verdad?

Nicolás dio un respingo ante su nota compasiva.

—Por desgracia no.

El marqués suspiró resignado con esa noticia.

—¿Y mi nieta? —lo sorprendió con aquella pregunta —¿como se encuentra?

—No se preocupe, Hortensia está bien —repuso con sumo orgullo.

Al acercarse a la cama, el marqués agarró con fuerza la mano de Nicolás.

Entonces sus ojos se clavaron en los suyos con suplica.

—Prométame algo doctor Ferrer —Nicolás asintió —prométame que siempre cuidaré de Hortensia.

—Se lo prometo —repuso solemne.

El marqués tosió repetidas veces.

—Me muero más tranquilo sabiendo que cuidarás de ella siempre —en su mirada asomó un abismo de alivio.

—Jamás la abandonaré, señor —matizó firme.

—Bien —dijo entrecortadamente, y añadió —me gustaría ver a mi nieta.
Nicolás asintió a su voluntad, pero su deseo no pudo cumplirse.

Cuando Hortensia llegó fue demasiado tarde. No pudieron hacer nada por salvarle la vida. El marqués murió un día gris de finales de enero.

apitulo 33º

Hortensia lloró su muerte. A pesar de todo lo malo que su abuelo le hizo, en el fondo le quería.

Un mes después de su muerte los herederos fueron reunidos para la lectura del testamento.

El único que no pudo asistir fue Gregor. El encuentro entre Hortensia y su hermana fue tenso. Carlota se mostró esquiva y fría.

Aquello le dolió en el alma. Ella quería arreglar las cosas, que todo volviese a ser como cuando eran niñas.

Sin embargo su hermana no parecía dispuesta a poner nada de su parte por solucionar sus diferencias.

Presente el abogado el testamento fue leído.

“Mallorca. A 27 de Enero de 1718”.

Tal cual cita el señor marqués de Aranda, en todas su facultades mentales, a día 20 de octubre de 1717, delante de su abogado y asesor, que su patrimonio sea repartido de la siguiente manera...

Hortensia recordó que ese fue el día que su abuelo la echó de casa.

Un nudo de dolor la sofocó.

“Para mi nieto mayor Gregor, le dejo mi título nobiliario, tanto como una parte de la reses de ganado.

Para mi nieta mediana Carlota, le dejo todas mis joyas y pertenencias de valor, más una parte de las tierras.

Y por último, para mi nieta pequeña Hortensia, le dejo la finca como arrendataria legal, más la tercera parte del ganado”

Carlota botó de su asiento enfurecida.

—¡Debe de haber un error! Eso no es posible.

Con resquemor observó las afligidas facciones de su hermana.

Hortensia tampoco dio crédito a la lectura del testamento.

Su abuelo siempre demostró tener por Carlota cierto privilegio.

No entendía aquella locura. ¿Ella arrendataria?

—Tranquilícese, señorita —le dijo el abogado —no hay ningún error, su abuelo lo dispuso así en su testamento.

Carlota bufó malhumorada.

—No me lo creo —replicó desconfiada.

—Era la última voluntad del marqués —agregó el hombre.

—Pero yo le cuidé —dijo con enfado —nunca le fallé, y él me lo paga de esta manera —remarcó con recelo.

—Escúcheme, señorita...

Carlota se giró con ímpetu.

—Tú has ganado —le echó en cara a su hermana.

—Eso no es verdad —se defendió ella.

—Siempre te sales con la tuya —le escupió.

—No seas injusta —le pidió compungida.

—Siempre la frágil e inocente Hortensia —le reprochó con desdén.

—Carlota —la nombró con dolor.

—No quiero verte más —siseó entre dientes.

Su hermana ni tan siquiera se detuvo, y abandonó el despacho con lágrimas.

Tras la escena protagonizada por la joven, el abogado volvió a retomar el control de la reunión.

El hombre se acercó a su maletín de piel, y extrajo una carta que entregó a Hortensia.

—¿Y esto?

—Su abuelo quiso que le fuese entregada cuando el ya no estuviese —dijo toscamente.

Hortensia desgarró el sobre para leer la nota que contenía.

Sus ojos inevitablemente se humedecieron.

“Mi querida Hortensia.

Imagino que si estás leyendo estas líneas que te escribo, es porque yo ya no estoy en este mundo.

Quiero pedirte perdón por haber sido tan duro contigo.

Créeme que tan solo lo hice buscando tu bien. Supongo que me he equivocado, y aunque he intentado domar tu carácter, me ha sido imposible. Tú siempre has sido demasiado impetuosa, como mi amado hijo.

Sé que junto al doctor Ferrer serás feliz. Él es un buen hombre. Aunque nunca te lo haya demostrado, siempre te he querido de un modo más especial que a tus demás hermanos, no se lo digas, pero en el fondo tu siempre fuiste mi preferida.

Espero y deseo que algún día llegues a perdonarme por todo el daño que te he causado. Cuídate mucho, y sé fuerte. Te quiere, tu abuelo”

Dobló la hoja, temblando. Su abuelo la quería. Hortensia intentó sonreír a pesar de la congoja que la atenazaba.

Ese era el mejor regalo que podía recibir de su abuelo.

Una extraña mezcla de sentimientos invadió su alma, y una lágrima rodó por su mejilla.

apitulo 34°

La primavera pronto llegó a las islas. Las primeras flores florecieron con alegría en el jardín.

Hortensia ya estaba en su quinto mes de embarazo, y aunque se encontraba perfectamente Nicolás la obligaba a guardar reposo.

En cuatro meses nacería su hijo. Aquello era motivo suficiente de alegría, pero la joven tenía el corazón dividido.

No solo sufría en silencio por la perdida de su abuelo, sino por la ausencia de Carlota.

Su hermana seguía empeñada en declararle la guerra.

Cada día era más improbable una reconciliación entre ambas, y eso le dolía.

No sabía que era lo que le ocurría. Ella quería a Carlota, aunque su hermana parecía odiarla.

Ahora que su hijo iba a llegar al mundo lo que más deseaba era ver a su familia unida.

Necesitaba tener cerca a Gregor y a Carlota, pero sus hermanos parecían más lejos que nunca de su corazón.

Aquel día Hortensia fue a visitar a Nicolás a la consulta.

Caminar le haría bien. Necesitaba tomar aire fresco, además de pasar un rato junto a su esposo.

Él la recibió con mirada reprobatoria. No quería que ella hiciese ningún esfuerzo que pudiese afectar a su embarazo.

Durante los últimos días Hortensia no se había encontrado demasiado bien.

Nicolás la recibió con un cálido beso en los labios.

—Hola mi amor —lo saludó ella.

—Hola —y agregó serio —te dije que no salieses de casa sola —la reprendió con amor.

—Lo sé, pero quería verte.

Nicolás la sentó con cuidado sobre su escritorio. Aquel simple gesto encendió su libido.

La miró apasionado. Su esposa estaba realmente hermosa.

—¿Está bien? —le preguntó preocupado.

—Perfectamente —contestó.

—¿No estás cansada, ni mareada? —inquirió con un brillo fugaz.

—No —sacudió enérgicamente la cabeza.

Nicolás empezó a besarle la curva de su cuello. Luego bajó por el canalillo de su vestido.

Con ímpetu le levantó la enagua con una sonrisa traviesa.

—¿Qué haces? —musitó con anhelo.

—Jugar —respondió ronco de deseo.

Hortensia se estremeció cuando él tocó su parte más íntima.

Sintió como se quemaba por dentro. Entonces gimió de placer.

—¿Ahora? —pareció avergonzada.

—Sí —murmuró apasionado.

—Pero podría llegar alguien —objetó arrebolada ante el deseo que emanaba de su cuerpo.

Nicolás echó el cerrojo de la puerta con una mirada traviesa.

—¿Mejor? —dijo buscando nuevamente su boca.

Hortensia jadeó.

—Sí.

Acarició sus senos. Su mujer lo enloquecía. Necesitaba todo de ella.

La joven se arqueó contra su duro miembro, juguetona.

Eso desató el control del hombre.

—Te deseo tanto mi amor —le murmuró ardiente contra su oído.

Nicolás apartó con sutileza su enagua, y lentamente la penetró.

Él sintió su estremecimiento, se movió dentro de ella, se acopló a sus cadenas redondas.

Hortensia jadeó extasiada. Una oleada de calor se expandió en su interior.

Nicolás la observó con los ojos vidriosos, llenos de promesas y amor.

Ella suspiró sonrojada, con las mejillas arreboladas por el sofoco del placer.

Entonces supo que su mujer había llegado al clímax más dulce.

apitulo 35°

Carlota miró la blanca pared de su habitación.

Se iba a morir, lo presentía. Hacía días que su cuerpo no respondía a su mente.

Estaba exhausta, agotada, sin fuerzas ni tan siquiera para respirar.

Se tocó la frente, la intensa fiebre no remitía. Tenía que haber llamado a un médico, al único médico del pueblo que conocía, pero su testarudo orgullo se lo impedía.

Carlota intentó mantener los ojos abiertos. Miles de pensamientos se agolparon en su confusa cabeza.

Allí, tumbada sobre aquella cama, pensó que era su fin.

Creyó oír su propio sollozo. Aun era joven. Aun le quedaba mucho por vivir, mucho por aprender.

Carlota quería viajar al extranjero, ver otros mundos, conocer nuevas culturas.

También quería casarse, tener hijos, experimentar el hecho de ser amada por un hombre.

Casi rió ante su propio disparate. Ella siempre se consideró extremadamente hermosa y lista, capaz de conseguir todo lo que se propusiese en la vida.

Sin embargo aquello no le había servido nunca para que ningún hombre se enamorase de ella.

Todos la consideraban demasiado frívola, y superficial.

Se maldijo por ello. En cambio Hortensia si había logrado tener lo que ella nunca conseguiría, el amor de Nicolás.

En el fondo se negaba a perdonar a su hermana por haberle arrebatado al único hombre que de verdad quería.

En realidad nunca tuvo ni la más mínima posibilidad con Nicolás.

Él jamás se fijó en ella. Nunca demostró tener ningún interés por su persona.

Carlota siempre supo que él amaba a Hortensia, y aunque se empeñase en querer separarlos una y otra vez, nunca lo logró.

Ahora sabía que el amor y los celos la habían cegado injustamente, que había

sido cruel, y mala persona con su hermana. Reconocerlo le dolía.

Eso daba igual, iba a morir. Por ello sentía la urgente necesidad de ver a Hortensia.

Necesitaba sincerarse con ella, pedirle perdón de corazón, demostrarle que estaba totalmente arrepentida de todo lo que un día le hizo.

Carlota tomó una decisión. Levemente se incorporó de la cama, cogió papel y pluma, y escribió con dificultad aquella nota.

Luego hizo llamar a una muchacha de la servidumbre, y le rogó encarecidamente que le entregase la misiva a su hermana.

Cuando aquella mañana Hortensia recibió la visita de la criada, no pudo evitar sentir un fuerte pinchazo en su corazón.

Rápidamente abrió la nota, y comprobó que era de Carlota.

Esta le decía brevemente que necesitaba verla con urgencia.

Por un momento dudó de sus intenciones. Recordó cuantas veces la había engañado de aquel mismo modo.

Pero aquella vez parecía totalmente diferente. Un palpito le decía que la necesitaba.

Cuando horas después entró en la habitación de Carlota, el alma se le cayó a los pies.

Una fuerte congoja la invadió. Se acercó rápidamente a su cama con lágrimas en los ojos.

Su hermana estaba pálida, con grandes ojeras enmarcando su rostro de porcelana.

No podía creer que alguien tan hermosa como ella pudiese estar tan demacrada.

Hortensia le cogió las manos con dulzura.

—Carlota —la llamó.

Ella entreabrió los ojos al oír su voz.

—Hortensia, has venido —musitó.

—Claro —repuso con media sonrisa —¿qué te ocurre? —le preguntó con preocupación.

—Eso da igual.

—No da igual —la riñó con disgusto —¿estás enferma? —inquirió.

—No lo sé —respondió con tos seca.

—Ahora mismo haré llamar a Nicolás para que te vea.

—Espera —dijo Carlota agarrando su mano.

—¿Qué pasa? —se alarmó.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

Hortensia acarició con amor su mejilla.

—Porque eres mi hermana.

Ella sonrió taciturna.

—¿Aun lo soy para ti? —pareció dudosa.

—¡Por supuesto! Siempre serás mi hermana —la abrazó compungida.

—Perdoname por todas esas cosas que te dije cuando el abuelo murió — intentó limpiar su conciencia.

—Eso ahora no importa —musitó preocupada —llamaré de inmediato a Nicolás.

Carlota se aferró a su hermana. Los primeros días fueron decisivos para conocer el diagnóstico que padecía.

Era el caso más difícil al que se enfrentaba Nicolás.

Al conocer los resultados temió lo peor. Si llegaba a estar en lo cierto la joven sufría de una enfermedad que solía atacar a las células de la sangre hasta debilitarlas completamente.

Irremediablemente aun no existía una cura para ello.

Durante días evitó tener que hablar con Hortensia del tema. Su embarazo no debía sufrir ningún tipo de alteración.

Quiso consultar una segunda opinión médica con un amigo colega especializado en hematología que residía en Madrid.

Con urgencia le hizo llegar las últimas analíticas de la joven.

Con suerte en cuestión de unos días tendría su respuesta, y ojalá quisiese dios el resultado fuese positivo.

apitulo 36°

Cansada de las continuas esquivas de su esposo, Hortensia irrumpió como un vendaval enfurecido en su consulta, dispuesta a no moverse de allí hasta que Nicolás no le contase de una vez por todas la verdad sobre el estado de salud de Carlota.

Con los brazos en jarra se plantó ante él. Sus ojos echaban verdaderas chispas.

—¿Qué está pasando?

Nicolás fingió no entender su pregunta.

—No se a que te refieres —mintió apesadumbrado.

—¡Oh sí qué lo sabes! Y me vas a decir la verdad —se reveló con enfado.

Él levantó los ojos del informe que estudiaba.

—Tranquilízate —le ordenó cariñosamente.

Con rapidez se incorporó de su asiento, y se acercó a ella. Estaba muy nerviosa.

Hortensia lo miró a los ojos. La angustia nublaba su bonito color zafiro.

—Dime la verdad —le rogó afligida —¿Se va a morir Carlota?

Nicolás se sintió completamente impotente. Hubiese dado cualquier cosa por tener la respuesta que ella quería oír.

—No lo sé —respondió sinceramente —aun es pronto para saberlo, habrá que esperar.

Hortensia negó rotundamente con la cabeza.

—¡Esperar a qué! —chilló descontrolada —puede que muera, y tú no haces nada por evitarlo.

—Cariño —la nombró.

—Se supone que eres médico, ¿por qué no la curas?

Hortensia se arrepintió de sus palabras nada más decirlas.

Estaba siendo injusta y egoísta con Nicolás. Él no merecía aquello.

No tenía la culpa de lo que le sucedía a Carlota.

—Lo siento —sollozó con angustia —perdóname, no quise decir eso.

Nicolás la abrazó fuertemente. Era consciente en el estado de shock que se

encontraba su mujer

—Lo sé, cálmate, todo irá bien —acarició con amor su pelo.

Hortensia levantó la cabeza de su hombro, esperanzada.

—Prométeme que harás todo lo posible para que no muera.

Él la observó, solemne.

—Te prometo que haré todo lo que este en mis manos —matizó con énfasis.

Ella creyó en su palabra. Días después Hortensia visitó a su hermana.

Esta dormía tranquilamente gracias al fuerte sedante que Nicolás le administró la noche antes.

Durante semanas no se había movido de su lado. Ciertamente tenía mejor aspecto desde que tomaba aquel complejo vitamínico.

La fiebre había remitido e incluso había ganado en peso. Sus cuidados estaban dando resultados.

Se sentó a los pies de la cama. Estaba exhausta. Quizás Nicolás llevase razón, y necesitaba dormir un poco.

De repente Carlota se movió inquieta, abrió los ojos desmesurada y gritó con pavor.

Estaba empapada en sudor.

—Sh, tranquila —le agarró la mano para reconfortarla.

Carlota la miró aturdida.

—He tenido una pesadilla.

—Solo ha sido eso —corroboró Hortensia —una pesadilla.

—Me caía por un precipicio muy hondo, caía y caía y nadie me agarraba para ayudarme.

Los ojos de la joven estaban realmente aterrados.

—Ya pasó, ahora debes descansar.

—Hortensia —musitó avergonzada —no merezco tus cuidados, ni tan siquiera tu perdón.

Hortensia pareció enojada.

—¿Por qué dices eso?

Carlota titubeó, compungida.

—Me porté mal contigo, lo sabes.

La joven esquivó su mirada de culpa.

—Eso pertenece al pasado, ahora lo importante es que te recuperes.

—No para mi, necesito que me perdones —le imploró.

—Carlota.

—Perdóname, te lo suplico, sé que fui egoísta, insensata, insoportable, cruel —expresó en forma arrepentida.

—Olvidalo.

Carlota siguió adelante. Estaba dispuesta a ser totalmente sincera. Era algo que se debía a si misma.

Necesitaba empezar de cero una nueva relación con su hermana basada en la verdad.

—Siempre tuve envidia de ti.

Hortensia abrió la boca, sorprendida.

—¿Envidia de mi? Eso es imposible Carlota, mírate —le dijo con admiración —eres hermosa y muy inteligente.

—¿Y eso qué más da? Nunca he sido impetuosa como tú. Nunca he tenido tu coraje y valentía. Siempre me ha dado miedo esa libertad, y me he convertido en una persona vacía y superficial, una solterona a la que no quiere nadie.

A Hortensia se le desgarró el corazón oírla hablar de esa manera.

—He sido mezquina, arrogante...

—No digas eso, basta.

—Es la verdad —enfaticó la joven —inconscientemente tú siempre fuiste la preferida de mamá, de Gregor, e incluso de Nicolás...

—¿De qué estás hablando?

Avergonzada miró hacía otro lado. Era incapaz de mirar a su hermana a la cara.

—Del amor —manifestó, compungida —Nicolás siempre estuvo enamorado de ti, no de mi, y eso jamás lo soporté.

—¡Qué! —exclamó.

Completamente anonadada Hortensia la oyó continuar.

—Me equivoqué —se lamentó arrepentida —me equivoqué al quererlos separar, cometí un grave error.

Hortensia aguantó sus lágrimas. No podía creer todo lo que le estaba contando su hermana.

Con dolor se levantó y le dio la espalda, desconcertada.

Una mezcla de sensaciones la invadió. Carlota gimoteó impotente.

—Perdóname, yo tan solo quise conocer el amor, y ya ves —añadió con desconsuelo —que ni tan siquiera eso he conseguido.

Un nudo la oprimió al añadir compungida.

—No te culparé si me odias, tienes motivos para hacerlo —se condenó a si misma mientras una lágrima rodaba por su afligida mejilla.

Hortensia se giró hacía ella. Tenía los ojos humedecidos. En el fondo no la culpó de nada.

Ella no era quien para juzgarla. Carlota había demostrado ser muy valiente al abrirle su corazón y sus sentimientos de aquella manera tan desgarrada.

Le había hecho ver su arrepentimiento más sincero, y eso era más que

suficiente para enterrar el hacha de guerra, y olvidar el pasado.

—No te odio, sigues siendo mi hermana, además eso que me cuentas ya pertenece al pasado —dijo acercándose a la cama.

Carlota sonrió aliviada. Una pesada carga desapareció al fin de su corazón.

—A partir de ahora no te defraudaré —le prometió con fervor.

Hortensia la abrazó emocionada. Ahora solo debían mirar hacía el futuro.

apitulo 37°

Días después llegaron los resultados médicos del doctor Jarol. Todo fue positivo.

Lo que en un principio tanto temió Nicolás resultó quedarse solo en una farsa alarma.

Carlota tan solo padecía de una fuerte anemia que debía controlarse severamente.

Nada que no se pudiese solucionar con un buen tratamiento de hierro y vitaminas.

Ciertamente la muchacha mejoró muy rápidamente. La primavera avanzó a pasos agigantados.

Ahora los días empezaban a ser más cálidos, y agradables.

El mes de mayo llegó cargado de grandes sorpresas para la familia.

Un bonito día soleado de mediados de semana, Gregor regresó a casa sano y salvo.

Ambas jóvenes recibieron a su hermano con una inmensa alegría.

El joven había vuelto para no marcharse nunca más. Sus años en el ejercito habían acabado junto a la guerra.

Pero Gregor no regresó solo, lo acompañaba una bella muchacha de nombre Victoria, y a la cual les presentó como su esposa.

Él y Victoria habían contraído matrimonio en Cerdeña dos meses antes de partir para España.

Además la pareja esperaba la llegada de su primer hijo. Su felicidad era plena.

Gregor se alegró inmensamente que Hortensia se hubiese casado con Nicolás.

Aprobaba aquella arriesgada decisión, pero ¿qué era del amor sin riesgo alguno?

En el fondo siempre albergó la esperanza de que aquella historia funcionase.

Fue lo que planeó cuando aquella mañana le entregó la carta a su amigo, que ambos acabasen enamorándose, aunque siempre sospechó que ellos ya se

amaban.

Enterarse de que iba hacer tío casi a la vez que padre llenó de orgullo al joven.

La triste noticia fue conocer el estado de salud de su hermana y la muerte de su abuelo.

Gregor se apenó enormemente. También se mostró sorprendido de que su abuelo no lo hubiese desheredado incluyéndolo en su testamento.

Fuese como fuera su vuelta estaba llena de grandes promesas.

De eso no tenía ninguna duda. A sus hermanas les encantó conocer a la joven Victoria.

Desde un principio hubo cierta complicidad entre ellas.

La muchacha se había habituado muy pronto a su nuevo estilo de vida.

Junto a ellos también viajó Gonzalo. El joven sargento pasaría una larga temporada en casa de su cuñado y hermana.

Inmediatamente la atracción física nació entre él y Carlota.

En cuanto la vio le pareció una muchacha muy dulce y hermosa.

Gonzalo nunca había tenido suerte en el amor, nunca había conocido a la mujer perfecta que le hiciese sentar la cabeza.

Pero en cuanto cruzó su mirada con ella se sintió completamente enamorado. A Carlota le sucedió lo mismo.

Él joven sargento le gustaba muchísimo. Era más que evidente, no solo por su irrefrenable atractivo, alto, esbelto, de pelo ensortijado del color del trigo mojado, ojos grises, sino también por su encanto, y simpatía.

Él era el único hombre que la hacía reír. Eso tenía que significar algo.

Durante días Gonzalo la invitó a pasear por distintos lugares de la isla, especialmente por el favorito de Carlota, el malecón de la playa.

La muchacha se veía realmente ilusionada y feliz.

Pronto el romance se hizo más que evidente ante los ojos de los demás.

Carlota sentía algo muy fuerte por el joven sargento. Por primera vez descubrió que era estar enamorada, y ser correspondida.

Gonzalo despertaba en ella sentimientos que ningún hombre despertó jamás.

Carlota supo lo que era el amor en sus brazos. No podía sentirse más dichosa. ¡Él le había pedido matrimonio!

La joven pareja salió como cada tarde a pasear por el malecón.

Hortensia les había preparado con cariño un succulento picnic que ambos compartieron entre risas cómplices.

Luego se tumbaron sobre la arena para observar el bello atardecer.

En un frenético impulso Gonzalo cogió las manos de la muchacha, y las besó con fervor.

Carlota lo miró aturdida.

—Te quiero —le confesó con fervor —me he enamorado de ti como un loco chiquillo.

Carlota se mostró nerviosa y emocionada.

—Yo también te quiero —admitió con timidez.

—¡Pues cástate conmigo! —le pidió en tono apasionado.

—¡Qué! —exclamó entusiasta.

—Hazme el honor de convertirme en mi esposa, si me dices que sí me harás el hombre más feliz del mundo —le confesó al tiempo que besaba tímidamente sus labios.

La joven se sintió flotar en una nube de felicidad.

Abrumada se perdió en su mirada grisácea.

—Sí —contestó —me casaré contigo.

Gonzalo la contempló con amor sintiéndose totalmente afortunado, pero el destino aun les guardaba una carta bajo la manga que pondría en peligro su amor.

apítulo 38°

A Hortensia le quedaba apenas una semana para salir de cuentas.

Nicolás la obligó en todo momento a guardar reposo.

Los últimos meses del embarazo siempre solían ser los más complicados.

La felicidad se había instalado en el seno de la familia.

Una semana después y tal cual lo previsto Hortensia se puso de parto.

El bebé estaba a punto de llegar al mundo. Dado el riesgo de su embarazo Nicolás hizo llamar de inmediato a la comadrona para que asistiese el nacimiento de su hijo.

El hombre fue excluido de la habitación salvo que fuese necesaria su presencia, y fue enviado al salón donde también aguardaba nervioso Gregor.

Se paseó inquieto mientras se mordía el labio inferior.

Gregor trató de tranquilizarlo. No sabía que decir en aquellos casos.

Él también sería padre primerizo. Estaba plenamente seguro de que su hermana estaba en las mejores manos, y que nada malo les ocurriría.

—Tranquilízate, todo irá bien. Victoria está con ella.

Nicolás intentó hacer caso de las palabras de su cuñado.

—Necesito saber que está pasando ahí dentro, Hortensia me puede necesitar —manifestó con miedo.

—Eres médico, Nicolás —le recordó Gregor —todo saldrá bien.

Este asintió nervioso. Los minutos pasaron lentamente.

Al fin se escuchó un llanto. Ambos hombres se miraron con alegría.

Emocionado vio como Victoria bajaba las escaleras con un bebé liado entre sus brazos.

A Gregor se le saltaron las lágrimas. Nicolás corrió a su encuentro.

Deseoso observó a su hijo.

—Es un niño —le dijo entregándoselo con cuidado.

—¿Un niño? —repitió emocionado.

—Sí, un niño precioso, y sano.

Nicolás lo miró con amor mientras acariciaba su pequeña cabecita.

—Y Hortensia, ¿cómo está?

—Bien —respondió con una sonrisa —ahora algo cansada, pero se recuperará pronto.

—¿Cuándo podré verla?

—En breve —dijo la joven.

Nicolás suspiró feliz mientras mecía al bebé suavemente.

—Hola pequeñín —le musitó —yo soy tu papá, si, tu papá —repitió orgulloso.

Besó con amor su frente. Sin lugar a dudas su hijo sería igual de extraordinario que su mujer.

Y septiembre llegó cálido. Tras el parto Hortensia tuvo que guardar reposo absoluto durante los primeros días.

Esa soleada mañana por fin pudo abandonar la cama.

Ciertamente estaba harta de permanecer sin hacer nada. Se acercó al capazo de su bebé.

Entonces lo cogió dulcemente. Aun se le saltaban las lágrimas de emoción cuando lo tenía entre sus brazos.

Su hijo la miró con sus grandes ojos color zafiro y gorgoteó feliz.

Un nudo de felicidad le oprimió el pecho.

—Mi bebé hermoso, ¿sabes? Tu papá y tu mamá te aman mucho.

Desde el umbral de la puerta Nicolás contempló enternecido la escena.

Sigiloso avanzó dos pasos.

—Lo vas a malcriar —comentó enronquecido.

Hortensia dio un respingo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —dijo besando sus labios.

El calor penetró en ella como una dulce droga. Luego lo observó coger su chaqueta.

Inquieta preguntó;

—¿Vas a salir?

—Sí, tengo una urgencia en el pueblo. Gregor y Victoria están en casa, cualquier cosa que necesites pídesela a ellos.

Nicolás la miró con apuro.

—Procuraré no tardar demasiado.

Ella asintió con la cabeza.

—No te preocupes, estaremos bien —repuso dejando al bebé en el capazo.

Él se mostró tranquilo y volvió a besar a su mujer con pasión.

Llevaba mucho tiempo sin sentirla estremecer entre sus brazos.

Rato después de la marcha de su esposo la joven contempló desde la ventana la llegada de un lujoso carruaje.

Pensó que podría tratarse de lady Bárbara, aunque le extrañó, ya que la muchacha le había comunicado que estaría fuera de las islas un par de meses.

Prestó atención a la figura arrogante que descendió con porte erguido.

Hortensia agrandó los ojos incrédula, y ahogó un grito de sorpresa entre sus manos.

—¡Lord Montero!

apitulo 39°

Los dientes de Hortensia castañearon de ira. ¿Qué diantres hacía aquel hombre allí?

Intentó tranquilizarse. Él pequeño empezó a llorar incesante.

Hortensia se acercó nuevamente al capazo y trató de calmar su llanto.

—Sh, mi niño, mamá está aquí.

Lo meció entre sus brazos. No pudo evitar pensar qué haría lord Montero allí.

Aquel hombre no traería seguramente nada bueno.

Intentó mantenerse serena, pero la incertidumbre la estaba volviendo loca.

Lord Montero era el mismo demonio, no podía fiarse de sus intenciones.

A punto estuvo de bajar al salón para encararlo, pero se contuvo al ver como Gregor lo recibía amistosamente.

Durante horas Hortensia se comió las uñas. Sintió como los nervios crecían en su interior.

Tras observar la marcha de lord Montero desde su ventana, Hortensia irrumpió con furia en el despacho de Gregor buscando explicaciones.

Su hermano la miró con sorpresa. Gregor se había encontrado tras la mesa de su escritorio, aquella que un día no muy lejano perteneció a su abuelo.

Sus facciones estaban cabizbajas y su mirada ausente.

No era fácil para él tomar la decisión que a punto estaba de cambiar su vida.

Si hubiese tenido elección, si hubiese habido la más mínima esperanza de salvar su patrimonio, no lo habría dudado.

Pero era inútil seguir fingiendo. Desde la muerte de su abuelo la finca no había tenido más que perdidas y gastos que los estaba llevando a la bancarrota.

Vender parecía la solución más acertada. Sin embargo Gregor no estaba seguro de querer arrojar la toalla.

Observó abatido a su hermana, incluso avergonzado de si mismo.

Hortensia lo encaró directa.

—¿Qué era lo que hacía Lord Montero en nuestra casa?

Gregor se levantó y caminó nervioso.

—Lo hice llamar yo —dijo fríamente.

—¿Para qué? —preguntó ella desconcertada.

—He decidido vender las tierras y la finca a un buen postor, y lord Montero parece estar dispuesto a pagar una buena suma de dinero.

—No puedes estar hablando en serio —le reprochó dolida —esto es todo lo que nuestro abuelo nos legó en vida.

—No me queda otra opción —intentó escudarse de su mirada recriminatoria.

—¿Opción? —se mofó sarcástica —te recuerdo que soy yo la arrendataria legal de estas tierras, y que sepa no te he dado mi consentimiento para vender —alzó el mentón con orgullo.

—Escúchame —le rogó —la finca solo tiene perdidas, estamos casi en bancarrota.

—¿Casi? —repitió mordaz —te creía más listo, Gregor.

—¿A qué te refieres? —preguntó con resquemor.

—No te das cuenta que ese hombre solo quiere sacar provecho, si realmente estuviésemos tan en bancarrota, ¿crees qué invertiría su dinero aquí?

Gregor reflexionó sobre sus palabras.

—No se —replicó confuso.

—Sé que si te esfuerzas conseguiremos salvar estas tierras —le afirmó convencida —esto es el legado de nuestros hijos, piénsalo, el abuelo en el fondo siempre quiso creer en ti.

Apesadumbrado el joven accedió al ruego de su hermana.

—Está bien, lo pensaré.

Horas después Gregor aun seguía dándole vueltas en su cabeza a las palabras de Hortensia.

En el fondo podía llevar razón. Tenía que haber otra solución.

Buscó con urgencia las antiguas actas del anterior administrador de su abuelo.

Quizás entre ellas hallase la respuesta que tanto buscaba.

Abrió el cajón del escritorio con la llave que encontró en un viejo cofre.

En el interior había innumerables papeles y documentos.

Gregor los examinó con calma. De repente un sobre lacado llamó su atención.

Rápidamente lo rasgó extrayendo de su interior una carta.

Comprobó que estaba escrita de puño y letra por su abuelo, y que iba dirigida a él.

Contuvo el vuelco sobre su corazón. Instintivamente sus manos temblaron.

Mallorca. 20 de octubre de 1717.

“Querido Gregor;

Cuando esta carta llegue a tus manos, lo más probable sea que yo ya no este aquí.

Sé que las cosas entre nosotros no fueron fáciles. Tú siempre has tenido el mismo carácter obstinado que tu hermana Hortensia, ambos lo habéis heredado de vuestro padre, de eso no me cabe ninguna duda.

Él era igual que vosotros, siempre se dejó guiar por su corazón.

Nunca entendí ni apoyé tu decisión de ir a la guerra, quizás porque a este viejo la guerra le arrebató demasiadas cosas bonitas, incluida la vida de mi propio hijo.

Me revelé de que contigo sucediese lo mismo, me equivoqué, y reconocí mi error demasiado tarde. Perdóname.

Sé que serás lo suficientemente responsable para elegir un buen camino, ahora solo ruego al cielo que vuelvas sano y salvo de la guerra, y que algún día te cases con una buena mujer que te ame, y te de hijos.

Sé que sabrás cuidar de tus hermanas, y de estas tierras prósperas que serán el legado de vuestro futuro.

Te quiere, tu abuelo”

Gregor terminó de leer la carta totalmente conmovido.

Dejó que una lágrima rodase en el silencio de la habitación. Plegó la hoja y la volvió a meter en el sobre.

Ahora más que nunca tuvo claro que lucharía por lo que realmente era suyo.

No se rendiría. ¡Su abuelo confiaba en él! Ahora se veía con fuerzas suficientes para combatir en la batalla más dura, la vida misma.

apitulo 40º

Victoria se encontraba sumamente preocupada, aunque había sido incapaz de hablarlo con su esposo.

Hacía semanas que presentía que el embarazo no iba bien.

Tenía molestias y pinchazos sobre su vientre y alguna que otra perdida de sangre.

Por eso esa mañana decidió acudir a la consulta de Nicolás para una revisión.

Este la atendió amablemente y le hizo un rápido chequeo.

La joven se mostró nerviosa.

—Tranquila —le pidió él.

—Tengo miedo —musito Victoria.

—¿Desde cuando te notas esas molestias? —le preguntó.

—Hará un par de semanas —contestó.

—¿Y las perdidas de sangre son continuas?

—Sí.

—De momento el feto está bien —repuso Nicolás —pero —agregó caótico —tienes un embarazo de alto riesgo.

—¿Alto riesgo? —repitió con pavor.

—Tendrás que guardar cama durante un tiempo prudente —le aconsejó como médico.

—Pero no puedo guardar cama —objetó ella.

—Si quieres que todo vaya bien debes hacerme caso —le sonrió —Gregor cuidará de ti.

—¡No! —soltó Victoria —Gregor no debe saberlo.

—¿Por qué? —pareció sorprendido.

—No quiero preocuparle —dijo.

—Pero es el padre del bebé —repuso Nicolás.

—Me cuidaré —le prometió ella —pero no le digas nada.

—Está bien —accedió a regañadientes —pero debes empezar ya.

Los ojos de Victoria se empañaron con una bruma de incertidumbre.

A Hortensia le hizo sumamente feliz conocer la decisión que su hermano tomó.

Juntos sacarían adelante la finca, lucharían tal cual hubiese querido su abuelo.

No sería un camino fácil, pero la recompensa terminaría mereciendo la pena.

Gregor se volcó de lleno en sus nuevas labores, contrató a un capataz más eficaz y experimentado, y a hombres que trabajasen en la próxima cosecha.

También dio salida a una remeza de ganado, y propulsó una nueva técnica agrícola con muy buenos resultados.

Todo parecía ir bien encaminado en la finca. Hortensia observó dormir a su pequeño.

Su hijo ya tenía un mes y medio, y estaba hermoso.

Era un bebé muy sano y feliz. Terminó de cepillarse el cabello frente al espejo.

Hortensia se levantó y caminó por la habitación. Llevaba un bonito camisón de seda blanca transparente.

Era un conjunto bastante sexy. Sobre los hombros se colocó una ligera bata abierta.

Podía parecer atrevida, pero no le importó, era su noche.

Hacía casi un año que Nicolás y ella habían contraído matrimonio, y quería celebrarlo con su esposo de un modo íntimo y especial.

Hacía mucho que no compartían cama como marido y mujer.

Hortensia estaba nerviosa. Un ardor le nacía en su interior.

Impaciente aguardó la llegada de Nicolás. Se retrasaba.

En cuanto pudiese degollaría a Gregor por tener a su esposo trabajando tan tarde en la cuadra.

Se recostó en la cama, cansada. Sin darse cuenta terminó por quedarse dormida.

Rato después Nicolás entró sigiloso, procurando no hacer demasiado ruido. Estaba exhausto.

La construcción del nuevo establo estaba llevando más trabajo del pensado, entre eso y la consulta apenas tenía tiempo para pasar con Hortensia.

Se acercó al capazo de su bebé y sonrió. Su hijo dormía plácidamente al igual que su mujer.

Nicolás se despojó de sus ropas arrojándolas al suelo. Desnudo se aproximó a la cama.

Un rápido deseo ardió en él cuando contempló el cuerpo de Hortensia semi desnudo con aquel camisón transparente.

Tragó saliva con dificultad. Era demasiado tiempo el que llevaba sin hacerle el amor.

Ahora se derretía por sentirla nuevamente suya. Poco a poco se introdujo en la cama, y acarició su piel.

Ese gesto le inflamó la ingle. Ella entreabrió los ojos medio dormida.

—Hola, amor —le susurró Nicolás besando cálidamente su pelo.

Una corriente de deseo explotó en el interior de la joven.

—Hola —respondió conteniendo un leve temblor.

Nicolás siguió mirándola con aquella pasión desbordando el iris de sus ojos.

Hortensia acarició con anhelo su pecho desnudo, jugueteó a enredar sus dedos en su vello.

Aquello lo enloqueció.

—Sh —musitó ronco —para —se obligó a decirle.

—¿Por qué?

Con un jadeo entrecortado repuso.

—No sé si aun es pronto para hacerte el amor, no quiero causarte daño.

Ella ignoró por completo su advertencia. Con sus dedos fue bajando por su abdomen.

—Ya hace más de un mes que di a luz —respondió juguetona.

Nicolás detuvo sus manos con irrefrenable deseo.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —contestó con los ojos vidriosos.

Una sonrisa traviesa asomó a los labios de su esposo.

Nicolás se recostó a su lado, ansioso. Entonces la besó apasionado.

Hundió su lengua en la suya empapándose de su sabor.

Su mujer olía a rosas recién cortadas. Aquel perfume embriagó su nariz.

No se cansaba de oler su piel. Mordisqueó su oreja. Un espasmo de placer la hizo arquearse buscando más.

Él rió ante su impaciencia. Aun no había llegado el momento de la unión. Quería que ella gozase, que disfrutase con su juego.

Apresó uno de sus senos entre sus manos, y se lo llevó hasta su boca. Lo succionó con placer, sabía exquisito. Hortensia gimió.

El calor se expandió entre la humedad de sus piernas.

Él siguió con su particular recorrido. Pasó su lengua por el abdomen de ella y bajó por sus caderas.

Nicolás estaba a punto de explotar de deseo, pero se contuvo.

Introdujo con suavidad un dedo en la cavidad femenina. La joven agrandó los ojos sorprendida. Aquella sensación penetró en ella.

Él la acarició. Su mujer estaba mojada y lista para recibirlo. Se colocó encima con cuidado. Nuevamente unió su boca a la suya.

Entonces se introdujo en su interior, lentamente se sumergió en su suavidad. Hortensia se movió contra él con impaciencia.

Nicolás la penetró con frenesí. Ella ahogó un grito de placer entre sus labios.

Acopló sus caderas a su ritmo y sintió llegar el clímax a lo más profundo de su alma.

apitulo 41º

Cerca del amanecer un grave incendio se desató en la parte trasera del nuevo establo.

Con alarma los hombres de la casa acudieron rápidamente para sofocar el fuego antes de que este pudiese extenderse sin control.

Las llamas eran inmensamente gigantes. Llenaron cubos de agua del pozo más cercano, pero no era suficiente.

El humo era visible a varios kilómetros. Los vecinos colindantes no tardaron en acudir a su ayuda.

Trajeron más cubos y barreños con agua. Ahora los hombres corrían de un lado a otro de la finca.

El incendio devoraba gran parte del cobertizo, y se acercaba peligrosamente a la zona del ganado.

Gregor chilló a uno de sus hombres para que se acercase hasta él.

—Benito, ayuda enseguida a Edu con aquel barreño, llevarlo junto al granero —ordenó hostil.

Otro hombre acudió a su llamada.

—Tú, vigila a las mujeres, que no salgan de la casa, ¿me oyes?

Este asintió con la cabeza.

—Si señor.

Nicolás se acercó peligrosamente al foco del fuego. Gregor llegó tras él.

Allí el calor era insoportable.

—¿Crees qué podremos cruzar al otro lado? —preguntó Nicolás.

—No, no lo creo, el incendio se ha extendido muy rápido —objetó.

—Podríamos acercarnos por la parte norte.

—Si —concordó —podría ser buena idea, tenemos que sacar a los animales de allí. ¡Eh! —bramó llamando al capataz —trae más cubos a esta parte, necesitaremos más agua.

Dentro de la casa Victoria abrazaba a Hortensia mientras la consolaba.

La muchacha lloraba incesantemente mientras sostenía el capazo del pequeño Nico.

—Vamos a morir —musitó con pavor.

—No digas eso, verás como los hombres logran sofocar el fuego —intentó tranquilizarla.

—Tengo miedo —expresó mirando a su hijo.

—Lo sé —repuso Victoria —pero no pasará nada.

Ambas mujeres se apoyaron mutuamente. Fueron necesarias muchas horas y muchas manos vecinas para que el incendio fuese totalmente sofocado.

Afortunadamente no hubo que lamentar víctimas, nadie salió herido, pero desgraciadamente los daños materiales fueron desastrosos.

La nueva cuadra y el granero habían quedado inservibles.

Reparar aquello costaría mucho tiempo, y una enorme suma de dinero.

—¡Maldita sea! —masculló Gregor impotente.

Su mujer le sirvió un café bien cargado. El joven estaba completamente desmoronado.

—Tranquilízate —le pidió Nicolás a su lado.

Hortensia sostenía entre sus brazos al bebé.

—Nicolás lleva razón, será mejor que te calmes.

Victoria abrazó a su marido, compungida.

—Ya pasó, cariño.

Los ojos de Gregor echaron chispas de furia.

—Quiero ver de inmediato al último hombre que estuvo anoche en el cobertizo —tronó con hastío.

El muchacho fue llamado con urgencia. No tardó en aparecer con semblante serio.

—Si señor, fui yo el último en salir de allí, pero le juro que todo estaba en orden.

Otro hombre entró a prisa portando una prenda entre sus manos.

—Señor, hemos encontrado esto en el lugar del incendio.

Gregor lo miró boquiabierto.

—¿Un guante de hombre? —inquirió con desconcierto.

—Señor, es un guante exclusivo, y además muy caro, si se fija lleva grabadas unas iniciales.

El joven le dio la vuelta y comprobó que su hombre estaba en lo cierto.

—L.M —leyó en voz alta.

—¿L. M? —repitió Hortensia, pensativa.

—¡Maldición! —exclamó Nicolás —¡Lord Montero! Esas son sus iniciales.

Gregor pateó el suelo con rabia.

—¡Juro qué lo mataré! ¡Lo mataré con mis propias manos! Maldita sabandija con patas. ¡Será cobarde!

apitulo 42º

La rabia inundó los ojos de Gregor.

El joven se incorporó de golpe.

—Ahora mismo iré a verle, y pagaré por todo lo que ha hecho —bulló con odio.

—¡Espera! Yo iré contigo, no te dejaré solo —manifestó Nicolás.

Hortensia se horrorizó al escuchar sus palabras.

—¿Estáis locos? Lord Montero es peligroso.

—No le tengo ningún miedo a ese hombre —respondió Gregor —le voy a demostrar lo que soy capaz de hacer cuando se meten con mi familia —trinó.

Horas después ambos hombres irrumpían por la fuerza en casa de lord Montero.

Este los miró con fingida sorpresa tras su cínica sonrisa.

—Vaya, vaya —expresó sarcástico —el señor marqués, y su amiguito el doctor Ferrer, ¿a qué debo su visita?

—Contente —le siseó Nicolás observando la cara de Gregor.

—Espero que haya reconsiderado mi oferta para comprar sus tierras.

Nicolás agarró a Gregor. El joven estaba a punto de partirle la cara a ese cretino.

—Mis tierras siguen sin estar a la venta, ya lo sabe —le escupió con desdén.

—Entonces, ¿qué hacen en mi casa?

—No se haga el sorprendido lord Montero. Sé que fue usted el que originó el incendio en el cobertizo.

—¿Incendio? ¿Cobertizo? —repitió —no sé de que me habla —se defendió.

Nicolás le arrojó el guante a la cara.

—Esto es suyo, ¿verdad? —le inquirió audaz.

—¿Un guante? —se jactó.

—Ajá —remarcó Nicolás.

—¿Y qué demuestra si fuese mío? —se mofó lord Montero.

—Que unicamente usted es el culpable —lo acusó directo.

—Un simple guante no prueba nada, no me haga reír, doctor Ferrer —

presumió con osadía.

Gregor explotó de ira. Como un animal se lanzó al cuello de su presa.

Lo cogió de las solapas de su chaqueta y lo levantó en el aire mientras aprisionaba su garganta.

Lord Montero carraspeó. Apenas podía respirar.

—S-u-e-l-t-e-me.

—Espero que se haya divertido, lord, porque le advierto que será la última vez que se acerque a familia, y a mis tierras. Si desea continuar con vida, aléjese de nosotros —replicó iracundo.

Lord Montero observó sus ojos inyectados en sangre.

El miedo lo paralizó.

—No me mate —murmuró como un cobarde.

—¿Matarle? —Gregor rió con una sonora carcajada.

Entonces lo soltó de golpe dejándolo que cayese al suelo.

—Es usted patético —le escupió con asco —manténgase alejado de mi territorio, la próxima vez que le vea no dudaré en volarle la tapa de los sesos.

Gregor le encañonó con su revolver. Su mirada estaba oscurecida por la ira que bullía en él.

Lord Montero no dudó de que el joven cumpliría con su palabra.

Aterrado asintió con la cabeza.

—Sí, me queda claro, haré lo que me pida, pero por favor no me mate —le imploró.

Nicolás lo miró con desprecio.

—La próxima vez que le vea cerca de mi esposa no seré tan misericordioso como Gregor, yo si le meteré una bala entre ceja y ceja —tronó con odio.

Gregor agarró a Nicolás del brazo, y tironeó de él.

—Vayámonos —instó a su cuñado.

—Si, será lo mejor —añadió.

Nicolás lo miró desafiante.

—Creo que a este gusano le ha quedado suficientemente claro.

—Regresemos a casa —repuso Gregor —nuestras mujeres nos esperan —dijo con una sonrisa satisfecha.

pílogo:

Para principios de noviembre la reconstrucción del cobertizo y el granero fue un sueño hecho realidad.

Gregor no pudo sentirse más satisfecho con el trabajo realizado.

Antes de que llegase Acción de Gracias Nicolás llevó a vivir a su mujer y su hijo a la casa nueva, aquella que un día le regaló con la esperanza de comenzar una nueva vida juntos.

Ya iba siendo hora de independizarse y dejar a Gregor y a Victoria al mando de la casona.

Un nuevo e inmenso camino se abría ante ellos lleno de promesas, y amor.

Aquel era el sueño por el que siempre lucharon. Ahora tenían todo cuanto desearon un día.

Hortensia lloró de felicidad cuando vio su nuevo hogar totalmente terminado.

Era el lugar idóneo, el perfecto para comenzar a construir un futuro, su futuro junto a Nicolás, y sus hijos.

Hortensia se mostró emocionada.

—¡Es preciosa! —exclamó.

Nicolás la abrazó feliz.

—¿Te gusta de verdad? —le preguntó apasionado.

—Me encanta —musitó ella.

—Nuestro hogar —le susurró con amor.

—Sí —le respondió con anhelo.

—Te amo —dijo Hortensia acurrucándose entre sus brazos.

—Te amo mi bella esposa —Nicolás puso un dedo sobre sus labios, con temblor, y añadió enronquecido —y ahora déjame que te bese, y no rompamos este mágico momento —le rogó mientras sus bocas se unían en un apasionado beso de amor que duraría eternamente.

roximamente :

ontinúa la trilogía: Amores y decisiones

Con Gregor y Victoria en :

ersiguiendo la felicidad a tu lado

Próximamente en 2019

Biografía:

Aнна Soler nació hace 39 años en la ciudad de Motril, Granada.

Desde pequeña siempre supo cual era su verdadera vocación.

Con 14 años escribió su primera novela y a los 26 publicó su primer libro de género romántico.

Anna es muy versátil y apasionada, sincera, siempre mantiene los pies en el suelo.

Su lema :Nunca dejes de soñar, pues soñar te hará libre. A.S

Bibliografía de la autora:

Gisel, deseo y pecado (2014)

Tentada al placer (2014)

Tatuada a tu piel (2015)

Tiéntame, cariño (2016)

Juegos de pasión (2017)

Secretos ocultos (2016)

Y viniste a mi corazón (2015)

Promesas rotas y olvidadas (2016)

Atrévete a amarme (2016)

Corazones en la tormenta (2017)

Vendetta de amor (2017)

Lady rebelde (2017)

Por el amor de mi dama (2017)

Dulce prisión (2016)
Encadenados por la ley (2016)
El viaje (2016)
Abrigada entre tus brazos (2017)
Desnuda mi alma (2018)
Tormenta de amores (2018)
Vivir a tu lado (2018)
Todo cuanto quiero de ti (2018)
Cuando no esperaba tu amor (2018)
Amaneciendo junto a tu amor (2017)
La señora y el mendigo (2018)
Arriesgándolo todo por ti (2019)

Síguela en redes sociales:

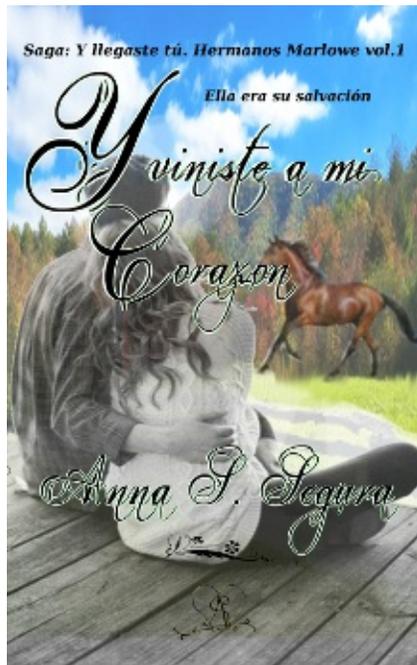
Facebook :Soler Anna

Twitter: Soler_Segura

Instagram: Anna Soler Segura.

tres títulos de la autora:

Y viniste a mi corazon



Trevor Malowe estaba cansado de los continuos chantajes emocionales de su madre, empeñada en querer casarlo con una niña egocéntrica y malcriada, hija de un terrateniente de la zona. Pero él no estaba dispuesto a renunciar a su libertad tan fácilmente. El rancho Malowe pendía de un hilo, y Trevor se encontraba entre la espada y la pared. Salvarlo dependía de aquella boda forzada. Sin embargo la llegada de aquella forastera al pueblo cambiaría el destino de Trevor. Debby huía de un oscuro y tormentoso pasado que había marcado su joven vida. Ahora ya no confiaba en ningún hombre, ¿sería Debby capaz de hallar la paz y la felicidad anhelada en brazos del ranchero?

El Viaje



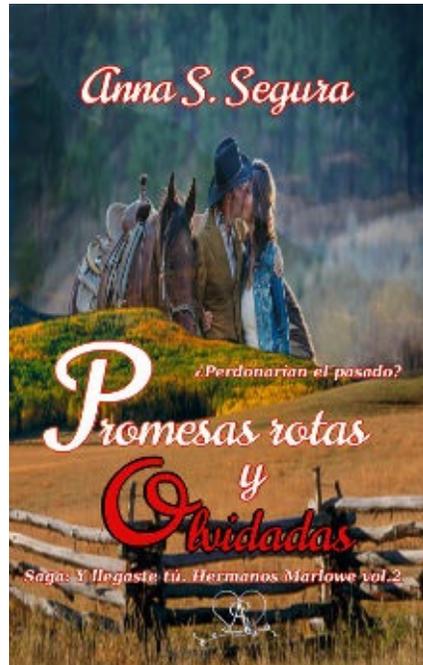
Ruth es una chica adolescente, de tan solo diecisiete años, que verá como su vida se derrumba con el porcio de sus padres. Pero un inesperado viaje cambiará su destino, y hará que su inmadurez y rebeldía pasen a un segundo plano. Ruth aprenderá de sus experiencias, y crecerá emocionalmente a medida que el viaje vaya avanzando. La vida no es tal cual la joven había imaginado, y a través de su vivencia emprenderá un camino repleto de aventuras y obstáculos hacia la madurez. Una tierna historia de amistad, aventura, y romance. ¿Hasta dónde será capaz de llegar Ruth?

Tatuada a tu piel



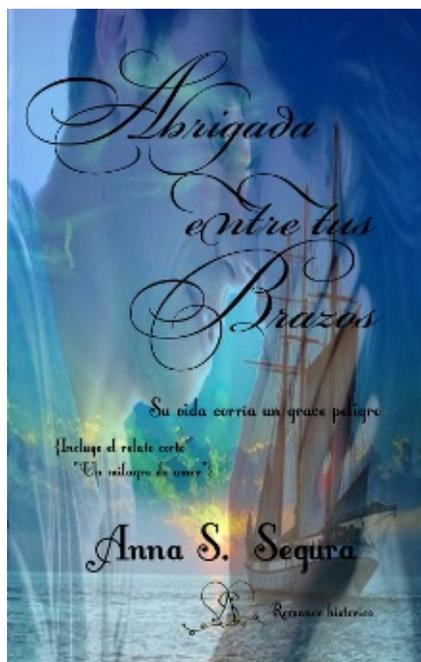
Para Desirée Chamberly toda aquella historia tan solo había empezado siendo un inocente tonto sexual entre ella y su desconocido amigo del chat. Pero pronto descubrió que Aitor Giordano era mucho más profundo y enigmático de lo que nunca imaginó. Y eso hizo que deseara ahondar en un pasado que él evitaba con recelo. Cuando Desirée le propuso que fingiese por unos días ser su pareja, él aceptó entrar a formar parte de aquel peligroso juego, pero con una condición que le saldría muy cara. Ella sería solo suya. Lo que ambos desconocen es que acabarán rendidos en una hoguera de lujuria y pasión que los llevará a un límite desconocido.

Promesas rotas y olvidadas



A sus diecisiete años, Samantha Cooper ya sabía lo que era tener el corazón roto de desamor. Joe Marlowe, el hombre de su vida, su gran y único amor platónico, se marchaba a estudiar a Europa, abandonándola sin más. Ella no comprendía su decisión. Pero Joe no tuvo otro remedio que acatar las ordenes de su estricta madre y marcharse lejos de Samy. Ni el tiempo ni los años hacen que los jóvenes olviden el intenso amor que mantuvieron. Aunque Samantha a rehecho su vida, nunca ha logrado olvidar a Joe. En el fondo lo seguía amando como el primer día, pero nunca podrían estar juntos. Un secreto que esconde los puede separar o unir para siempre. ¿Pero hasta dónde serán capaces de llegar? ¿Podrán perdonar el pasado y sanar sus heridas?

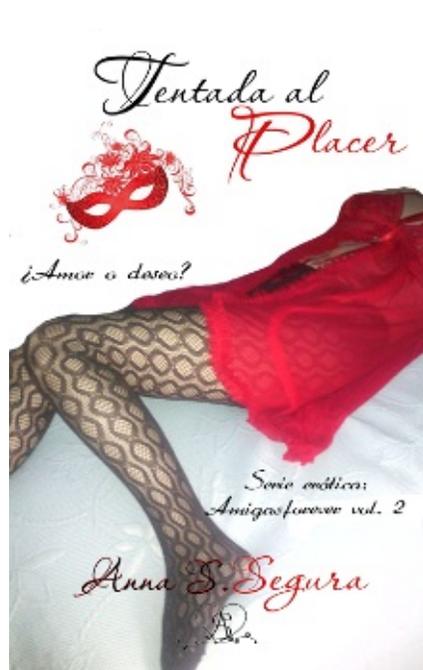
Abrigada entre tus brazos



Virginia no recordaba nada de su pasado. Un indecente había borrado su memoria. Lagunas confusas asolaba su cabeza. Su única salida era escapar, pero ¿de qué huía? ¿Quién la perseguía y por qué? Sola, desesperada, y hambrienta, Virginia no tendrá más remedio que hacerse pasar por chico para enrolarse a bordo de la “Princesa del sur”. Allí conocerá al capitán O'conner, un hombre atormentado por la repentina muerte de su hermano Iván, y que lo único que anhela en la vida es la venganza. Dos almas marcadas. Un secreto que esconder. Y un amor inesperado y prohibido. ¿Qué pensaría el capitán cuando descubriese a la hermosa mujer que se escondía tras aquellas harapientas ropas de chico? ¿Podría controlar sus emociones? ¿Le perdonaría el engaño? El peligro acechaba de cerca a Virginia que sin imaginarlo se refugiaría de nuevo en brazos del

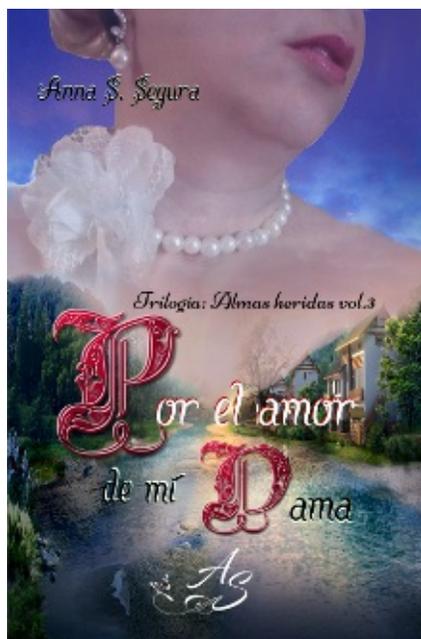
capitán.

Tentada al Placer



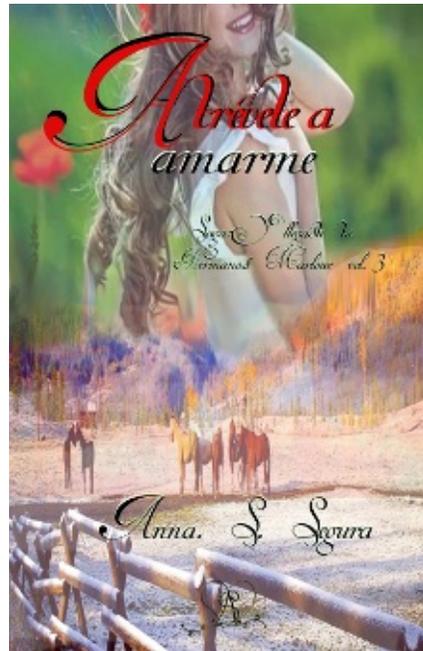
La guapa y brillante abogada Melissa Cournie no estaba pasando por su mejor momento personal. Tras un doloroso proceso de divorcio aun seguía amando a su ex marido. Sin embargo volver con él y perdonarle aquella infidelidad no entraba en los planes de Melissa. Leonard era el hombre de su vida, pero le había destrozado el corazón. Ahora ya no podía volver a confiar en él. Melissa se sentía totalmente confusa. En medio de aquel caos emocional tuvo que aparecer Greg Colton para poner su mundo patas arriba. Irremediabilmente entre ellos surge una fuerte atracción sexual que hará replantearse a Melissa su situación amorosa. Ambos vivirán una aventura apasionada y lujuriosa, pero Mel no puede olvidar a Leo.

Por el amor de mi Dama



Amy Baker estaba predestinada a heredar el linaje de su familia. Ella tenía corazón de dama, pero sin embargo no podía dejar de amar al único hombre que desde niña le había robado el corazón. Él era Nathan Sigüenza, el sobrino del famoso marqués de Vinalopot, un imperioso hombre con orgullo de hierro. Nathan siempre estuvo enamorado de la pequeña Amy, pero un buen día se alistó en el ejercito, y desapareció de su vida. Ahora seis años después ha regresado para recuperar lo que era suyo, el amor de su dama. Pero ya era tarde. Amy estaba prometida a otro hombre, el mezquino duque George. El apasionado corazón de Nathan no se rendirá ante tales acontecimientos, y luchará por reconquistarla. Pero un secreto se cierne sobre ellos, ¿cómo podrá Amy decirle la verdad? ¿Será suficiente el amor que tuvieron en el pasado?

Atrevete a amarme



La pequeña de los Marlowe tenía carácter. Mia era una joven impetuosa y obstinada, indomable como un potro salvaje. Siempre había actuado de forma libre y sin compromiso, hasta que el vaquero Ryan Holt irrumpió en su vida. Mia se negaba a reconocer que Ryan le había robado el corazón y el aliento desde el día que lo conoció. Sin embargo Ryan huía del amor. Su pasado escondía un terrible secreto que nadie sabía. Por ello no podía amar a ninguna mujer, aunque de Mia se había enamorado como loco. La pasión entre ambos es inevitable. El orgullo de Mia, y la furia de Ryan chocaran peligrosamente. ¿Podría Ryan alejar a los fantasmas de su pasado para ser feliz? ¿Le perdonaría Mia sus errores? Pasión, amor, y oscuros secretos se ciernen sobre la familia.

Corazones en la tormenta



Venganza.

Esa era la única palabra que albergaba el oscuro y frío corazón de Christopher. Su profundo y remarcado odio hacía la familia Marlowe lo había cegado por completo hasta tal limite que había olvidado lo que era vivir. Su objetivo era destruirlos como habían hecho con él en un pasado no muy lejano. Su plan había dado resultado, pero al llegar a Texas su mundo se pondría patas arriba al reencontrarse de nuevo con ella, Kimberly Dauson, a la que había conocido en un cabaret de la ciudad de Las Vegas y con la cual había mantenido una aventura pasajera. Christopher no había esperado volver a verla y sentimientos contradictorios despertarán de nuevo en él. Una tormenta que desatará el pasado más oculto de los Marlowe hará tambalearse a la familia.

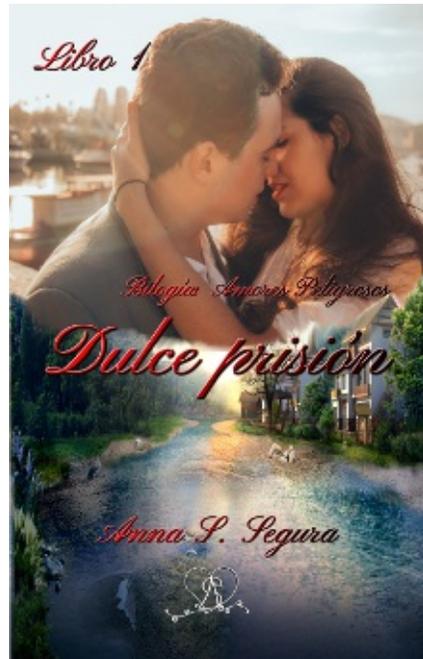
¿Mantendrá Christopher sed de venganza? ¿Qué secreto esconde?

Gisel, deseo y pecado



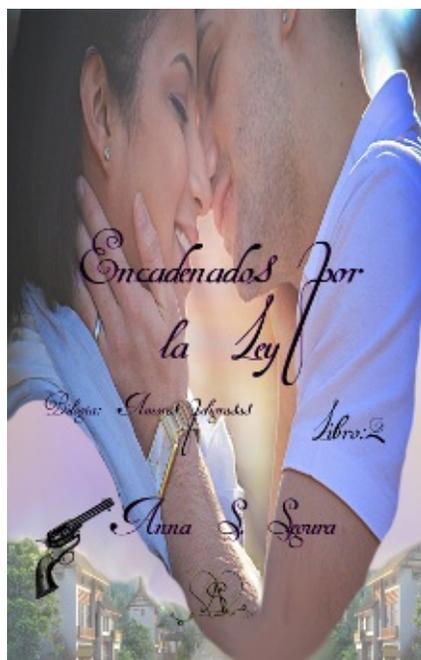
Él era mi vecino... Cada día lo observaba por la ventana, soñaba con él, deseaba ser suya. Pero era una locura, él ya estaba casado tenía a otra mujer en su vida que no era yo. En mis planes nunca entró inmiscuirme en su matrimonio, hasta que algo inesperado sucedió entre ambos aquella mañana. La lujuria y el desenfreno se adueñó de nuestros cuerpos y sentidos. Vivimos una pasión descontrolada. Era algo incontrolable, superior a mis fuerzas. De la noche a la mañana me convertí en su amante y eso me gustaba. Mi mundo giraba entorno a Max, hasta que conocí a Ben. Él se convirtió en mi mejor amigo... y en algo más profundo. Un juego a tres bandas que me saldría bastante caro. Y de repente aquel fatidico accidente cambió mi vida. ¿Amor o lujuria? Soy Gisel y aquí empezaba mi historia. ¿Te atreves a leerla? Adéntrate en la pasión.

Dulce prisión



La vida de Sarah Cifuentes no había sido precisamente un camino de rosas. Huérfana de padre y madre, Sarah no tuvo otra opción que convertirse en una vulgar ladrona para poder subsistir en aquella miseria. Pero un desafortunado atraco al banco nacional la condenaría a permanecer atrapada entre rejas por un crimen que ella no había cometido. Completamente sin salida, Sarah tendrá que confiar su vida al único hombre dispuesto a ayudarla, su abogado, un hombre carismático y atractivo que cree férreamente en su inocencia. ¿A quién trata de proteger Sarah? ¿Y por qué? Alfonso Aguilar quiere llegar al fondo de la verdad. Pero cuanto más se acerca más peligro corre de enamorarse de su bella cliente. ¿Sucumbirá al amor? El tiempo apremiaba para demostrar que Sarah era inocente.

Encadenados por la ley



Ariadna Rodle era la única testigo dispuesta a declarar en el juicio contra la banda de un peligroso y poderoso contrabandista. G.C alias “el cojo” había asesinado a sangre fría a su hermano delante de sus propias narices, y ella no estaba dispuesta a perdonar su crimen y no pararía hasta verlo pudrirse entre rejas. Ahora su vida corría un grave peligro, más del que nunca imaginó. Ariadna se había metido en la boca del lobo, salir de allí no sería ningún juego. Ian Cifuentes, agente del FBI sería el encargado de proteger su vida a costa de todo. Pero Ian era impetuoso y obstinado, y no estaba para nada dispuesto en convertirse en su "Niñero". Pero cuando conoce a la dulce y encantadora Ariadna algo nuevo y desconocido despertará en él. Su deber era protegerla, no enamorarse. ¿Podría Ian olvidar su ética moral? Ambos estaban encadenados a

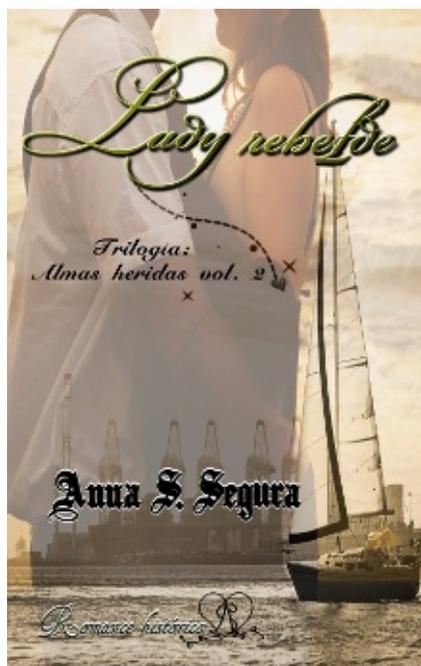
permanecer juntos en una lucha por la supervivencia. Sin embargo lo que comienza siendo una aventura conflictiva acabará más allá de una pasión ferviente y enamoradiza.

Juegos de pasión



Michelle huía de un pasado oscuro. Nadie conocía cual era su verdad, ni tan siquiera su único hermano Iván. Dejando atrás brooklyn Michelle comienza una nueva vida en San Francisco. Nuevo trabajo, nuevos amigos, nuevas experiencias. Entonces conoce a Ethan Macconner, el aclamado neurocirujano del hospital “Madison center”. La atracción entre ambos será inmediata, una pasión arrolladora incapaz de controlar. Michelle iniciará una tórrida aventura con el atractivo doctor sin saber que está jugando con fuego. ¿Será capaz de parar a tiempo antes de que el amor gane el juego? Los fantasmas de su vida la acechan de cerca. Michelle tendrá que afrontar sus propios miedos para poder ser feliz. Lujuria, desenfreno, y deseo serán la trama de una pasión incontrolada.

Lady Rebelde



Evelyn Baker era un corazón indomable, un corazón incapaz de doblegarse ante ningún hombre, hasta que él se cruzó en su camino. Obsesionada con perseguir su sueño la joven consigue escapar de casa y meterse de polizón en un barco sin medir las graves consecuencias que eso podría acarrearle a su reputación. Pero erróneamente tropieza de nuevo con el capitán equivocado. Cristian Moriel, capitán de "La Estrella" y barón de Espinosa, no está dispuesto a ponerle las cosas tan fáciles a la joven lady. Cristian, un hombre de carácter templado y voluntad de hierro hará temblar los cimientos de Evelyn. Un odio-amor que hará renacer el corazón de una mujer rebelde y apasionada, en una aventura que cambiará el rumbo de sus destinos. ¿Será capaz lady rebelde de amar al único hombre que se ha enfrentado a ella? ¿Se dejará Cristian Moriel

enamorar por la joven? Celos, envidias, y traiciones, acompañarán a los protagonistas de "La Estrella" hasta tierras españolas.

Secretos ocultos



Guapa e inmensamente rica, Dakota Sammer estaba acusada de asesinar a sangre fría a su esposo, el afamado duque de Walmiton. Pero ella mantenía férreamente su inocencia, aunque nadie la creyera. Demostrar lo contrario no sería tarea fácil para la joven viuda. Su objetivo era desenmascarar al verdadero culpable, quien le había tendido una trampa. En su peligroso camino se topará con un osado periodista de penetrantes ojos zafiro, quien cambiará el rumbo de su vida. Drew Calaghan era el único que estaba dispuesto a ayudarla al precio que fuese. El único que confiaba en ella, en su inocencia. Pero la atracción sexual entre ambos los hará cómplices de un secreto que amenazará con destruirlos. Una pasión incontrolada que los llevará a cruzar un límite prohibido y desconocido que pondrá sus vidas en riesgo. ¿Quién será culpable y quién

inocente? El juego está servido.

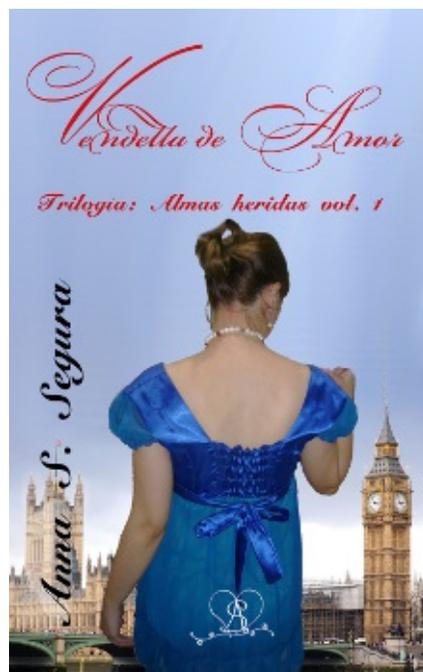
Tientame cariño



A Taylor Mazqueein le encantaba su nueva vida en San Francisco. Era profesora de secundaria en un buen centro de enseñanza. Taylor poseía todo lo que deseaba, era joven, guapa, y muy independiente... Todo menos el amor. Comprometida por su familia con un hombre al que ni tan siquiera amaba, Taylor se encontraba en un buen aprieto. Necesitaba librarse de Nick como fuese y anular aquella boda antes de que fuese demasiado tarde. Pero sola no podía hacerlo. Necesitaba ayuda. Y entonces apareció él. Un hombre completamente en las sombras, tan peligroso como misterioso. Taylor desconocía su identidad, pero se sentía atrapada por su fuerte magnetismo erótico. “Chico en la sombra” estaba más que dispuesto a echarle una mano ¿Pero qué precio tendría que pagar Taylor por esa información? Aquel hombre le abriría las puertas a un mundo de

lujurias y desenfreno. Una pasión sumamente arrolladora que los conducirá a los placeres más ocultos. Sin embargo, ¿qué pensaría Taylor al descubrir quién era en realidad su romeo?

Vendetta de Amor



La venganza era lo único que lo mantenía en pie. Román Siguenza estaba lleno de odio y de ira hacia su mayor enemigo. Un odio que durante diez años lo había consumido. Siendo apenas un adolescente de quince años vio como aquel lord inglés acababa con la vida de su hermano mayor. Desde ese día buscó venganza. Su mejor arma para destruir al hombre que arruinó su vida sería ella, Rebecca Baker, una mujer explosiva e irresistiblemente bella que le hará perder la cabeza. Juego, amor, venganza, y traiciones. ¿Será capaz Román de olvidar el odio en brazos de la hermosa Rebecca?